

Alejandro Ariceaga

Clima templado

Ciudad tan bella como cualquiera

Leer para lograr en grande

Colección Letras
Clásicos Mexiquenses

Alejandro Ariceaga

**Clima templado
Ciudad tan bella como cualquiera**

PRELIMINAR

José Luis Herrera Arciniega



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Clima templado. Ciudad tan bella como cualquiera

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Alejandro Ariceaga Rivero

© José Luis Herrera Arciniega, por el estudio preliminar

ISBN: 978-607-495-415-9

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/52/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Un escritor que ocupa un lugar en el espacio

A UN LADO DE LA ALBA PANTALLA que ahora cumple la función otrora asignada a la página en blanco del papel bond o revolución, reúno primero —esperando contar con todos, circunstancia no siempre segura, pues por mis múltiples mudanzas se trata de un material que desaparece y a veces reaparece— los libros de Alejandro Ariceaga Rivero. Digamos que sí están y que son el soporte tangible de una más que respetable trayectoria literaria, respetabilidad que obedece a un hilo conductor: el estilo tan trabajado e imaginativo y diverso del escritor mexiquense, toluqueño, por antonomasia: Alejandro Ariceaga (Toluca, 1946-Barcelona, 2004).

Se agrupan, volumen sobre volumen, sus antologías sobre la literatura mexiquense y las que han reunido selecciones de su obra; sus novelas, sus colecciones de cuentos e inclusive su librito misceláneo *A corto plazo*, de 1980, en cuya presentación ante la sociedad tuve la oportunidad de ver por vez primera a Alejandro, en el Aula Magna “Lic. Adolfo López Mateos” de la Rectoría de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM). Faltan, ineluctablemente, *La consentida reina del burlesque* y *Tribulaciones de un burócrata*, legendarias novelas de las que tanto habló y contó Alejandro y que continúan generando la duda sobre lo que hubiesen significado en el conjunto de su escritura, si no hubiese sido por el extravío de sus corres-

pondientes archivos electrónicos en algún mequino disco duro, si no hubiese sido por lo ocurrido en el último periplo de Alejandro por las *Europas*, específicamente por Barcelona, ciudad que uno no puede nombrar con indiferencia, luego de ese duro golpe llegado a la comarca de Gelidonia a finales de septiembre de 2004.

Y, en el recuerdo, permanece el registro de la labor periodística de Alejandro Ariceaga, sobre todo su larga etapa al frente de *Vitral*, suplemento cultural que fundara a principios de los años ochenta, en el siglo pasado, y la enjundia de su última columna, “Calibre Cero”, en el diario *Portal*, ya en el siglo XXI, más otras publicaciones que tuvo a su cargo, como *La Troje*, del Instituto Mexiquense de Cultura (IMC), y los *Cuadernos del Centro Toluqueño de Escritores*, institución esta última que, con el respaldo del alcalde Jaime Almazán Delgado, también creó nuestro autor en 1983, para instalar a Gelidonia en el mapa cultural de la república.

Otra remembranza: José Agustín y Alejandro a bordo de mi Vocho modelo 1969, haciéndola yo de chofer en un viaje del Centro Cultural Mexiquense a la Radio Mexiquense, donde yo entonces trabajaba, para una entrevista al autor de *La tumba*, a mediados de los ochenta, cuando como jefe del Departamento de Literatura del IMC Alejandro presentó en Gelidonia a figuras de primer nivel dentro de la literatura mexicana. El virtual compadrazgo entre ambos creadores se había evidenciado desde 1984 con el nombre del programa que Ariceaga condujo en la naciente Televisión Mexiquense: *7 de perfil*.

Tiempos idos, donde se mezclan mi pertenencia a la plantilla de colaboradores de *Vitral*, por la que ya comencé mi trato directo con Alejandro Ariceaga en la mítica redacción del consorcio Oepisa, donde éramos parte conspicua del sector

de aporreateclas que, ay, todavía no sufría limitaciones a su derecho humano de fumar cigarros; mi afiliación a la Unión de Escritores Mexiquenses, A. C. (UEMAC), donde él era secretario de organización y, por supuesto, el impulso que representó para varios, muchos, el participar de las becas del Centro Toluqueño de Escritores (CTE).

Pero lo anterior no se queda en lo anecdótico, sino que es un reflejo del papel jugado por Alejandro Ariceaga en el desarrollo de las actividades y productos culturales y en concreto literarios en el Estado de México, en el último cuarto del siglo pasado y comienzos del siglo actual. Son, pues, coordenadas que explican confluencias y que sirven para justipreciar lo realizado por un colectivo más bien disperso y pleno de individualistas, que se empeñó en demostrar que la escritura, la literatura, debían tener cabida en la realidad cotidiana de los inasibles lectores a los que, de una u otra forma, va dirigido el esfuerzo de quienes se asumen, asimismo, como trabajadores de la cultura.

Por ello la siguiente reflexión de Ariceaga, en un texto de mayo de 1983, alusivo al incipiente funcionamiento del CTE:

en medio del utilitarismo actual, en medio de la disputa imperialista por el mundo, donde los valores pasan a la trastienda de los medios masivos de comunicación, porque por delante va la mermelada con marca y el artificio de la publicidad, y donde el manipuleo de la conciencia es ejercido con saña por cualquier tecnócrata o cualquier mercadotécnico, bien vale enfocar el asunto del escritor desde otros ángulos. Por ejemplo, ¿por

qué no intentar que pese a todo el escritor ocupe un lugar en el espacio?¹

Un lugar en el espacio. Con ese objetivo se desarrollaron, por un lado, los sostenidos esfuerzos por profesionalizar a los escritores en el Estado de México —de ahí el surgimiento de organizaciones gremiales, y el sistema de becas que comprendía también la impresión del libro producto de ese estímulo, en el caso del CTE—; por el otro, la pugna pertinaz por lograr la historia, el relato, elegir la palabra adecuada, la más contundente, amasar las letras, hasta llegar a uno de los actos supremos de la expresión literaria: el producto editorial y, con él, su difusión, la búsqueda machacona de lectores, la apuesta a y por ellos, con las presentaciones sistemáticas de libros, con la organización de diálogos con los autores y el público, con la presencia en medios de comunicación.

Todo esto, ¿para qué? En el caso de Alejandro Ariceaga, para lo siguiente, en palabras también de 1983:

El escritor vive, y después trabaja sobre el papel en blanco, en espera de ser leído; más aun: ausculta las reacciones que suscita su obra en los demás. Es participativo. Está para consignar la vida, para señalar y proponer, para inducir estados de ánimo, para intentar cambios.²

Podemos, como lectores, confrontar esa poética ariceagueana. Verificar que lo que hay en sus textos es vida. Con efectos peculiares. Tal sucede con la serie de cuentos reunidos

¹ Alejandro Ariceaga. “Nuestra alternativa: el Centro Toluqueño de Escritores”, p. 2.

² *Ibidem*, p. 1.

en este volumen, que se desplegaron en 1984 al amparo del título *Ciudad tan bella como cualquiera*.

De entrada hay que destacar que ese libro —premio estatal de cuento 1983 “Edmundo Flores Cuevas”— incluye el que quizás sea el cuento insignia de Alejandro Ariceaga: “Sucedió en un Vallejo-Hospitales”, que ya había publicado en la antología *Suma de palabras* —editado por la Casa de Cultura de Toluca en 1972— y que fue la autoselección representativa de la obra de Alejandro en su propia antología *Literatura del Estado de México. Cinco Siglos. 1400-1900*, de 1993.

No se exagera si se reconoce que “Sucedió en un Vallejo-Hospitales” bien puede formar parte de cualquier antología de cuento universal, merced a la tensión lograda al narrar la breve y sufrida epopeya de una mujer que pierde una moneda y, con ella, sus ilusiones, dentro de un atestado autobús del servicio público. El episodio rebasa los márgenes de la vida cotidiana, cuando se introduce un elemento por entero atípico, con un ciego que toca en su acordeón la más famosa canción del psicodélico grupo Iron Butterfly.

Empero, podría ser éste el cuento más “realista” de los que conforman el libro. “Teléfono de urgencias”, “Historia de un jorobadito en la ciudad capital (y lo que más pasó)”, “Buenos días, amiguitos”, “Érase una vez un hombre que un elevador tomaba”, “Incidente de supermercado”, “El caso del estrangulador”, se ciñen más a la tradición usual de la cuentística ariceagueana, evidenciada a lo largo de otros títulos en este género, sobre todo en *Cuentos alejandrinos* (1968), *La otra gente* (1973) y *La identidad secreta del camaleón antiguo* (1979) y aun en su bestiario *Bustrófedon y otros bichos* (1995). Cambia el tono en *Placeres* (1996) y *Placeres3* (2001), por su intención derechamente erótica, de *voyeur* y de carnalidad extendida.

Aparte del innegable cuidado con el que trabajaba las frases, con un rigor que deriva en una gran naturalidad —incluyendo el efecto de cómo podían sonar las palabras, como en el inicio de “Érase una vez un hombre que un elevador tomaba”, “Ah, suspiró, ah ah, qué bonita mañanita...”—, sus cuentos rondan alrededor de ciertos elementos propios de la literatura fantástica —por ejemplo, la colisión entre dos realidades distintas—, pero no siempre se adecuan a la ortodoxia de ésta.

Eduardo Osorio, otro de los puntales del sistema literario mexiquense, en su prólogo a *Obra alejandrina* (2007) sintetiza así el estilo de Ariceaga, anunciado desde *Cuentos alejandrinos*:

Coloquial, pletórico de ocurrencias como al desgaire —ruptura con el mundo ya dicho, pleito personal con la lógica formal: los principios del humor—, exploratorio de giros verbales, juguetón y, sobre todo, efectivo. Entre tantos trucos, la onomatopeya como gag. Todo al servicio de la ironía que con frecuencia sus lectores interpretan como humor negro.³

Mas cabe decir, siguiendo a Alejandro León Meléndez —compilador de *Formas de placeres*, antología de textos de Ariceaga publicada en 2005 por Tunastral—, que “Su literatura es, sencillamente, la de Alejandro Ariceaga”. Y coincido y me arriesgo también con León Meléndez en la percepción de que Alejandro tenía muy bien leído a Kafka, aparte de a Joyce, Dos Passos y Paz, entre otras influencias explicitadas por el creador de la *Ciudad tan bella como cualquiera*, con sus cuentos que mantienen plena vigencia e intemporalidad a la hora de volver a ellos.

³ Eduardo Osorio, *Obra alejandrina*, p. 8.

Comienzo el cierre: *Clima templado*, de 1983, fue la obra que marcó la transición hacia una literatura ya plenamente mexiquense, escrita por un autor que formó parte de la primera fase del sistema literario mexiquense, esto es, de la tradición, que actuó como impulsor definitivo de la segunda fase, la de la configuración del sistema, y cuyo alcance llegó como influencia escritural y personal en varios de los autores de la tercera fase, la de la consolidación del sistema.

Un problema es que *Clima templado*, más allá de la indiferencia que afecta a la aparición de obras literarias hechas desde el Estado de México, ha sido leída como mero ejercicio nostálgico sobre una Toluca que ya no existía.⁴ Mejor suerte ha tenido *Camada maldita* (2002 y 2004), por su mejor recepción entre los lectores; sin embargo, tanto *Clima templado* como *Camada maldita* son ejemplos claros del nivel de cabal madurez alcanzado por Alejandro Ariceaga en el género de novela.

Dicho esto, no considero a *Clima templado* como “la novela de Toluca”, pues aun cuando la historia se centra en hechos presuntamente ocurridos en la capital mexiquense, el enfoque incluye un registro general de la transformación ocurrida a partir de los años cincuenta en gran parte del Estado de México, particularmente el proceso de industrialización, objeto de una dura crítica en *Clima templado*. Introduciendo referencias a los orígenes ancestrales del propio Estado de México, se expone cómo este origen se ve violentado por la invasión de nuevos poderes, sobre todo económicos, que establecen un orden distinto, aunque injusto, porque ahonda las diferencias entre las distintas capas de la sociedad.

⁴ Es posible que esta visión nostálgica se alimente también por la inclusión nada usual, en el cuerpo de las primeras ediciones de la novela, de una serie de fotografías de la Toluca de la mitad del siglo xx, que siento gratuita e innecesaria.

La novela no se limita a la ciudad de Toluca como un microcosmos cerrado ni habla exclusivamente de una vecindad ubicada en el primer cuadro de esa urbe. Incluye elementos más complejos, como su énfasis en presentar una “clase social ‘puente’” y la clara atención a una nueva era que venía en un “mundo de transformaciones”. De hecho, en un adelanto de la novela publicado en 1980 en el volumen *Sumaria tolucense*, conmemorativo del sesquicentenario de la ciudad de Toluca, el propio Ariceaga aclaró que

Desde luego *Clima templado* es ficción y el autor, a la manera que suelen hacer los mentirosos que narran la historia de sus vidas pretendiendo ocultar identidades, recurre a las advertencias, cualquier semejanza de los personajes que aquí bailan, de los hechos y circunstancias que se describen, con la realidad, es una involuntaria coincidencia⁵

En ese sentido, la novela no ofrece un enfoque restringido a una ciudad, Toluca, sino que abarca otra dimensión de lo regional. No es nada más la transformación de Toluca, sino que al subrayarse su condición de capital del Estado de México se expone una serie de cambios que también se extendieron a muchas más localidades mexiquenses. En un efecto de sinécdoque de la parte por el todo, Toluca representaría a esta entidad federativa por completo.

La historia transcurre en el “quinto año de gobierno del presidente Alemán”, es decir, los hechos narrados se ubicarían alrededor de 1951. Aunque no se lo menciona en la narración, quien en ese momento gobernaba el estado era Alfredo del

⁵ Alejandro Ariceaga, “*Clima templado*. Novela Inédita (Fragmentos)”, p. 317.

Mazo Vélez, a punto de ser sucedido por otro mandatario estatal de la línea de Atlacomulco: Salvador Sánchez Colín. Esta referencia es importante si se recuerda que fue en los regímenes de Miguel Alemán, en el ámbito nacional, y de Alfredo del Mazo, en el estatal, cuando comenzó la acelerada y brutal industrialización que transformó la realidad mexicana.

Cito *in extenso* una inmejorable descripción de lo ocurrido, en páginas de *Clima templado* de Alejandro Ariceaga:

¿Pero de dónde habíamos llegado? De todos los alrededores, de todos los Estados [sic], de todas las provincias, de todos los pueblos, de todas las razas, de todo el mundo. Nahoas errantes que vislumbraron la ciudad tributo al Señor Dormido; aztecas despurificados, mazahuas y otomíes predominantes, tarascos que vieron la Teresona, madrina, la elefanta colosal; Tlacotepec, el cerro de los peleoneros; el Tololoche, de los adoradores del dios Tolo, Tolotzin; matlatzincas que se dispersaron por el Cerro de las Manitas, donde siempre, las mismas flores minúsculas, milenarias, en forma de manos rojas, ñadas, lo han curado todo con sus prodigios digitales, el Cópore y Coatepec, el Calvario o ermita de Oviedo, las protuberancias, Josefina, que después vimos nosotros, que han visto muchas generaciones de mestizos y advenedizos, y que habrán de ver los siglos por venir. Los naturales fueron desapareciendo: indígenas de paso que de tanto pasar se rezagaron para que otros pasaran por encima de ellos. La Colonia nos hizo trabajadores del maíz y extractores de metales. En tiempos muy remotos había oro y abundaba la plata. Se los llevaron. ¿Qué riqueza sirvió de imán para el arribo de los invasores? Los prófugos del porfiriato se asentaron en Toluca y se hicieron hacendados, gente de abolengo que levantó haciendas para deslumbrar a las chozas: San Juan de

la Cruz, la Gavia, Canaleja, Barbabosa... los toluqueños todo el tiempo tuvieron capataces y fueron siervos de señores de fuera. Ahí tenía usted a míster Cartwright. Siervos de colonizadores e invasores, y dígame de uno solo que se llame Juan Capulín o Pedro Tejocote. María Toloache. Siervos de traidores hijos de la Malinche. Mesoneros y panaderos españoles, restauranteros chinos, mercachifles judíos, franceses y libaneses, empresarios gringos y alemanes que iniciaron el despunte industrial. Los que hicieron de Toluca la ciudad de nadie, botín de pocos.

De todos los puntos cardinales llegamos a quedarnos[...].⁶

Toluca-Gelidonia es el mundo contemporáneo. No poca cosa hizo Alejandro Ariceaga con este hallazgo, desde su novela, desde su literatura, como podrá confirmar el lector que siga adelante, ojo avizor sobre estas páginas. Con todo y madrina, esto es, la bruja de *Clima templado* que, doy el testimonio, es quizás el personaje que más costó elaborar a Alejandro, quizás el que más orgullo le representó.

Había, pues, que ocupar un espacio. Alejandro Ariceaga lo logró sobradamente: es un escritor que ocupa un lugar en el espacio. No lo extrañemos —aunque sea inevitable—. Leámoslo para comprobarlo.

José Luis Herrera Arciniega

Zinacantepec, Estado de México, junio de 2015

⁶ Alejandro Ariceaga, *Clima templado*, pp. 79-80.

FUENTES CONSULTADAS

- Ariceaga, Alejandro, *Clima templado*, Toluca, UAEM, 1983, pp. 79-80.
- , “Nuestra alternativa: el Centro Toluqueño de Escritores”, en *Cuadernos del Centro Toluqueño de Escritores*, Toluca, Ayuntamiento de Toluca, 1983, pp. 1-2.
- , “*Clima templado*. Novela Inédita (Fragmentos)”, en Ángel Albíter Barrueta (coord.), *Siglo y Medio. Sumaria Toluicense*, Toluca, Ayuntamiento de Toluca, 1980, p. 317.
- Osorio, Eduardo, prólogo a Alejandro Ariceaga, *Obra alejandrina*, Toluca, GEM-IMC, 2007, p. 8.

*Clima templado**
(1983)

* Alejandro Ariceaga (1995). *Clima templado*. Segunda edición, Universidad Autónoma del Estado de México, México, 184 pp.

A
mis
hijos
Cassandra
Y
Alejandro

Lo que se dice se dice
Al derecho y al revés.

OCTAVIO PAZ

A esta región no aflige el movimiento;
no la oye el oído, pues no vibra,
el tacto no la tienta, pues no oprime,
no la halla el pensamiento,
porque jamás se torna, ni las ondas
de la pasión la alcanzan, porque es simple,
inaccesible y pura.
De esta región no pueden
recibirse mensajes...

EFRÉN HERNÁNDEZ

SIEMPRE LLEGABAN LOS VIERNES. Por ahí va Martín. Entre los que venían de fuera, algunos no eran gente del tianguis, porque llegaban indagando:

—¿La casa de la ñoñora?

Ni compradores ni vendedores. Tenían todos los indicios de no tener nada que ver con ese “a cómo el montón”, empezando por las caras coarteadas, los pies desnudos y agrietados, o los huaraches lodosos. El “cuánto da usted” no era respuesta a sus preguntas. Y las marchantas del “a ver ofrézcame y es lo menos” se mostraban atónitas y, si las punzaba la duda, se veían precisadas a preguntar:

—¿La representante de los vendedores?

Pero esa orden de fuereños no formaba parte del asunto.

—Es que usted no ha entendido.

—Ni usted se ha dado a entender.

—¿Y entonces qué chiquihuite lo trajo?

—Ando en busca de la bruja, para acabar pronto.

Y por ahí hubiera comenzado, porque algunos comenzaban a temblar. Y éstos de fuera se decían para adentro *se nos*

hace que usted se está haciendo guaje, pero ni modo de decirlo. Los tianguistas regresaban al pregón o algunos creían que era por aquí, antes de llegar al zócalo, pero les decían que miraran ustedes:

—Vayan con el de las jícamas con chile, nosotros no sabemos.

Y se hubieran seguido con las explicaciones suplicantes porque les indicaban que miraran: esta niña estaba muy enferma, no puede ni dormir y la señito, miren ustedes: la ñoñora es la única que le puede sanar su mal dormir para que pueda la pobre conciliar el sueño.

Y algunos sí se condolían y se aventuraban a creer:

—Creo que el dependiente de las telas ha de saberlo.

Y lo acababa sabiendo, después de mucho indagar, alguno que ofrecía las flores artificiales que ya empezaban a ser la sensación de Francia y Estados Unidos, y *llévelas usted, no necesitan agua ni abono y con un simple trapito, mire, se les desprenden las cagarrutas de mosca.*

Y entonces ya se iban enterando. Entre los empujones *busquen el número 24, si lo pueden divisar.* A la entrada está un cajón de ropa de mezclilla. Como podía ver, los dueños eran toda una familia de libaneses, señores de bigote y patilla, de pelo en brazos y pecho ya mexicanos, pero con ascendencia y se les notaba por la manera de hablar como extranjera y enojada, porque sin soltar la prenda que estaban mostrándole al *barchante*, y con los ojos que *le van a echar a usted* iban a decirles:

—Es allá adentro —y si acaso también les iban a ordenar que cerraran la puerta: una chiquita, rechinante, después del cajón. Les decían de un portón así de grande, tallado de figuras como de víboras y dragones, y casi a nadie se le venía a la cabeza considerar que toda la semana, de lunes a sábado, estaba de par en par abierto, las tallas ocultas por pantalones de mezclilla, y luego en viernes, *con tanta gente pues cómo quería usted que diera con la casa.*

Por ahí va Candelaria, la vieja de casi un siglo que gustaba decirles hijos, hijitos, hermanos, papacitos, como si todos fueran de su misma sangre y de sus mismos ojos que se habían de comer los gusanos. Por ahí iba mucha gente y el caserón convertido en vecindad estaba enclavado en el primer cuadro de la ciudad de Toluca, justo a espaldas de la fábrica. Como si antes no hubiera habido nada, sino el terreno que alguna vez fue casa grande de aquéllas a las que se les podría soplar para que sólo quedaran los cimientos y sobre los cimientos se fueran poniendo paredes postizas, remendándose las escaleras y las baldosas, remozándose muros y pilares con materiales de algo que ya no era el material original, hasta volver a ser la casa muy grande pero ya dividida en viviendas, puesta la parte de arriba sobre cimientos añosos, hasta quedar como una miscelánea de estilos de la construcción.

—Buenos los tenga usted —habría dicho Isabel innumerables veces—, mi madrina está ocupada, pero pasen tomen asiento. ¿Qué tiene la pobrecita?

Y los recién llegados, como tanta gente, ignoraban que ahí estaba la casa cuando los números se acomodaban en orden porque no había necesidad de inflarlos en centenas, y bastaba la nomenclatura simple de Independencia 24 que con el tiempo llegó a ser 240. Casi esquina con la calle de Juárez, donde todas las casas tenían dos pisos, uno de cinco metros de altura y el otro de otros cinco hasta completar los diez, coronadas las casas por adornos varios, y casas de cuatro metros por cada piso hasta levantarse a ocho metros de la calle, portones y más portones, balcones de hierro con aplicaciones de plomo.

—Así nos lo dijeron —decían. Y mero enfrente del caserón buscado, la botica de Los Ratones y las ferreterías La Sirena y La Moderna. A los costados del portón principal, la tienda de abarrotes de don Tito, izquierda, donde los botes de chi-

les secos se desparramaban y las cajas de piloncillo estaban repletas, y una tienda de telas, derecha, enseñaba los rollos de cambaya, manta, percal, franela, satín y algunos trozos de tul imitando un velo de novia sobre un maniquí descascarado. Más a la derecha, el que entonces era uno de los edificios más altos de la ciudad: La Violeta, donde vendían botones y cremalleras, hilos y estambres de todas las marcas, productos que fueron de míster Cartwright. Y a unos cuantos pasos, la calle de Aquiles Serdán alias el Callejón del Carmen, los portales, la terminal de los camiones Toluca-San Buenaventura-Cacalomacán, una gasolinería de brillantes verde y blanco, pilares rectangulares, con una puerta chiquita por donde entraba un enano.

Ahí estaba.

Los viernes se rompía la rutina del rumbo con la llegada de los tianguistas, los que por entonces ponían sus tendajales y sus tendidos de mercancía alrededor de la cuadra, prolongándose los puestos al Jardín de los Mártires y vuelta a Lerdo, hasta pasar por enfrente de la fábrica, el mercado de sombreros, dos calles de Juárez, dos de Rayón, tres de Independencia hasta volver al jardín, pasar por enfrente de la casa de un tal Barbabosa... Mercancía variada entre la que resaltaban, según las fechas, los capulines, las cañas, los mangos, los tejo-cotes, los chicozapotes, las calaveras de cartón articuladas, los dulces del alfeñique, las matracas de lámina y madera, los juguetes de palma, los saldos de pantalones, pantaletas con olanes, toda clase de retazos de tela, los bules, los rebosos, los inspectores *que nomás andaban viendo a quién se friegan*, las cazuelas de barro de meritito Metepec, los ungüentos para callos y juanetes, el liquidámbar para la piel reseca y los primeros artículos de plástico de colores vivos que a todos llamaban la atención.

El bullicio placero de los viernes era lo único capaz de romper la calma panteonera del resto de la semana. No dejaba oír ni los motores de los pocos Buicks, Chevrolets y Pontiacs que rodaban atrás de los tianguistas ubicados sobre las banquetas y algunos en pleno arroyo. Los pregoneros eran un sólo *llévelo marchantita*; hombres y mujeres de los que nacían para el comercio llegaban ofreciendo chácharas al grito. Puestos de escobas y escobetas. Y con ellos venían los merolicos vendedores de yerbas, amuletos y bálsamos que todo lo curaban, pero que siempre le dejaban a la bruja del primer cuadro padecimientos difíciles y maleficios a quitar, no así la curación de llagas y mezquinos, deslices amorosos leves, pestilencia bucal, impotencia, celos y expulsión de lombrices *como la que ven ustedes en ese frasco*. Guajes para los guajes y más vendedoras de rebozos, de Tenancingo y Valle de Bravo, *pero éstos son los mejores, mamacita*, de Toluca la bella, y suéteres de Gualupita de lana de borrego, yoyos y baleros de madera torneada, patos vivos, guajolotes y gallinas vivos, carpas, charales y acociles muertos, mulitas de hojas de maíz al día siguiente del Jueves de Corpus, *si le duele la cabeza, si le pega su marido*, revueltos ahí los principales barrios de la ciudad, la señora de la Retama, las riquillas pintarrajeadas y apestosas a crema Teatrical y talco perfumado haciéndoles gestos a los indios, fuchi fuchi, pero ojitos veleidosos a los gringos, el taquero de San Sebas, la garnachera de Huitzila, el raterito del Cópore que aprovechaba para dar una sobadita de chichi a las que despojaba de su monedero, la vendedora que gritaba básques güerita con sus canastas de mimbre verde perico, el Gasolinas que por ahí va oliendo su estopa remojada que le iba corroyendo la cara, el joto Lulú que hacía voltear a todos y lo miraban contonear sus nalgas de señorito y qué descaro: hasta su canastita lleva sostenida por su bracito empulserado,

adiós chulis, y ofrecedores de toda sarta de utensilios de lámina donde todavía las letras Mobil oil special, Aceite esso, Pemex sol, podían leerse, así fuera un embudo con asa Iloil spe, una regadera de jardín, cubetas y cernidores con su charrito Pemex y pequeñas tinajas; y los tendajales improvisados muy al viento con su cacho de lona, sus mástiles delgados de madera, amarrados fuertemente con lazos y otras suertes de jarriería que se abombaban como cúpulas, como cachetes con el aire, reatas para las gatas, tierra para las macetas y los elotes calentitos *hay elotes* hervidos en tequesquite para saborearse con limón y chile piquín y la vendedora de chalupas de nopales, cebollitas y salsa para babear de tan picantes; y los turistas gringos que por no comprender tomaban fotografías: clic a diestra y siniestra, y los pelirrojos salpicados de pecas, ¡*ohu!* de los padres que veían la escena; por ahí va *El Coche* tú tú que circulaba haciendo efectos con la boca tú tú remedo de automóvil; por ahí va el Pimaco abriéndose paso con su bicicleta, y el nevero de la esquina de Juárez e Independencia que se la pasaba gritando, desde su uniforme blanco, poniendo un énfasis especial en la primera sílaba: bar... quillos, arrastrando la ese.

Y ahí enfrente del nevero, que removía los botes ensamblados en hielo metidos en un armatoste rojo, con espejos y cromos de mujeres en traje de baño el armatoste, se dejaba ver la cristalería de la madrina, exhibiendo bacinicas en las dos entradas, lavamanos, irrigadores, ollas, cómodos y jarras de peltre, algunos cacarizos, despotrillados o despostillados, el precio bien visible dibujado con crayón “Regalos loza y peltre” en la esquina que apenas si se alcanzaba a ver entre los tendajales. Y de esa esquina, hacia el norte, después de una cuadra ya estaba uno cortando el tianguis por en medio, hasta llegar

otra vez al Mercado “16 de Septiembre”, donde se apostaba lo más gordo del negocio de los viernes. Era el rumbo de la calle de Rayón y vuelta a Independencia, y otra vez entre sombreros y huacales, gabanes al hombro, costalitos y canastas topeteadas de verduras, y más gringos en pantalones cortos y camisas floreadas, señoras de sombrillas acompañadas de sus criadas, cargadores en alquiler con su mecapal, y gringuitas que enseñaban los calzones cuando se agachaban, y clic para allá y para acá, y los baños Independencia que olían a jabón y loción baratos, y hay helados, y venta de remate, *pero mire nada más qué buenas están mis naranjas y para limones los que me sobran, y agarren al ratero y ahí va el golpe*, y otra vez el callejón del Carmen y el campanario de la iglesia carmelita y otros que iban llegando para indagar:

—¿La casa de la ñoñora?

Y la gente que ya sabía lo de la madrina, se persignaba, ojos atónitos y cruz cruz, pero no faltaba por ahí alguna alma benévola para indicar. Y cuando no era viernes entonces sí podía verse la enorme entrada del caserón. Independencia 24.

—PERDONE USTED, ¿es aquí donde vive la madrina?

Los que sabían el santo y seña creían sentir una soga en el pescuezo.

—¿La madrina?... Sí creo que aquí.

Mencionarla era pensar en velas caminantes y gallinas destripadas. Escuchar esa mención, sudar en frío. Era una complicidad referirse a ella sin mencionar su nombre.

La madrina llegó a ser como un apellido cuyo origen nadie conocía, porque hubiera sido como saber quién era la que así todos nombraban o de dónde había salido. Muchos años pasaron que se hicieron lustros, algunas generaciones vivieron todo lo que les tocó de vida, muchas toneladas de algodón cayeron en forma de lluvia pertinaz en aquella vecindad, y aquella mujer seca de semblante, dura de carácter, profunda de mirada, bendita del alma, cuya edad era imposible determinar, había vivido en el ánimo de todos. Para bien y para mal. Para todos, ella era la causante de que nadie pudiera intercambiar nada más aparte del saludo. La familia separada apenas por alguna pared de otra familia, jamás llegaba a conocer la forma

que tenían de vivir los unos y los otros miembros, porque ahí se vivía de familia para adentro. Las únicas nociones de que los otros estaban a un muro de distancia eran los ruidos sordos de las horas instaladas por la costumbre: la de levantarse, la de chocarse las cucharas y los platos cuando el almuerzo, la de salir a la calle mientras algunas mujeres terminaban de barrer y recoger la pelusa, la de acudir a las carretas recolectoras de basura y *¿Qué tal pasó la noche, señor Leticia?*, y *muy bien, señora Jose*, y la hora de la comida, y por las noches mientras todos se disponían a ofrecerse a la esclavitud del sueño. Pero también se llegaban a enterar de la muerte natural de alguien, cuando lo sacaban de la casona rumbo al cementerio, y sabían que algún vecino estaba enfermo porque todos espiaban el arribo del médico y aguardaban espiando hasta que se iba cargando su maletín y contemplaban, también con sentimiento de testigos mudos, el incesante llegar matutino de campesinos de las inmediaciones de Toluca, en especial los viernes, quienes le traían a la madrina sus enfermedades.

Los movimientos de la vecindad eran registrados por el rechinado de la puerta que separaba los dos patios del cajón de ropa de los libaneses, donde otro pasillito, entre el mostrador y la pared, eran algunos metros de zaguán para llegar a la calle de Independencia.

—Váyase usted hasta el segundo patio y ahí se nota luego luego cuál es la casa de la ñoñora. Su herbario y su jardín, su hierbabuena y sus jazmines, sus pájaros y el sol.

Por las mañanas el portón de par en par abierto, no dejaba ver que tenía su postigo. La madera labrada, que no cualquiera podía mover, con indicios de polilla, rechinaba siempre a falta de lubricantes; pero los libaneses ocultaban los altorrelieves que contenían serpientes y dragones grabados hacía muchos años,

y que se iban desgrabando cada vez que les ponían otros clavos para sostener la ropa de muestra.

Era la entrada. Y a la entrada, ese cajón de ropa que recordaba a más de la mitad el pasillo de ingreso a lo que antes, a fines del siglo XIX, sería la residencia de un solo dueño. Los libaneses vendían principalmente “ropa para obreros y campesinos”: chamarras de mezclilla, overoles de peto, camisas de manta, calcetines de hilo de aquellos que se quedaban sin resorte a la segunda puesta, prendas de lana y algodón y pantalones que encogían a la primera lavada, aunque eran sanforizados.

No demostraban enojo, pero ya estaban cansados de oír a todas horas la pregunta con el mismo santo y seña. ¿La madrina? Ellos que vivían para el negocio metidos detrás de su mostrador de ropa, donde su abuelo pasó toda la vida enseñándoles a dos generaciones los pormenores del mercado; detrás de ese mismo espacio donde se turnaban los hijos y los nietos, hombres y mujeres, miembros de una sola familia que parecía no tener descanso, y con su español que no acababa de ser español indicaban:

—Es allá adentro.

Casi regañaban:

—*Básale barallá.*

Y tras refunfuñar una respuesta se volvían a platicar, entre ellos, en el idioma que les trajeron sus abuelos. Lograban comunicación con Jamila, porque ella provenía de algún lugar que la identificaba con ellos y hablaba como ellos, en un idioma a medias y en otro con los demás de la colonia libanesa.

Siguiendo las baldosas, y después de pasar el cajón de ropa donde se oían los arreglos de una venta:

—Te lo voy a dejar en cinco *besos* —se llegaba al primer patio de la vecindad; una puerta que rechinaba de algún modo

especial les anunciaba a todos que alguien había traspasado la segunda puerta de acceso. Como chillido de goznes y madera que no ajustó jamás en el marco improvisado, el sonido hacía que todo aquel recién llegado sintiera un piquetito en el alma, y al entrar veía: la sutil caída de partículas de algodón inexplicable, de la que nadie daba cuenta y por la que nadie preguntaba, borla amontonada en los rincones con todo y que había pasado la hora del aseo, como nubes pequeñas de polvo apenas palpitantes; y los pilares de piedra en la base muy sólida, de la cual seguía un ancho tubo de acero y luego un capitel también de piedra; y arriba, el barandal de hierro forjado, con sus maceteros de varilla gruesa que nunca tuvieron plantas ni macetas, y ahí era la planta alta de la casa, a cinco metros de altura sobre el nivel del patio.

—Perdone usted, ¿La madrina vive...?

—Allá en el otro patio.

Las escaleras, dos boas simétricas, con peldaños de cantera desgastada por muchos que subieron y bajaron, sus barandales de hierro con sus pasamanos que alguna vez serían de madera muy pulida y barnizada; dos grandes triángulos dejaban, donde los visitantes de la madrina dejaron un olor insoportable a orines de muchos años, sitios oscuros en que durante toda la semana reposaban las tablas, los tablones, los lazos, las garrochas y las lonas dobladas de los tianguistas vieneros. En medio de las boas, un arco de suelo empedrado le daba paso al segundo patio.

Ahí se acumulaban buenas masas de algodón. Denotaba antiguas y desaparecidas caballerizas, establos de los que sólo permanecía el recuerdo en un olor a estiércol picante en las narices, porquerizas en las que todos iban depositando desperdicios, y los recién llegados miraban, en el lugar de los caballos,

las vacas y los puercos, animales de especies del tamaño de las cucarachas y bolas de algodón que se mecían para todos lados al soplado del viento; y por entonces, también seccionado, el patio era un corralón de suelo empedrado y disperejo donde se alzaban dos viviendas más: la de la familia de Francisco el Panchito en una y la de la madrina en otra; y alcanzaba el terreno para la bodega de la cristalería amplia, húmeda, olorosa también a fantasma de caballo, rememorante de caca de vaca y puerco, donde las ratas abundaban. Al fondo de ese patio, la zona de fregaderos de cemento, con una gran pileta de agua donde, de haber niños, los niños del vecindario se hubiesen bañado como en una alberca, pero donde a cambio siempre nadaron, con su insólita existencia, algunos ajolotes. Y los que entraban veían desde abajo, entre el caer pausado de los copos de algodón los indicios de tres viviendas más hasta arriba de todo, en la azotea, cuyos inquilinos sólo conocieron por el saludo matutino, la hora de tirar la basura y las buenas noches.

La de la madrina era una vivienda con un encanto ancestral, toda de blanco deslumbrante, con un filo uniforme de color morado alrededor de las puertas y ventanas. Estaba dividida en dos plantas de dos metros y medio cada una por un entrepiso de madera. Tenía, a la entrada, su cocina de humo de seis hornillas, un brasero de acero sólido donde se quemaban pedazos de encino y se ponían a calentar ladrillos y planchas de acero de agarraderas adornadas. Muchas macetas y botes con hierbabuena, manzanilla, cedrón, hiedras en todos los tonos del verde, heliotropos, geranios, jazmines, tulipanes, alcatraces, hojas elegantes, perritos, magnolias, organillos, varias especies de cactus, helechos... todo un jardín apretado donde cantaban los pajarillos que atendía Isabel, zumbaban las abejas, llegaban a succionar los chupamirtos y aleteaban las libélulas.

Y era un entrar y salir de personas pobres, en su mayoría campesinos, sin descartarse visitantes pudientes.

Les indicaban con un dedo el sitio que ya era por demás buscar:

—Es allí.

Donde hasta bancas había para hacer antecasa, un corredorcito floreado cuyo piso era de azulejos, donde había otras macetas de cemento con incrustaciones de loza, pedacería de platos y tazas de porcelana, triangulitos de espejo, donde brotaban penachos de más plantas olorosas a hueledenoché y donde otro aroma se confundía: maderas orientales.

La madrina curaba. Una de las habitaciones de su vivienda era el recinto de todos los rituales. *Usted en medio, madrina*, y las veladoras parpadeando a las imágenes distribuidas en todas las paredes, de yeso y hueso, daguerrotipos, tallas de marfil y usted se juntaba las manos ante San Martín Caballero, el Santo Niño de Atocha, la Virgen de los Remedios, El Sagrado Corazón de Jesús, un Cristo Negro de Esquipulas como el de la Santa Veracruz, íconos, estampas de una biblia que aglutinaba en uno todos los ritos del mundo, paganos y cristianos, un Buda orejón de pasta, panzón y ombligudo, los Santos Apóstoles... y entre todo ese personajero: los demonios, Luzbel, Lucifer, Satanás, dioses minoicos que nadie sabía identificar si no era asemejándolos con el diablo, y en la habitación contigua, con un sofá cama transformable y dos sillones, una mesa de patas onduladas donde se veía en todo su esplendor esa otra maravilla de los tiempos modernos: el aparato de televisión.

A un lado de la bodega se levantaba impetuosa, como una lanza hacia el cielo, una altísima torrecita de metal que sostenía en la punta la antena forrada por la pelusa, que desde abajo parecía un garabato de la comunicación.

Quienquiera que pasaba por ahí, aunque fuese a muchos pasos de distancia, sentía el aroma penetrante del incienso, escuchaba tonos de voz extraños, lamentaciones o risas deshumanizadas, sonidos de viento desértico. Y se veía entrar a la gente moribunda sosteniéndose con muletas, semblante de cadáver, según el caso... y salir desparramando gotas de vida y destellando miradas de estrellas, mejillas de manzana muy rojas y mencionando gracias, madrina.

LAS BORLAS COMENZABAN A CAER todos los días después de las ocho de la mañana. Eran menos los domingos, porque entonces ya sólo acababan de caer los rezagos, como todas las madrugadas. Según la dirección del viento, las azoteas y el patio recibían las bolitas blancas, grises y algunas de colores que se posaban suavemente sobre todas las cosas, o rodando al impulso de algo sobre las baldosas y los empedrados, porque también ellas, como el silencio, eran parte de la atmósfera particular del caserón. La intensidad de la llovizna era variable. Parecía nevar ahí de lunes a sábado una nieve que no era nieve, y los domingos era menos. Los copos de pelusa revoloteaban en vaivén impulsados por los vientos fríos de la mañana, los tibios del mediodía y los del atardecer que ya estaban fatigados de tanto soplar y hacían que las últimas borlas de la jornada cayeran como sin querer, como las hojas que se desprenden a destiempo, como las avispas que se caen de un avispero por morirse. El suelo se alfombraba de pelitos, como los zapatos viejos de la vieja Candelaria, la del seis, la que todo el tiempo se la pasaba repartiendo saludos cordiales a todo el mundo, como si todos fueran sus parientes:

—Buenos días, hija, buenos días, mamacita, cómo le va, hermana, protégeme hoy, santo padre San Martín —y con ese mismo calor de chocolate preparado por ella y para ella sola, en ocasiones les llamaba por su nombre—. ¿Qué tal pasó la noche, doña Jose? y *¿cómo está Anuarito, seño Jamila?*

Nadie pensaba, ni por equivocación, que Candelaria, esa alma de Dios, habría de desaparecer sin que nadie lo notara, de tan buena que fue, y sin que nadie se extrañara de su ausencia inmaculada, cuyos pasitos se daban con unos zapatos viejos y llenos de borla hasta que ya no se dieron y nadie los buscó, y habrían de hallar esos zapatos bajo la protección de San Martín de Porres, después de un mes de ausencia, cuando se descubrió que entre las ratas estaba lo único, *fíjese usted*, que le dejaron a Candelarita: los puros huesos.

Y así era todos los días. De lunes a sábado. Para las ocho de la mañana las mujeres todavía estaban inmersas en el trabajo de recolección, agrupando bolitas en bolotas, compactándolas hasta integrar pequeñas pacas, ingeniándoselas para que aquella cantidad de borla no ocupase mucho espacio en las bolsas, botes y cajas destinados a la carreta recolectora de basura que pasaba a las ocho y media, y eran las nueve cuando otros copos ya venían para abajo, cientos de copos meciéndose sin prisa en vuelo de zig zag, en descenso exasperante que si uno no viviera ahí podía pasarse las horas deleitándose con la caída lenta de esos copos como mariposas lentísimas, como basuritas que no eran basura, carentes de peso y sin embargo cumpliendo con el fenómeno de la atracción de la tierra, sopladadas por Ehécatl, por Eolo, por la brisa de una ciudad que no tenía por qué tener brisa y sin embargo la tenía. Y luego eran doscientas partículas de pelusa como plumas minúsculas que vienen hacia abajo y parecían desprenderse del azul mañanero, de las nubes

del mediodía, los nubarrones de las tardes lluviosas, colándose entre los rayos del sol como si se tratara de esquivar las cuerdas de una arpa colosal una por una, hacia la izquierda, la derecha, leve ascenso, en círculos de vuelo rodeando aquella antena de televisión que también era indicio para encontrar la vivienda de la madrina, para precipitarse lateralmente en subibaja y bajisube, cual hojas secas de otoño y como copos de nieve que trasladaban a las faldas del Xinantécatl sin tener que estar en esas faldas que desde las viviendas de la azotea, y desde todas las ventanas altas que daban al sur, se veían con todo el esplendor de su pardura debajo de la silueta imponente de cima blanca de nieve del Nevado de Toluca. Y sin estar en el volcán, envueltos por ese frío distante, en el corazón de cada patio de la vecindad, esa estopilla se desplomaba del cielo como confeti de los días, las tardes y las noches, que se venía de arriba para abajo y eran copitos de nieve que no era nieve con su cuerpo de filamentos, arañitas de algo que caía y uno deseaba que aquel descenso fuera vertiginoso y uno se esperaba de volver la cabeza hacia las nubes y contemplar cómo esas borlas se dejaban venir en grupos de trescientas, luego cuatrocientas, y se ensartaban en los aleros de lámina de la fábrica, y en las orillas de las azoteas, la antena de la televisión, los tinacos, la ropa recién lavada, las caídas de agua, los barandales, las varillas salidas que parecían forrarse de algodón pardo, y el pelo de la gente que simulaba estarse llenando de telarañas, y el pelo de azabache de algunos enseguida se tornaba cenizo, blancuzco, y las cejas y las pestañas de la gente comenzaban a escurrir hilos y fibromas, y hasta el gato Sifús que tiempo después habría de sembrar algunos hijos en el vientre de la gata siamesa de Candelaria, y la gata siamesa de Candelaria, lanzaban sus patitas hacia el cielo, para arañar la

caída, retozar con el vaivén de los copos, disputarle al viento que se jalaba los residuos de algo como la nieve.

Eran las ocho y media. La corneta del cuartel ya había dado los toques madrugadores. Los silbatos llamaban al trabajo. Las campanas a misa. El tren se anunciaba por el poniente. Los vecinos acudían a lo suyo. Las vecinas con la escoba y el plumero a batir las bolas de aquello en círculos, a dos manos, y a recoger aquellas otras que se untaban en las paredes o le tapaban a la tela de alambre de los gallineros los huecos de sus hexágonos entretejidos, y hubo quien juraba que los huevos de aquellas gallinas ponedoras acabaron teniendo borlas entre la clara y la yema, porque las gallinas se hartaban de picar pelusa por no tener otra cosa en qué ocuparse.

Las paredes de adobe viejas, descarapeladas, con telarañas en cada rincón y pasto seco en la superficie, recorridas de lado a lado por las lagartijas, hacían que todo pareciera más sombrío. Al paso de los vecinos se producían olas de humo que no era humo. El sol nunca alcanzó a calentar nada aparte de las azoteas y el único lugar al que llegaba un haz luminoso fue aprovechado por una enorme jaula que siempre albergó distintas especies de pájaros del valle. Y esa jaula formaba parte del mundo de la madrina, junto a sus macetas salpicadas de trocitos de porcelana y espejos, donde se escuchaba, en ocasiones, un mugido humano que se producía a través de un acocote.

TODO ESTABA TAN IMPREGNADO DE BORRA y telarañas, de silencio, de soledad, frío, calor o lluvia, según la temporada, oscuro y tan gris, que quienes por primera vez llegaban al lugar por alguna causa presentían el paradero de fantasmas, vampiros o espíritus ancestrales. De ahí surgieron leyendas, supersticiones, ánimos de miedo para todos los que se dejaron amedrentar por las creencias del más allá desconocido y temible. Y no se equivocaban.

Todas las noches, después de que el postigo del portón era cerrado por Prisciliano, el último en entrar, empezaban a flotar por el ambiente de la casa figuras de hombre, de mujer y caballitos de mar gigantes recubiertos de borla y por ahí se estaban contemplando a través de las ventanas, viéndolo todo, sin ser advertidos al principio, después viendo la inquietud que provocaban en los vecinos, y después viéndolo todo y siendo vistos por todos los vecinos que ya ni se inmutaban ante la presencia de tantos fantasmas a los que sólo soplándoles con fuerza se les convertía nuevamente en partículas de fantasma.

Jamila fue la primera que llegó a familiarizarse con la presencia de aquellas ánimas, “que de seguro andan en pena

—se repetía con su español defectuoso— y las pobres tienen que pagar sus cochinas culpas”. Ella empezó a notar, desde su llegada después de la revolución, que en la casona sucedían cosas fuera de lo común. No era común que ella platicara con emisarios de la Edad Media. Durante los primeros años de haber ocupado una de las viviendas, contemplaba los visos de irrealidad que daban a la casa sus rincones, los vértices oscuros de las paredes entelarañadas, los patios colmados de borla que parecían la pelambre de un borrego magnífico, los habitantes que habitaban la casona sin querer, y caminaban de sus viviendas a la calle dirigiéndose saludos de pocas frases, mecánicos, que se convertían en repeticiones heredadas por otros que ya se habían ido, y cada uno de los detalles era parte de un mundo misterioso. Así notó las características de cada uno de los vecinos: Lázara, la que algunos meses después habría de ser resucitada por la madrina, pero que entonces llegaba, siempre de madrugada, sin sentir el frío porque tenía el calor adentro, siempre a eso de las tres, cuando se creía que Prisciliano había sido el último en entrar y haber causado el último chillido de la puerta rechinante que todos escuchaban entre sueños, y Lázara, de tan borracha, no sabía ni por dónde se había metido, ladeándose y con ese aliento etílico que mareaba a los fantasmas, las mariposas nocturnas y los hueledenoches. Lázara oprimiéndose una botella entre los pechos, canturreando borrachita me voy para olvidarte, desmoronando fantasmas a su paso bamboleante, mentándoles la madre a los demás que dormían y no escuchaban, hasta llegar a su vivienda y meterse sin saber cómo y acostarse sin saber todavía y discutir un rato con algún fantasma al que mandaba a la chingada mientras ella se daba el último trago y se quedaba dormida sin saber cómo.

Mientras Lázara dormía sin haberse quitado la ropa, una pierna sobre la cama y una pierna bajando al suelo, el cuchicheo silencioso de los personajes sin vida atemorizaba a los gatos.

La intranquilidad nocturna de Prisciliano se escapaba entre la niebla de sus pensamientos como niebla de colores; él, batallador ciudadano, con una conciencia de clase que para los demás era difícil de asimilar, no conciliaba el sueño pensando en los problemas del trabajo. Sabía los pasos a seguir y el riesgo de perder el movimiento. Pero todos sus compañeros estaban con él, por iluminarles el camino y aclararles la situación. Irían a otra huelga, la última, la definitiva, porque en ese sistema donde los oprimidos no alcanzaban a mellar la capacidad de los poderosos, ningún recurso de los obreros era camino para el triunfo.

Prisciliano fumaba hasta quedarse dormido, mientras la anciana de su madre dormía profundamente entre las alas de sus ángeles de la guardia, tan devota ella y tan sorda, que ni siquiera entre sueños alcanzaba a distinguir lo que los sueños le decían. Y ahí el Sifús, a los pies de la vieja. Y Leticia, que no alcanzaba a discernir las causas de la situación, pero suplió con amor las armas que le hacían falta a Prisciliano para ganar el movimiento nunca ganado.

Eso no lo sabía Jamila, acostumbraba a saberlo todo en otro idioma y sin embargo capaz de infundirle a Prisciliano, alguna vez, una extraña comprensión de las cosas basada en la filosofía de la vida:

—Todo llega en su momento, Prisciliano, sólo hay que saber esperarlo para saber recibirlo.

Pero Prisciliano intuía que era mejor provocar el cambio, al costo que fuera.

Y Jamila presentía, y los fantasmas veían, que en la vivienda contigua, Josefina preparaba en sus entrañas un futuro

de Francisco el Pancho. Una pared separaba la vivienda de esa pareja que algunos meses después habría de significar la salida al mundo del único ser del caserón que viviría para contar la historia.

Josefina, por entonces, se contraía soñando con las pataditas germinatorias que el fruto de su vientre comenzaba a dar.

Jamila y la madrina sabían que todas las noches el maestro Saracho, también de los últimos en dormirse, era contemplado por las figuras de borla, inclinado ante una mesa, con un libro entre las manos, rodeado por motivos de la ciencia, iluminado apenas por un foco, en tanto que su mujer, Rosacruz, recordaba en sueños la antigua alcurnia de sus padres, aristócratas del gobierno del general Villada, que fue descendiendo por los peldaños de la sociedad hasta establecerse en la clase media que la llevó a vivir en aquella vecindad, casona que fue del siglo XIX.

Jamila sabía también de la inmensa bondad y simpatía sin límites de Candelaria, la vieja solitaria del departamento seis y de su gata siamesa, a la que sólo se le podía ver asomada a las ventanas y de la que sólo se escuchaban, los fines de mes, sus maullidos que más parecían gemidos de bebé y sólo eran el sonido que intranquilizaba a la vieja que sólo deseó vivir a solas, con su protector mulato, pero que nunca imaginó durante sus noventa y nueve años vividos que iba a morir sola y su alma y el alma de la gata siamesa y las almas de más de cinco gatitos devorados por los ratones.

Y tan pronto había llegado a la casona, Jamila, la que nació en una lejana cordillera, notó la misteriosa figura de otro inquilino, el del siete, que siempre caminaba en actitud sospechosa, recelando de los demás sin razón como no queriéndolos, que cruzaba junto a ellos sin hablarles sino soslayándolos

como queriendo platicar con ellos o como no queriéndolo, y del que nadie sabía lo que se dice nada de su vida como de espectro o como sombra, como cuervo o como nibelungo, que lo único que hacía al encerrarse en su cuchitril era mirar por detrás de sus pasos cortos como para ver si nadie lo seguía o como para no perder el hábito de mirarlos.

Jamila vio todo eso y alguna vez le dijeron los fantasmas de borla que su hijo Anuar, todo un jovencito, habría de rodarse las escaleras dejando la vida en los peldaños, y por eso lo vigilaba tanto. Vivió eso y vio a la maga y vio a la muchacha Isabel convertirse en la mujer Isabel en menos que te lo cuento. Y vio a Francisco el Pancho como el obrero combativo que era combatiendo brazo con brazo en los combates sindicales de Prisciliano, Prisciliano y su mujer, Leticia, la que moriría de pena. Y Jamila vio en su vivienda el transcurrir de su hijo Anuar y su pasado árabe.

Y así fue, también, durante los primeros años de estancia en el caserón, que Jamila se acostumbró a ver los fantasmas de pelusa y a platicar con ellos como algo cotidiano; para ella, esa presencia en el aire de la casa era un consuelo que le hacía olvidar a su hijo Anuar, que era como nada, que se pasaba la vida creciendo de estatura a la par de sus ademanes, pero conservando intacta, sin una sola brizna de cambio, la misma edad mental que traía cuando nació.

POCOS LLEGARON A SABER que entre sus múltiples atributos, Isabel tenía el de saber aprovecharlo todo. Sacarle jugo a todo, como si se tratara de la multiplicación de los limones, de los que llegó a confeccionar cáscaras de azúcar cristalizadas rellenas con raspadura de coco. Y limonada. Vitamina C concentrada. Y por indicaciones de la madrina de repente hacía collares de limones para espantarles a los perros el moquillo. Collares bendecidos y conjurados. Remedios para la influenza de los pollos. Y jamás dejó de aprovechar ese jugo como desmanchador de ropa, desflemador de chiles, cauterizador de heridas leves, desinflamador de ojos irritados. Y con terrones de azúcar raspaba que raspaba la cáscara y fabricaba especias, óleos, esencias, tinturas y líquido para la nieve, de limón la nieve, licor, sales y polvo de limón.

Isabel jamás botó al basurero la porción de borla que se juntaba en los alrededores de la vivienda, sino que la depositaba en bolsas de manta, primero, y luego en costales, y llegó a tener varios costales llenos de borla que después transformaba en esteras, tejidas con el amor que a todo le ponían sus manos

laboriosas, hiladas en la rueca de sus propios dedos, pelo de ángel, transformadas en hilo al principio, en jaretas que se iban entrelazando y torciendo y luego tiñendo de colores. Enredaba el hilo hasta formar pelotas de todos los tamaños y todos los colores, y de aquellas pelotas de hilo colorido de todos los tamaños y de todos los colores surgían graciosos tapetitos que después admiraba la clientela de la madrina. Y todo el vecindario. Y los fantasmas de algodón que no era algodón. Y la curiosa de Jamila. Chales y cortinas. Madejas. Tapetes de todos tamaños y todos los colores donde todos se limpiaban el lodo y la tierra de los pies, y que con el tiempo le fueron dando una personalidad a las habitaciones de esa vivienda diferente a las demás, donde había sobrecamas policromas y se tejían bolsas para el mandado, portamacetas de cuerda y esteras para cubrir los muebles, carpetitas redondas o cuadradas y hasta una alfombra entretejida que nadie supo de dónde había salido, sino de las manos de Isabel. Y hasta la misma madrina, que para asombrarse necesitaba por lo menos que un elefante cayera del cielo junto con los copos, se tuvo que asombrar aquella tarde en que Isabel vino a mostrarle un gobelino, tejido con esas manos que supieron acariciar en el amor ardiente la noche de aquel día en que pasaron muchas cosas, y el gobelino representaba al francés, de quien la madrina enviudó, ataviado de cazador el hombre, con su escopeta de dos cañones, de cacería por la campiña, adusto y fino, con unos bigotitos muy finos y muy adustos apuntados hacia el cielo.

Era una voluntad para no desperdiciar la de Isabel. Por eso el comedor de la madrina tenía las alacenas llenas de alimentos en conserva, en frascos clasificados y con su respectivo rótulo. Era capaz de pegar pieza por pieza algún recipiente que se hubiera roto en piececitas de todos los tamaños y todas

las transparencias. Guardaba frascos y botellas que antes había lavado con arena y detergente en polvo del que don Tito, el de la tienda de abarrotes, recomendaba como el detergente que más se anunciaba en la televisión. Era una voluntad de recogerlo todo, y sólo la madrina la disuadió de recoger menesterosos para invitarlos a comer y regalarles ropa usada que por ahí recogía. Las migajas de la mesa para los pájaros, los pedazos de tortilla para los pollos, los pellejitos de la carne para el Sifús y la gata siamesa de Candelaria, y esa voluntad de comprar mucho con poco dinero hacían de Isabel la mejor secretaria que jamás hubo tenido la madrina cuya fama de caritativa conquistó a la mujercita que vino de San Juan Tilapa en busca de un empleo y se quedó a vivir como una especie de doncella de la madrina, ama de llaves, salvaguarda de secretos y habilidades, lugarteniente, hija y ahijada, enfermera, guardiana y todo.

Ella fue siempre la encargada de iniciar las labores del caserón. Cuando el color azul de la madrugada apenas se iba levantando, Isabel ya estaba recogiendo la borra dispersa por todos los rincones. Procuraba levantar aquella libre del polvo y de partículas de basura, con paciencia, como si se tratara de recoger objetos inconsistentes y frágiles, o los vellos muy finos de alguna cabecita de ángel pelada a rape. Para esa tarea se colocaba una manta a manera de ayate y la llenaba, la volvía a llenar y la metía en sus costales.

La limpieza era la siguiente acción febril. Enseres como la escoba, el plumero, los trapos y la jerga tejida con pelusa de colores por ella misma, le sacaban lustre a los contornos de la vivienda cinco; los cristales de ahí eran los más relucientes; las plantas, las mejores cuidadas, heliotropos, crisantemos y jazmines. Y después, el alimento para las aves del corral y las aves de la jaula. Para la hora de la comida, Isabel había preparado

los mejores platillos, uno diferente cada día, que les llevaba a Martín y al otro dependiente, platillos de los cuales también comían la madrina, ella misma, y los que probaban hasta diez personas diariamente. Y en las mañanas, antes de que empezaran a llegar los enfermos de la madrina para darles los buenos días señorita, Isabel lo había dispuesto todo para que pareciera una casa a punto de ser inaugurada.

—Buenos días, señorita—, le decían sin saber que ella era parte de la terminal, el enlace más confiable para llegar a la madrina, pero intuyendo que después de haber indagado el domicilio entre la ceca y la meca del tianguis, buscando la antena de la televisión que de seguro sobresalía entre todas las azoteas, intercambiando las señas por las indicaciones, la mujer que habría de recibirlos era el remanso previo a la curación buscada. Y el remanso les decía:

—Buenos los tengan ustedes. Pasen. Tomen asiento. Mi madrina los atenderá en un momentito.

Los que llegaban no tenían otra alternativa que sentarse y contemplar con ojos de aprobación el ambiente de Isabel y la madrina. Les gratificaba el esmero y el aliño de cada uno de los detalles, porque no a cualquier parte llegaban los chupamirtos a succionar su miel sin ahuyentarse, como llegaban a esas flores, jazmines y hueledenoches que olían a toda hora, geranios, rosas, perritos y magnolias, ni el sol comenzaba a levantar el vaho de ningún sitio como ahí, donde ellos podían contemplar, descansando del trayecto que los traía de lejos, a la Isabel que ya estaba atendiendo los menesteres del desayuno, entre olores deliciosos, traquetear de los trastes que ponía en la mesa para esperar a la madrina que ya bajaba a desayunar.

—Cómanse ustedes un taquito —les decía Isabel— que mi madrina va a tardar un poco —mientras les entregaba en

charola una prueba de sus guisos. ¿Y quién se podía rehusar? —ánde usted, sin pena, deben estar cansados, en seguida los atiende. ¿De dónde vienen ustedes?

Venían de los poblados más cercanos a Toluca: Santa Anna, Calixtlahuaca, Capultitlán, Zinacantepec, Santa María de las Rosas, o de los barrios alejados del centro de la ciudad, de aquí nomás de San Miguel, de acá de la Teresona, de San Luis Obispo, del cerro del Tololoche, de Santiago Miltepec, o de pueblos más alejados, Ocoyoacac, Tianguistenco, Atlacomulco, de El Oro, de San Pedro de los Baños, o de pueblos ya cercanos al Estado de Michoacán, yendo al poniente, o los sureños, los norteños, o los que se bifurcaban desde la carretera que llevaba de Toluca a la ciudad de México, yendo de Toluca hacia el oriente.

Para Isabel y para la madrina eran iguales y les merecían el mismo trato llegaran de donde llegasen y aparentaran tener o no tener los bienes de la sobrevivencia. El aspecto de las personas jamás era considerado. Antes que nada era descansa usted, un vaso para calmar la sed. La forma de pagar se decidía al último, cuando la madrina, sabedora de las posibilidades de pago de cada cual y cada quien, aceptaba costalitos de frijoles, habas, conejos o gallinas, nada más por aceptar algo. Mientras, una probada de frijoles negros con chicharrón, preparados por Isabel, los nopales con huevos navegantes, las migas caldosas, las manitas de puerco en fiambre, o:

—¿Están buenos los quelites? Ande, sin pena.

Y lo mejor de todo, sus ajolotes en chile verde.

LAS NOCHES Y LOS DOMINGOS podía contemplarse el portón de par en par cerrado. No era una sola pieza de madera tallada, pero semejaba serlo. Había portones en Toluca, muchos portones de madera ensamblada, grandes, enormes, anchos, pesados, tallados y labrados, con simetrías romanas, españolas, calados a mano, barnizados y pintados, como las fachadas de todos los negocios de los portales; pero ninguno como aquél. Como gran armario, se componía de marco, las dos puertas enormes y la puerta falsa. Las tallas estaban sobrepuestas con alguna resina muy resistente y clavos, algunas aplicaciones de hierro y su aldaba. Parecía una sola pieza de madera que había resistido al paso de los años y las balas de la revolución. Y no dejaba ver sus figuras en aquel tiempo, cuando los libaneses lo abrían de par en par y lo dejaban así para todo el día, desde que Dios amanece, madrina, hasta que todos se iban a dormir, de lunes a sábado y los domingos no. Porque por esos domingos, cuando el portón permanecía como en las noches, de par en par cerrado, era chinesco y viejo, podía verse de cuerpo entero

el dragón alado que se encontraba como en un espejo al dragón alado que lo veía de frente, como resoplándose las fosas nasales arrugadas, fieras y alrededor de ambos dragones que se miraban, sus garras como de león apenas si podían distinguirse en una enredadera de serpientes, idénticas a las del otro lado, con las bocas abiertas de colmillos afilados. Y eran muchas lenguas de serpientes y dos lenguas de fuego cuyas lengüetas se tocaban y muchas escamas, las crestas, y plumas de ala que se convertían en otras escamas. *Muchos ojos, madrina, como los de usted cuando estaban enojados*, o peor, porque se veían los ceños fruncidos de los dragones y las serpientes, y las garras crispadas con las uñas en filo de ataque, como de águilas. Se había escuchado la clasificación de churrigueresco, aunque otros clasificaban aquello, a la ligera, como parte de un estilo románico y no faltó quien le dijera mudéjar.

Pero llegaba el lunes y el portón era puesto de par en par por los libaneses que ponían la ropa en tantos clavos y alcayatas para exhibirla a la clientela de su cajón. Y entre chamarras y pantalones, entre chaquetas y camisolas, si acaso se insinuaba una garra que sola parecía de cacomixtle, o una porción de hojuelas que parecían escamas de pescado y algunos ojos que no parecían ser nada más que tallas de madera vieja, con madrigueras de polilla de arriba a abajo y los libaneses se tomaban la precaución de ponerle naftalina a la ropa que exhibían para que no fuera contaminada por la destrucción indetenible de las larvas.

Cuando no era domingo, antes de que el portón fuera abierto, las mujeres pasaban lista de buenos días a los que se iban al trabajo, por la leche, sin dejar ellas de reunir la estopilla de la noche, dándole buenos días mecánicos a Candelaria que iba por los ingredientes de su almuerzo, a Prisciliano que

iba pensando en alguna estrategia empírica de lucha, a Isabel que habría sido la primera en haber salido y entrado, y esas mujeres, con pelusa en las cabezas, cubriéndose la boca con su rebozo, como para ponerle distancia a su saludo de vaho, seguían recogiendo los *buenos días, señora Leticia, ¿cómo está, señora Jose?*, cuando Josefina no pensaba que acabaría siendo la única embarazada de aquel caserón, y alguna aventuraba una frase más de cuchicheo, como pilón de saludo, sólo por tener algo más que decir en el silencio: “fíjese que Lázara volvió a llegar borracha”. Y las otras también habían escuchado que gritaba obscenidades, como si estuviera en delirio, peleándose con algo, pero ya no tarda en pasar el carretón y se apuraban. Y veían que alguno de los libaneses, sin poner atención a las mujeres y sin importarles la borra, recargaba en las paredes del primer patio los tablones que protegían su cajón cuando estaba cerrado y aherrado. “Ésos nunca saludan”, murmuraban las mujeres al mirarlos sin verlos, y se levantaban los hombros musitando un bah leve y sin ganas, todos los días, antes de que se escucharan los silbatos que indicaban el inicio del trabajo, el lejano alarido del tren; antes de que las campanas del Carmen, la catedral en construcción y la Santa Veracruz convocaran a la siguiente misa; antes de que el sonido de un fierro que golpea un ring de acero indicara que *ahí viene ya el carretón de la basura, seño Jose y déjeme que le ayude, Jamilita*, y antes de que saliera de su covacha el individuo más huraño del caserón, el del departamento siete que nadie conocía ni de nombre, y cuando el maestro Saracho, de sobrio saludar, dijera las únicas palabras que ahí le conocían, porque en la catedral refinaba entendimientos y en las loncherías que rodeaban al mercado de las flores, algunas veces al mes, improvisaba catedritas galantes para conquistar el placer que Rosacruz ya no le daba.

Al quedar el cajón de ropa expuesto a la calle de Independencia, los visitantes de la madrina comenzaban a entrar.

—¿Es aquí donde vive la señito que alivia?

Y la respuesta malhumorada de siempre:

—*Básale* hasta el fondo.

Después, el rechinar estrepitoso de la puerta siguiente, el que hendía la nevada sin nieve, que indicaba un entrar nuevo, luego un salir, y otros entrases y salires que continuaban todo el día, resonando en el primer patio primero, reptando por las escaleras a tumbos, elevándose al primer piso de la casona a cinco metros del suelo, a las viviendas de la azotea a diez metros, donde parecía no vivir nadie, pero de donde siempre bajaron personas adultas, sin niños, sin apellido ni nombre, y el rechinar traspasaba el arco del segundo patio, hendía el empedrado y las hendeduras de las baldosas, rebotaba contra las paredes olorosas a orines, y penetraba el olor a boñiga que no dejaba de oler, y continuaba entre los demás hedores que se empezaban a mitigar, a causa de algún prodigio, en el segundo patio, donde todo olía a primavera, trinaban los pájaros de aquella jaula a reventar de canarios y jilgueros, de petirrojos y zenzontles, y los pasillos desbordantes de flores rodeadas por el aletear de abejas y chupamirtos, los azulejos que desde muy temprano había trapeado Isabel, y su presencia cordial que sin dejar de hacer contestaba:

—Es aquí. Pasen. Tomen asiento. No tarda en desocuparse mi madrina. ¿Ustedes son los de Metepec? Pasen, deben venir cansados.

MARTÍN ERA CAMINANTE. Viniendo de las faldas de Coatepec, a hora temprana ya había recorrido la espina dorsal de Toluca, desde Guelatao hasta el centro de la ciudad, por la calle de Hidalgo. Solo, en trayecto matutino para ventilar pensamientos aún mareados y sin embargo claros; por eso percibía los matices que giraban en torno de dos clases de ciudad: la de aquellos nunca vistos por estar dentro, disfrutándolo todo; y esa otra latiendo por las calles. Unos ya no tenían que salir en busca del sustento: les llegaba a través de interpósitas gentes a su servicio. Otros eran aquellos caminando junto a él, en aras de la leche que provenía de los ranchos lejanos y cercanos, servidores de sí mismos, caminantes, peatones. Él, a esa hora, ya había visto y escuchado el paso de los automóviles Ford, los Packard, los Oldsmobile, llevando en sus entrañas cabezas adustas que veían hacia atrás una época de lustre, vestidos largos y sombrillas, sombreros de fieltro en cabezas de apellidos que algo tuvieron que ver con el dictador Díaz y sus repetidores de principios del siglo xx, solapados entonces por un gobierno que les abría las puertas de la oportunidad para volver

a ser gente de bien y bolsa llena, barriga llena y corazón contento. Y él se veía obligado a esquivar esos autos con el alma fija en una revolución deformada, en un presidente Cárdenas con el que sí encontraba señas de identidad. Como esa otra gente circulando en otros automóviles, carcachas rezagadas a las que se les daba cran, choferes de camiones repartidores de refresco cola y la colmena reina, ambas embotelladoras del rumbo de la Alameda y la calle de Lerdo, junto al Verdiguél. Trabajadores éstos, gente del sudor; aquéllos, simples recaudadores de la riqueza.

Durante su trayecto, en descansos breves, volvía la vista hacia atrás para contemplar la Teresona, cerro más suyo que de quienes no trepaban por las pendientes ensuciándose las botas. Elefanta enorme que la madrina convirtió en leyenda. Y había visto, en las esquinas principales, a los expendedores de periódicos y revistas que a esa hora estarían esperando lo que llegaba del Distrito Federal y empezaban a vocear *El demócrata* y el *Diario de Toluca* que daban cuenta, en sus primeras planas, del proceso huelguístico de más impacto en aquel tiempo. Y había caminado por el portal Madero y el portal 20 de Noviembre, en ángulo recto de la calle de Hidalgo a la calle de Constitución, pasando por las tiendas cuyos propietarios todos conocían y saludaban, hasta ver la salida de los que ya llevaban una misa en el buche de su catolicismo cotidiano y que a esa hora se enfrentaban al bullicio mundano a las puertas de la Santa Veracruz, a los que venían del templo carmelita por el callejón del Carmen y los que dejaban la no menos santa catedral en construcción, porque todos esos fieles de misa diaria confluían y se intercambiaban esbozos de caravana, saludos de puro formulismo, quitándose los sombreros, los hombres, y las mujeres retirándose la parte del rebozo que cubría la boca. ¿A cuál de

las dos Toluca pertenecían ellos? Y justo enfrente del edificio La Violeta, él ya estaba pendiente de los encabezados: “Si no hay aumento, Amenazan ir a Huelga”, en información local, y los cabezales que anunciaban las actividades del quinto año de gobierno del presidente Alemán, a nivel nacional, y que la Unión Soviética creía factible poner en órbita de la tierra, en el término de seis años, un satélite artificial. Y los madrugadores iban de la misa al puesto de publicaciones, donde les decían que sus revistas y sus diarios nacionales llegarían dentro de tres horas, si era por turismo México-Toluca, o cinco horas después los que llegaban por ferrocarril.

Caminando como todas las mañanas de lunes a sábado, a esa hora y por ese entonces, Martín ya había comprobado que la ciudad empezaba a ser de otra manera. No sólo habían aumentado los edificios de tres y hasta cuatro pisos; la cara estaba cambiando, el aire; también la gente, la que nació ahí y la que había llegado a radicar, siendo de fuera, reflejaban otras formas de ser. Ya no era posible llamar a todos por su nombre y apellido, en esa Toluca de apellidos que se negaban a dejar la aristocracia decimonónica, añorantes de *qué tiempos aquellos, señor don Simón y seño Rosacruz, yo me acuerdo de que su señor padre cenó con don Profirio y el general Villada en el palacio de gobierno en pleno 1900... y usted ahora con tantas limitaciones*. Martín tenía que divisar, como agujas en trigales, a sus conocidos, para decirles qué tal y quíhubo, por su apodo, a Memo el Coyote que tenía su tienda de reparación y venta de sombreros de fieltro en el Portal 20 de Noviembre; al Jarro Montes de Oca, el mejor linotipista conocido entonces y trabajador de *El Diario de Toluca*; al Muertero López, al Globero Pepe y al Caballo Mendoza que eran el alma de los domingos futboleros cancha “Luis Gutiérrez Dosal”; y al Toluco López, llamado El albañilito, que se

perfilaba como el gran boxeador mexicano de aquel tiempo en la arena Tierra y Libertad; al Charifas y al Ojéis, a quienes la otra parte de la ciudad veía como seres pintorescos por mirarlos de algún modo. Porque estaba llegando otra gente, con otros apodos, otros nombres y otros apellidos que se habrían de acomodar en el extremo que les correspondía, según ese desplazamiento del capital extendiéndose para crear otros hábitos y otras necesidades.

Se hablaba de instalar otras industrias, laboratorios, fábricas, talleres, unidades con capacidad para emplear a mucha gente, factorías de capital mixto, de las cuales podrían ser accionistas empresarios norteamericanos, alemanes, italianos ingleses y franceses, junto con inversionistas privados mexicanos y el gobierno del estado. Y Martín era uno de tantos a quienes aquello les daba mala espina. Algo le hacía presentir un cambio, una era de explotadores y explotados que ya daba sus primeros indicios. Entre muchas cosas imprevisibles: el fin de la tranquilidad provinciana sobre la cual caminaba mirando a esa gente que entonces, a esa hora, de lunes a sábado, tomaba sus alimentos en los cafés de chinos, uno de los cuales, el de Pepe Lhío, era el favorito de Martín. Pero algo se tenía que pagar como tributo al progreso. Nuevos sacrificios para Huitzilopochtli desde las tierras que vio Axayácatl.

Algo tenía ese primer cuadro y Martín presentía que algunos comerciantes se estaban convirtiendo, sin impedimentos de ninguna especie, en los dueños de buena parte de la ciudad. Una mínima intuición le hacía odiar a éstos, que eran miembros de clubes internacionales, como el Rotary y el Lions, además de caballeros de Colón y otras logias, tolerados y beneficiarios de las autoridades municipales, estatales y nacionales que tenían entonces el corazón en Estados Uni-

dos antes que en Toluca; y le hacían sentir que trabajadores como Prisciliano y Francisco el Pancho estaban próximos a él, en un estrato donde también cabían, en igualdad de estar jodidos como ellos, monedas más o menos, los visitantes de la madrina, los pequeños comerciantes del tianguis vienero, todos aquellos que eran capaces de vivir esa ciudad desde la entraña y que la sentían con sus pies descalzos o desde sus huaraches. Y creía ver ese Martín, como en bola nigromante de cristal, ya no sólo aquellas pocas fábricas toluqueñas, como la tabacalera, la de jabón Longares, la de hilados y tejidos, las refresqueras, la cervecería, la de vidrio y algunas otras; y ya no algunas cuantas personas madrugadoras y algunos cuantos Chevrolts, Packards y camiones de darles cran; creía ver, entonces, y le daba miedo de lunes a sábado una ciudad indiferente y peligrosa, de aire impuro, invadida por las máquinas y los ruidos, acentuada la injusticia, Toluca de siete cerros acosada ya no sólo por la incomunicación de cada una de sus vecindades, sino la soledad de cada ciudadano luchando a empujones por la vida y el pan nuestro de cada día, entre la multitud de soledades, en una lucha abierta, inconciliable, de clases, colores de piel, costumbres y maneras de vestir. Y en su mente estaba ese rejuego de conceptos intuitivos, contemplaciones de caracteres de ciudadanos distintos uno del otro, tan hijos de esta ciudad, entonces, como él mismo, y que sin embargo tenían, los unos, mayores posibilidades de disfrutar la libertad y los derechos, los bienes y los servicios, que los otros; pocos los unos, muchos los demás. Diez familias o veinte que se ufanaban de tener el aparato de la época moderna en su propia casa, y todos los demás que tenían que dejar su asombro ante tal maravilla, la televisión, cuando andaban en una esquina del portal y se detenían ante ella, expuesta a las miradas asombra-

das de todos los ciudadanos. Y entonces los veía mezclados a las puertas de aquellas iglesias, a las mesas de los restaurantes, en las butacas del cine Principal y el cine Coliseo, en el griterío de la arena Tierra y Libertad, utilizando el mismo espacio sobre las losetas de los portales y las banquetas de esas calles, y caminar de un lado a otro de la ciudad que despertaba y se desmerecía en frío al repicar de las campanas, los silbatos de las fábricas, los toques tempraneros de diana y bandera del 43 Batallón de Infantería, el aviso del ferrocarril lejano, y los silbatos de los oficiales, vestidos de color café tamarindo que a esa hora temprana empezaban a ordenar el tránsito de vehículos desde sus cajones de madera, como rombos trancos amarillos en las esquinas más concurridas.

Con todas las apreciaciones del trayecto, llegaba al portón, todavía cerrado de par en par y se metía por la puerta falsa. El corto pasillo del zaguán de los libaneses, todavía oscuro, lo llevaba hasta la puerta rechinante que le daba acceso al primer patio. Desgarbado, sintiendo la resaca, levantaba la cabeza para contemplar, con un gesto de simple rutina, el desprendimiento de la estopilla que se dejaba caer al impulso de algunos aires, como embarrándose a las paredes, cornisas y tejados abajo, repasando los cristales de las ventanas de visillos corridos que no dejaban ver hacia adentro de las viviendas, aunque algunas veces él alcanzaba a ver los ojos que lo veían sólo para verificar quién había entrado tan temprano.

Y él terminaba de entrar. En el segundo patio buscaba explicarse aquel hedor confuso de estiércoles y bruma, de humedad y encierro, silencio denso que sólo se disipaba para darle paso a los aromas que surgían de las plantas cuidadas por la ternura de Isabel, por los gorjeos, por el olor picante de maderas desconocidas y lejanas, por el roce de la ropa de Isabel

con el cuerpo de Isabel, por el sonido de preparativos de Isabel que provenían de la vivienda soleada, donde Isabel, desde una sonrisa siempre sin artificios, le saludaba:

—Entra, Martín, buenos días. Hoy debes ir a la terminal porque llegó pedido de loza. ¿Ya desayunaste? Ándale, toma asiento. Ya está la jarra con agua preparada, para que riegues la cristalería. Me dijo mi madrina que le cambies el precio a los termos estampados, porque ya aumentaron; ahí está la nueva lista. A ver, quiero que pruebes las habitas sudadas, a ver qué te parecen.

Y él, si acaso, como todas las mañanas, o las tardes, o como todas las noches, de lunes a sábado, cuando no se diera cuenta la madrina que siempre se daba cuenta, intentaría en vano cortejar a esa mujer que le ponía delante de las narices un plato de mole de olla, calentito, *para que tengas resistencia con el trajín de la cristalería*, eludiendo sus acechanzas con inocencia y despreocupada, como si no hubiera notado, ni le importara, que todos los hombres la deseaban.

—¡ISABEL!

Desde que despertaba. Tal vez desde que terminaba de sacudir los sueños de encima de su cama y los fantasmas tenían que irse a freír papas a los aires de la vecindad porque ella no los dejaba estar alrededor de su vivienda. Desde que se levantaba de la cama y sin mirarse ante ningún espejo se arreglaba el pelo. Desde que desde arriba ya venía repartiendo órdenes, dando las instrucciones de un programa de actividades que seguían orden y secuencia, calculado minuto a minuto, meticuloso programa que se habría de cumplir al pie de la letra y aunque fuera ocioso preguntar, ya que ella lo sabía todo de todo, preguntaba nada más por preguntar algún pormenor que en apariencia no estaba estimado en ese orden:

—¿Ya pusiste la mesa, Isabel? —como ordenándole verificar que ya —Huevos revueltos y café— como instrucción que en ocasiones cambiaba por ¿quedó guisado de chilacayote? aunque supiera de antemano que el guisado ya estaba caliente, esperando en la cacerola una orden para pasar al plato—. Hoy quiero que se lleven una caja de lavamanos del número tal. Y

le dices a Martín que no ha terminado de arreglar la vitrina. Le vuelves a pasar el trapo a los santos, mira nada más cuánto polvo, Isabel, y le dices que a las diez de la mañana vaya a recoger el pedido que nos llega. Que el otro muchacho trabaje porque nada más anda en la holganza y que limpie con el plumero. Necesito sábanas limpias en la camita del recibidor. Y otra docena de veladoras de las que tienen vaso.

Y su monedero, el paraguas y un chal, como a punto de salir.

—Hoy hace mucho viento y va a llover a partir de las cinco de la tarde. ¿Quién llegó primero? —preguntando por preguntar, porque otra de las cosas era que la madrina solía decir: hoy van a llegar doce personas y ennumeraba los padecimientos que traería cada una, decía cuántos acompañantes vendrían con cada enfermo, o si el motivo de su visita no era dolencia alguna, sino cosa de nerviolera o mal dormir, o si llegarían solos, y vaticinaba, y *te preparas un sitio*, que le traerían un costal de frijoles, *de los que echas a remojar un kilo y cuando los cocines no les pongas epazote, un par de guajolotes, uno se lo regalas a Martín y quién andaba en busca de un pariente cercano y hasta me va a traer una fotografía arrugada para que se lo encuentre.*

Sentada a la cabecera de la mesa, el desayuno lo tomaba despacio, dejando a un lado el migajón todavía caliente de la telera o el bolillo que después Isabel transformaba en flores para venderse en la cristalería, mientras empezaba a tener los acuses de recibo de Isabel:

—Sí, madrina. Ya, madrina —amable, plena de seguridad, como una hormiga reina—. La están esperando unas personas de Tlacotepec, traen una niña enferma del sueño. Martín ya vino por las llaves. Desayunó y se fue. Ya debe estar abierto. Yo creo que el otro muchacho ya llegó. Martín se llevó el agua para regar. Ande usted, pruebe la mantequilla que le hice con las natas de la semana pasada.

—Ya te dije que les insistas en que recen con devoción, Isabel. Caramba, por no regar el piso con seriedad hoy vamos a tener poca clientela. Sírveme un té de hierbabuena, me duele un poco el estómago. Ya te dije que no uses muchos condimentos, ¿cuándo vas a entender?

Le decía las cosas en seco, pero sin regañar. Isabel escuchaba sin alterarse, reflejando que esa forma de comunicación debía sostenerse así, dejando entre líneas un enorme cariño recíproco y una comprensión que parecía de madre a hija más que de madrina que preguntaba, nada más por preguntar:

—¿Revisaste que todas las veladoras estén encendidas? A San Martín Caballero ya se la apagas, vamos a dejarlo descansar por unos días. Y cuando vayas por los ramos revisa que te los den frescos y de la Veracruz trae agua bendita. Y ándale, come bien, para que tengas resistencia en el trajín de la cristalería, porque hoy te vas a sacudir aparadores.

Sus retahilas incesantes salían y ella no dejaba de masticar, sin transmitir desagrado ni escupir partículas de alimento. Reclinada la cabeza, sin mirar a ningún lado, apenas dejaba que Isabel, comiendo despacio, le dijera desde enfrente:

—Pagué la luz de aquí, madrina, fueron cinco treinta —e Isabel sí se cubría la boca al hablar, en un ademán de pudor ingenuo.

—Dame leche fría —ordenaba la madrina—. ¿Quién más ha llegado?

Isabel iba de la cocina al comedor, se asomaba al pasillo, dando un bocado y vigilando que no le faltara nada a la madrina, pendiente de cualquier nueva indicación.

—Ahorita nadie más, madrina, pero yo creo que no tardan en venir otras personas.

Algo alcanzaban a oír los que estaban afuera, ya presintiendo que la mujer no era como les habían dicho, sino más fuerte y más drástica, y sin embargo más caritativa de lo que les decían y protectora de todos, como una madre o más, la que sin verlos, ya le ordenaba a Isabel que recogiera los trastes porque *ya terminaron*.

—Y pregúntales si quieren otra cosa de comer, vienen caminando desde tan lejos, y desnutridos —decía la madrina mientras se levantaba de la mesa, santiaguándose, e Isabel se levantaba frente a ella, como un eco, santiaguándose también y pronunciando:

—Gracias a Dios y gracias, madrina —en frase ritual después de cada alimento y la madrina, como dejando una bendición en medio del comedor, se encaminaba hacia el recibidor. Ahí, las veladoras parpadeaban junto a pabilos también encendidos que flotaban, encajados en una lámina con trocitos de corcho, sobre aceite puesto en vasos floreados. Se iluminaban las imágenes celestinas de cada curación y cada sortilegio. Ahí, la mujer volvía a persignarse, aproximándose a cada una de las imágenes, como para recordarles algún asunto pendiente o reiterarles alguna petición. Siempre cargaba su bolso de mano, su paraguas y su chal tejido de estambre, los que ponía a su alcance según la habitación o el sitio donde estuviera, porque siempre estaba como a punto de irse de un lugar a otro.

Isabel llevaba las vasijas al fregadero y se disponía a lavarlas. Se asomaba por la puerta de la cocina.

—¿Quieren otra cosa? —les preguntaba a quienes estuviesen esperando, en un acto de asomarse porque en el pasillo de espera siempre había alguien a quien preguntarle si quería otra cosa. Los veía sentados con los sombreros sobre las piernas, los hombres, el rebozo cubriéndoles la boca, las mujeres, algo

temerosos, a la vez confiados, en una confusión de sentimientos que se iba aclarando a medida que sentían que estaban en su casa. Porque eso lograba el ambiente de esa vivienda: todo aquel que ahí llegaba, enseguida lograba la comunión que se logra estando en un templo. “¿Y no es un templo la prolongación del alma?”, les decía Isabel como diciéndoselo a familiares muy cercanos, aunque por primera vez estuvieran ahí sentados, en espera de resolver la suerte de esa niña enferma de insomnio, mientras Isabel, entrando y saliendo por una puerta, recogía los trastes y las servilletas que ellos usaban, y la madrina, desde otra puerta que se abría sin que nadie lo notara, les gritaba imperativa, con ese tono de voz que no admitía objeciones:

—Tráiganme a la niña.

Entraban dándole los buenos días que ella contestaba sin verlos a la cara: ¿quién iba a soportar esa mirada que podía serenarlo todo, y sin embargo intranquilizar a quienes no tuvieran fortaleza? Colocaban a la niña sobre la camita; con tal esmero que daban la impresión de estar colocando a una santita en un santuario. ¿Cuántos años tenía?

—Tiene cuatro, ñoñora, y lleva como diez días con sus noches sin dormir; hasta le dan desmayos y vómitos, nomás la viera, y luego dice cosas que ni le entendemos, su molestia, se la pasa llorando y quejándose... compónganosla usted.

—Esperen afuera —decía la madrina—, le voy a hacer unas limpias.

Dejaban a la criatura temblando de tan frágil y ellos salían, cabizbajos. Ninguno tenía el valor para mirar con detalle otra cosa, menos los ojos de la madrina, ocupada ya en contemplar a la niña, diciéndole “abre bien los ojos y no debes cerrarlos porque te lo estoy ordenando” y ella mirando los efectos

de la anemia, las manos flacas, las córneas amarillas, la piel sucia, diagnosticando para sus adentros y eligiendo un procedimiento a seguir.

En la mano derecha un ramo de pirú. *Encomiendo mi capacidad a los santos apóstoles san Pedro y san Pablo.* Botes de cartón cilíndricos que antes fueron recipientes de hojuelas de avena 3 minutos, vitrioleros de vidrio verde transparente, bolsas de papel, cajas de cartón que tuvieron galletas Marías: *los depósitos de la salud por venir, madrina, los ingredientes para la infusión milagrosa. Yo te invoco, espíritu benefactor, ilumina este sanatorio temporal, imagen de mis desatendidos.* El frasco de la valeriana para quitar los espasmos. Los ungüentos. Las barritas de parche de la señora Coto, lo mismo para mordidas o picaduras que para extraer espinas encajadas. Los amuletos. *Concédele tu presencia al curatorio, oh siempre Virgen María.* La cola de caballo. Las flores de las manitas. El cuachalalate para cicatrizar heridas y raspones, *en el nombre del Padre y por si tienes úlcera, te la barniza.*

—¿Sabes rezar? —preguntaba la madrina.

—Nomás el Diostesalve...

—Pues reza el Diostesalve y me esperas a que yo responda con el Santamaríamadredediós.

Y el ramo trazaba volutas en el aire. Corteza de encino para endurecer los dientes flojos. El muicle y la hierbabuena para los estornudos y el estómago. El árnica para las infecciones. El romero para desinflamar inflamaciones y también, *fíjate bien,* les aminora las molestias de la regla. *El frasco de permanganato y el de la sal de uvas, madrinita, yo me acuerdo: usted era tan distraída que llegó a coger unos polvos por otros, y aquel señor que vino a verla porque tenía el miembro como podrido por la sífilis, usted le puso de las otras sales y casi se le muere del susto al ver la espuma efervescente revuelta con la pus. Pero después casi se le muere de tanto dolor, revolcándose en el suelo,*

cuando le puso el permanganate verdadero. Y después el dolor, cualquier dolor, desde el más leve hasta el más intenso, se quedó en ese cuarto que se convirtió en recipiente de todos los dolores de la vida y la madrina en sus invocaciones: *Santísima Virgen de Zapopan, danos tu luz*. Los bebitrajos se componían según el mal y también según el bien. Ahí estaban los frasquitos con píldoras de azúcar a los que les ponía las esencias bendecidas. Sus bálsamos. *Su acocote para mugirle a ciertas penas, madrina*. Y con el gordolobo les ponía fuertes los pulmones. Les quitaba la tos. El perfume de la ruda cautiva en papel. *La prodigiosa, madrina*, y era la madrina en el ritual de preparar su cocido saltapatrás: *Fíjate bien, Isabel, por si se te hace necesario con algún enfermo: Coges una botellita de cocacola, la destapas, procurando no agitarla mucho para que no se le vaya el gas. Tiras un poco de refresco. ¿Para la cruda, madrina?*

Para la cruda y otros malestares. Luego le repones el refresco faltante con prodigiosa. Le haces así cogiéndola con las puntas de los dedos de la mano derecha: una vuelta hacia adelante y la regresas hacia atrás, trazando en el aire un arco de ida y vuelta. Y luego se la das a beber al paciente, que se la tome de un solo trago, aguantando la respiración.

*La prodigiosa. Hay plantas que curan. Plantas que matan. La prodigiosa es una. La manita es una. La gobernadora es una. Pero cuidado al usar la chicalota. Más precaución con el toloache, porque los llega a convertir en locos. La marijuana en alcohol es buena para combatir el reumatismo, pero no te la fumes porque te salen los demonios del cerebro. El epazote de perro. La tila, las hojitas de naranjo. El telimón. Las pieles de sapo. El chaparro amargo para las amibas. Los cabellitos de elote para los riñones, *aguardando, madrina, en ese su laboratorio, para que usted les diera el uso conveniente*. El clavo para todos los dolores de muelas.*

—Bendita eres entre todas las mujeres...

—No te quejes. No cierres los ojos.

—... y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús.

—Santa María, madre de Dios, ruega Señora...

El diente de león lo usamos para purificar la sangre. Los ídolos alcahuetes observaban. El olor del incienso. *Las quemaduras leves, con pomada de la campana se las curas,* y las invocaciones viajeras iban por un destinatario y otro, el sagrado y el profano, los santitos oficiales, canonizados por el Vaticano. *Otros no tienen nada que hacer en nuestra religión: son intrusos, pero sirven. Haz la prueba con aquella diosa del mundo subterráneo, es del Mar Egeo. Eso queda en Grecia.* Sin olvidarse de sorber la sangre de paloma que Isabel había sacrificado. *¿Y dónde queda Grecia, madrinita? Lejos.*

El ramo subía en espiral, o bajaba si ya venía de arriba. Y el olor escapaba por las rendijas de la puerta del recibidor y los de afuera lo sentían. Pero estaban serenos. ¿Qué temer cuando por la otra puerta la sonrisa de Isabel ornamentaba el acto de lavar los trastes? El palpitar de sus caderas y el moverse de sus pechos debajo de un delantal con flores, debajo de una sonrisa blanca, y la mujer como muchacha que regresaba al pasillo de afuera para decirles:

—Ya no tarda mi madrina. Y ustedes acaban de llegar, ¿verdad? Pasen. Siéntense. Después de que termine con una paciente los recibe. ¿Quieren un vasito de agua?

Los copos de pelusa ya estaban cayendo, pero los que venían de fuera siempre fueron ajenos a esa lluvia, absortos como estaban contemplando las flores recién regadas, escuchando los trinos de esas aves canoras de colores, la primavera eterna de esa vivienda amable, donde la voz de la madrina se encargaba de satisfacer aquellos requerimientos de salud:

—Yo te arrojo, espíritu maligno —mientras la niña terminaba de pronunciar el Diostesalve, sus ojos ya habían recobrado la necesidad del sueño, y ella era niña otra vez, con todas sus

necesidades de dormir como todos los niños que le hicieron falta a la vecindad. Entonces, la madrina con su ramo de pirú en la diestra, la siniestra en la cabeza de la niña, terminaba de conjurar a los espíritus del maldormir:

—¡Dejen en paz a esta niña! ¡Sáquense a la chingada!

LA COSA ERA QUE MÍSTER CARTWRIGHT no se resignaba a ser un colonizador despojado. Eso lo notó Lázara alguna ocasión en que también se percató de la escasa resistencia que el extranjero tenía ante el alcohol y que además era incapaz de rendirle a las mujeres. Por ese tiempo todavía pesaba en él, como en muchos ingleses y norteamericanos, la expropiación que el presidente Lázaro Cárdenas había hecho del petróleo. Y míster Cartwright, a más de diez años del hecho histórico, era de los que sentían ultrajado su orgullo y no le daban sitio a la resignación. Él dejó la capital cargado de dinero, para buscar algo como un refugio en algún lugar de la provincia mexicana. Trató en las ciudades del norte, en las del golfo y en las del sureste; pero razones de salud, la vieja amistad que había cultivado con capitalistas mexicanos dispuestos siempre a buscar alianza con inversionistas extranjeros, y el clima de esa ciudad ubicada a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, sobre la altiplanicie, lo hicieron llegar a Toluca, para agobiarse ahí por la cirrosis hepática.

Pocos meses le bastaron para encontrar la forma de sacarle rendimiento a su dinero. Compró terrenos a nombre de

incondicionales suyos. Adquirió maquinaria. Contrató mano de obra a bajo precio. Y ahí lo tenían vuestas mercedes, como un pequeño magnate de la incipiente industria, departiendo con los comerciantes locales en asuntos de cremería y aprovechamiento de productos porcinos, los clubes Leones y Rotarios, la gente del poder político, los aventureros norteamericanos, árabes y españoles que también se habían asentado en la ciudad y desde luego, con las más altas autoridades eclesiásticas del estado que ya desde entonces llevaba por nombre el de la patria toda.

Era bien visto el míster Cartwright. Señor Cátrai para allá y míster Cátrai para acá. Patrón de muchos trabajadores. Cumplido con sus deberes fiscales. El orden metido en traje de casimir inglés legítimo. Era ordinaria la aparición de su fotografía, junto con pesonajes, en los periódicos de la ciudad. Benefactor. A la derecha del señor alcalde podían ustedes ver al rico empresario, señor Cartwright, durante un jaripeo en honor de aquél. O ahí lo tenían durante un desfile del Primero de mayo, aplaudiéndole a los contingentes de trabajadores que marciales y entusiastas participaban en las paradas del Día del Trabajo. Hombre clave del sistema productivo que ya tiraba a moderno, desde entonces. Relacionado con la flor y nata de la iniciativa privada, con lo más granado de la sociedad, al decir de los periódicos. Hombres así, tan llenos de visión y de futuro, no podían estar al margen de las principales decisiones. Y él no estaba. El *gentleman*.

Era tan inglés que todas las tardes tomaba el té a las cinco. Y aquella fábrica era un hormiguero todo el día, un panal y una maquinaria perfecta. Sus lemas: trabajar sin cesar, producir para mejor vivir, producir con fervor para así vivir mejor, sembrar para cosechar, aunque aquello nada tenía que ver con las

cosas de la agricultura, tan dejada de la mano de la revolución, sino a nivel muy remoto. Y los trabajadores acudían por las mañanas con esa precisión de reloj aullada por el silbato que les indicaba: es la hora de iniciar las labores y la puntualidad es privilegio de la humanidad. Con optimismo y alegría, míster Cartwright contemplaba la llegada desde su oficina, frío, gentil hombre, poderoso caballero acariciando la cadena de oro que hacía un columpio desde la bolsita de su chaleco a la del pantalón, constatando que nadie faltara a la cita diaria, de lunes a sábado, y en horarios corridos de sol a luna, dejándole a los obreros espacios muy breves para comer, para tomarse un refresco, para ir al baño a echar las aguas o para *hacer del dos*. Horas de encierro durante las cuales la producción se disparaba ganándole a la fábrica el reconocimiento de todos los magnates del momento.

Sonaba a trabajo. Olía a trabajo. El trabajo se palpaba con los dedos y tenía sabor a trabajo. Era el temple del trabajo, la sinagoga, el instituto, la universidad, el alma, el sagrario del trabajo. Los altos muros de piedra y adobe, recubiertos de cemento enjalbegado, con ventanas muy pequeñas que daban a la calle de Lerdo, por el norte, le daban la apariencia de una nívea cárcel. Su arquitectura era de la familia del Molino de la Unión. Fortaleza del trabajo. Recinto del trabajo. Y esos mismos muros, de más de diez metros de altura, los mismos de la vecindad aquélla, hacían esquina con la calle de Juárez hasta la mitad de la cuadra. Después, siguiendo por la acera del lado oriente, se esparcían algunas tiendas de ropa, telas, abarrotes, vinos y licores. Y se llegaba a la calle de Independencia donde el nevero gritaba ¡barquillos!, y siguiendo por esa banqueta, amplia y de pocos transeúntes todos los días, con excepción de los viernes, uno se topaba con otras puertas de casas parti-

culares, la tienda de abarrotes de don Tito, que tenía grandes botes pletóricos de chiles secos, frijoles, cajas con piloncillo en conos, costales de azúcar y azúcar en terrones, sal y ajonjolí, tamarindos, montones de jabón de pasta Ibis, caramelos y mazacotes de dulces que los niños compraban como *recortes*, y un portón después, de par en par abierto de lunes a sábado de nueve a nueve, el cajón de ropa de los libaneses. La vuelta a la manzana. Después, la tienda de telas, el zaguán de otra vecindad con otro cajón de ropa de otros libaneses, y después otras tiendas de libaneses, el edificio de La violeta, la Botica del Rincón y la gasolinera de la esquina poniente con su letrero de Pemex, donde los pilares y los colores blanco y verde brillantes dejaban ver la puertita por donde entraba el enano. Y otra vez, yendo hacia el norte, el callejón del Carmen de suelo deteriorado que iba a dar hasta la entrada principal de esa iglesia, cuyas torres se veían desde la esquina, desde la terminal de autobuses foráneos, desde la arena de box y luchas Tierra y Libertad, desde la cantina del Jockey Club, desde todas las azoteas de la ciudad, hasta llegar nuevamente a la calle de Lerdo, por donde se entraba a la fábrica.

Prisciliano recorría la cuadra, sin tener que cruzar la calle, para dirigirse de su vivienda en el caserón a su trabajo en la fábrica, ida y vuelta de lunes a sábado y de nueve a nueve. Y era el mismo recorrido en las mañanas, muy temprano, y en las noches, fuera temprano o demasiado noche. Y era el mismo recorrido de Francisco el Pancho, vecino y compañero de trabajo de Prisciliano. Y era el ámbito rutinario de muchos que sólo se conocían por referencias, a veces equivocadas, por apellido o por sobrenombre, y que sólo alcanzaban a intercambiarse saludos reverentes, lejanos, muestras mínimas de identificación callejera.

—Buenos días, maestro Saracho.

—Buenos días, señor Cártrai.

En esa cuadra se gestaba el descontento de muchos obreros. Las jornadas laborales de míster Cartwright, su pulcritud, su filosofía del trabajo, Arca del Trabajo, Torre de Marfil, ya no los convencían, porque al comparar esas exaltaciones del deber con el salario, la fatiga, el desgaste y los riesgos cotidianos a que estaban expuestos, míster Cartwright les salía debiendo mucho. Pero el inglés, dotado de una sensibilidad especial para interpretar el sentir de sus obreros, siempre estaba dispuesto a dosificar y escalonar sus concesiones: una, dos por año; la instalación de un botiquín con medicamentos para los primeros auxilios o la reducción, previa solicitud, del horario a los obreros de mayor antigüedad en la fábrica; y con mayor reticencia, cada dos años, el aumento del dos y medio por ciento al salario semanal, de manera que sus trabajadores ya estaban percibiendo setenta y dos pesos por semana, a razón de doce pesos diarios, más una cantidad inusitada de seis pesos por concepto de un día de descanso obligatorio.

Pero no era suficiente. *Nos cae*. Para entonces los precios andaban por las nubes, como decía el *Diario de Toluca*, y el dinero ya no les alcanzaba para maldita la cosa a las amas de casa, como decían las amas de casa cuando andaban realizando verdaderas proezas, *nos cae*, para alargar el gasto diario. Por eso los viernes se lanzaban al tianguis con la canasta mayor, acompañadas o no por sus sirvientas, ya sea que las tuvieran o no, y ejerciendo sus dotes naturales buscaban, mediante el arte natural del regateo, la rebaja en los costos.

—¿A cómo la pila de melones?

—A treinta y cinco.

—Déjemela en veinticinco.

—Uy, chula, no me sale.

—Ándele, no sea malita.

—Si no es por malicencia, doña, es que ya está recaro el acarreo. Se la voy a dejar en treinta.

—Veinticinco.

—Treinta... A ver, llévesela, nomás porque me recuerda usted a una tía que tengo enferma.

—¿A cómo el montón?

—A quince.

—Que sean diez.

—Ni usted ni yo: se lo voy a poner a doce.

—¿A cómo la medida?

—A veinte. ¿Cuánto da usted?

—Diez.

—¿Dónde cree usted, pues a poco a mí me las regalan!

—Pues entonces ni madres.

—Pues ni madres, pinche vieja, si no soy casa de beneficencia pública.

Y era común verlas regresar todos los viernes, cargando a duras penas o dejando que los cargadores se las cargaran, sus canastas con mechones de flores de calabaza, colgajos de manzanilla, perejil y cilantro, los jitomates, la rebanada de papaya y la cestita de huevos hasta arriba, y hasta abajo, donde no se veían, las cebollas, las naranjas, las papas, los nabos y las zanahorias, las calabazas y el chilacayote, los productos más sólidos del mandado.

Pero ya no alcanzaba para comprar animales en Huitzila, a varias cuadras del centro, donde los vendedores de borregos, marranos, guajolotes y gallinas, venían de los alrededores. Los que traían los más grandes tenían que regresar a sus lugares de origen con los caballos que nomás se vinieron a cagar, las vacas

que aquí dejaban sus boñigas, las mulas que también dejaban abono para los jardincitos y los chivos que no lograban vender, porque además ya pocos los querían. *Y eso era el reflejo de que las cosas iban mal, madrina, como debe saber porque usted lo sabe todo; y aquí en la vecindad ya todos pasan por menesterosos, hasta el maestro Saracho, cuantimás Prisciliano con su Leticia enferma, que ni la puede ver estando tan cerca de su trabajo.*

Míster Cartwright, calculador y visionario, también había impuesto un sistema de vigilancia que le permitía controlar el ánimo de sus obreros. Era posible así enterarse de cualquier proyecto de organización, de parte de ellos, para frustrarlo con facilidad o canalizarlo a su favor. Para entonces, los trabajadores de esa fábrica, asesorados por un abogado institutense, amigo de Prisciliano, pensaban la conveniencia de contar con un sindicato *para lograr juntos la defensa de nuestros intereses, Prisci, como aumento salarial, despensa, garantías, seguro de vida, menos horas de trabajo y tener conquistas, como ya lo han hecho en algunas fábricas y empresas, Prisciliano, y lo están haciendo en la capital y en otros países,* como pasaba con el Gran Círculo Obrero y sus asociaciones de trabajadores, que tuvo mucha fuerza, y proletarios del mundo, uníos; pero como aquí todo llegaba con retraso/ Con gran habilidad, míster Cartwright había infiltrado espías a los corrillos que se organizaban espontáneamente, a la hora de la comida o en los sanitarios de la fábrica; sus trabajadores de confianza eran privilegiados de tal modo que se dedicasen a inhibir las aspiraciones de los demás trabajadores. Con eficaces artilugios, hablaban de comunismo soviético, de células de sedicentes *que buscaban llevar a la ruina los nobles intentos de progreso de caballeros como usted, míster Cartwright, y los de Colón,* que se la pasaban en misa entera los domingos y fiestas de guardar, suplicándole a Dios nuestro Señor les concediera sacarse la lotería y

ganar más utilidades en sus prósperos negocios del primer cuadro. *Los otros eran agitadores con ideas exóticas, señor Cartwright, que de seguro tienen pacto con el diablo, o con la bruja de la vecindad de aquí atrás que todas las mañanas, de lunes a sábado, en especial los viernes, se llena de indios harapientos y descalzos que no tienen cultura ni educación ni principios, Rosacruz; robavacas como los que terminaron con las propiedades de tus papacitos que en paz descansen.* Y bastaba que míster Cartwright y sus abogados orquestaran campañas de opinión para lanzar, a través de los diarios y los púlpitos, preservativos para los males sociales que ya traían aquellos tiempos modernos y crecen como los hongos en los pies, como conejos, como toloache, y terminaban los propósitos sindicalistas para los que siempre había un sanseacabó rotundo. El departamento de trabajo y la junta local de Conciliación y Arbitraje, desde García Bobera, sus voceros autorizados y sus expertos en ser *señores licenciados*, también cooperaban para propagar antídotos contra esos venenos anarquistas, líbrenos la virgencita de Guadalupe.

Así que las ideas de Prisciliano, Francisco el Pancho, el Pimaco, Germán Castro y los demás trabajadores, jamás prosperaron; por el contrario: se les aplicaban sutiles formas de represión, y no sólo aventándoles a los gendarmes; también reteniéndoles las rayas con el pretexto de que habían llegado tarde, míster Cartwright, hicieron sanlunes como los albañiles, o pierden mucho tiempo a la hora del *lunch* por estar platicando pendejadas comunistoides, y hasta por quítame estas pulgas.

Y Lázara supo que míster Cartwright jamás transigiría, porque se lo dijo él mismo. Ebria, una de aquellas noches en que regresaba al caserón y sin saber por dónde andaba, se encontró con ese hombre tan atildado. Ella borracha y él borracho. Ella bamboleándose como trompo y él sin perder la compostura. Ella sucia y él impecable, de pronto se vieron sig-

nados por una misma necesidad: conseguir, a esa hora, un sitio para colmar la sed. Y Lázara sabía dónde, *porque fíjese usted que aquí todo se cierra temprano; después de las ocho ya ni los perros andan*. llevó al gentilhombre hasta una casa del rumbo del Mercado “16 de Septiembre”. Libaron juntos, con el dinero de míster Cartwright, entre los teporochos que acostumbraban amanecer ahí, enteleridos por la cruda, junto a la cama del dueño de la casa implementada como remediario, bebiendo té de canela con piquete, canelitas, en jarros y jarros completos de tequila que estimularon a míster Cartwright a llevarse a Lázara al hotel San José, en pleno callejón de Lerdo, a terminar de amanecer la madrugada. Esos *wanderers* ya le habían robado la cartera, *pero eso le pasa por andar de trole, míster, y mejor no se meta con ellos porque son charrasqueros, ándele, véngase a dormir la mona*. Y solicitaron una botella al cuarto, *el señor es de confianza, pero cómo no, nomás que deje el relojito en prenda*. Y como dos remedos torpes se desnudaron. “*Dirty woman, no enferma?*” Míster Cartwright le decía, mitad en una lengua y mitad en otra, una filípica dedicada al placer de la carne, al deber del hombre moderno con aspiraciones de progreso, *porque ustedes, mexicanos, buscan trabajo y you pray, you ask God no to find job. Ustedes, ¿cómo se dice? son irresponsables, unstable, lazy y Lázara, carcajeándose hasta las lágrimas, lo dejaba decir y maldecir en dos idiomas, hasta que él durmiéndose, y ella burlona, Lázara le dijo:*

—Ustedes serán muy salsas, gringuito, como John Wyne en las películas; pero en la cama ya no hacen nada.

—No no, yo *englishman*, no gringo.

—Digas lo que digas, gringuito, tú ya no paraguas.

POR AHÍ VA MARTÍN. Como si lo viera. Puedo sentir su estómago estragado. Observo su figura de hombre altivo. Escucho su respiración. Veo su rostro y sus pensamientos transparentes. Miro sus ojos que lo miran todo. Va nervioso, intranquilo de siempre. Tampoco anoche durmió lo que se dice bien. Salió de casa de la madrina y se fue al Faro. Ahí chupó. ¿Cuatro cubas? ¿O prefirió ginebra con Del Valle? Tan estúpido, ¿no te han dicho que la revoltura es peor? Mejor toma solo, lo que tomes, pero solo. Estaría recargado sobre la barra. Sí, mirando esos muros que pintó el Tulús Lutreco. Ahí estaría el Tulús, con la melena descolorida por el agua oxigenada, gorreando la copa, como siempre. ¿Qué te dicen esas figuras, Martín? Representan un circo romano. Están los leones, los centuriones, las esclavas semidesnudas. No está lograda la proporción anatómica, ni la perspectiva. Los lanzaban a la arena, como a los toros al ruedo, a lidiar con un enemigo que lleva todas las de ganar: premeditación, alevosía y ventaja. Los otros, los desprotegidos, a la buena de Zeus. Siete quemadoras hasta sacudirse la pesadez de la madrina: Ron Batey. ¿Tehuacán aparte? Si yo soy el que te

vende todas esas copas, Chueco. Yo te surtí los vasos jaiboleros, los tarritos de vidrio pal tequila, los caballos. Sé cuánto cuesta sostener la bebida. Te vendo el hueco de cristal pa' que lo llenes de veneno. Todos chupan en este mugre pueblo. Lo que puedan, el efecto es el mismo. Yo no veo diferencia entre un teporocho y el cura de San Sebas, por ejemplo. Los estragos son los mismos. La cruda es igual para todos. La nerviolera. Clarito oí que dijeron salud. Salucita, Lázara, tú sí me entiendes. Yo te comprendo. Nadie sabe con exactitud cuándo ni por qué se tomó la primera. Se sabe el efecto, porque se desvanecen los prejuicios. Uno se desinhibe, Martín, uno se siente muy chicho. Y a mentar madre, a no saber ni a qué le tiras y no vislumbras ni con quién vas a perder. Sirve las otras, Chueco. Al Tulús, lo que esté tomando. Tú podrías llegar más lejos, Tulús, más lejos que andar pintando las paredes de los restaurantes y decorando cantinas; pero aquí la cultura les vale madres. Nada más lo que deja. La política y la grilla. Pinches materialistas ojetes. Y se te vienen los revanchismos. Y la cargas contra todos los que te humillan. Pero como en esa pintura: ¿cómo vas a poder contra los leones si eres víctima para el aplauso de los nobles? Uno se muere. Otros contemplan morir. Tal como en los circos. Y se aplauden esas muertes. Entretienen. Todo lo ves muy claro. Te relajas. Un sorbo y todo lo mitigas. El mundo se hace chiquito. Y luego te la avientas del centro a la Alameda. Los gendarmes te la pelan con todo y julias. Te subes a los prados a pisotear las flores. Y te sigues hasta Guelatao. Como si lo estuviera viendo. Sin ánimo de ofender, Martín: ¿esa bruja con la que trabajas no te podrá hacer unas limpias para que dejes el pedo? Ya lo intentaste. Y las promesas. Una vez te fuiste de peregrino: a Chalma. Otra vez hasta la Villa. Pero ni el Santo Señor de Chalma ni la Virgen del Tepeyac pue-

den redimir borrachos. Hace falta que los borrachos quieran. Borracho tu santo, pinche Chueco. Sírveme la penúltima; la última será cuando me muera. ¿Tonces qué, Lázara? ¿De a cómo no? Yo no ligo con briagos. Uh, ni que tomaras agüita de jamaica. Vete a buscar a los mesones del Mercado de las flores. No necesito. La ves y no te agarras. Órale, sin alburear. Te digo, si ya que uno entra, no hay manera de salirse. Las mandas no sirven, ni la penicilina; para eso no hay curación posible. Esta es la enfermedad más democrática, como dicen: a todos les pega igual. No le hace que libes güisqui, como el inglesito, o te la pases con el coñac. Que seas rico o pobre. Negro o blanco. Hombre o mujer. Joven o viejo. Ya cámbiale de tema. Todos dormimos la mona padeciendo igual. Sobre una alfombra o tirados en la calle. Hacemos las mismas pendejadas. Y la puta cruda... Luego es peor, porque todos le tiran a curársela. De la primera se pasa a la segunda. Y luego, vengan las otras. Cabo de cuarto, estoy desarmado. Y otra vez a pensar y pensar. Primero, como que todo se te aclara. Hasta las pinturas del Tulús te gustan, dicho sea con todo mi respeto. Luego te va costando trabajo comprender. ¿Ves? Te desconectas. Después ya nada. De san Lunes a san Domingo. Semana Santa. Y cada día es peor, hasta que los santitos te empiezan a decir sus confidencias. Hablas con ellos. Con tus sueños. Te llega la paranoia. Te cuidas hasta de tu sombra. Mira nomás la nerviolera. Cuando empieza a fallar el hígado, ya está lo duro. Me sobas. A vomitar sangre. A orinarse en los calzones. Estás ingobernable, como dicen. Se escuchan voces. Se ven arañas. Te alucinas. Te bajo hasta los talones. No se puede ni tragar. Ni quien sienta hambre. Las puras ganas de seguir chupando. Hasta no verte... Sírveme la penúltima ¿Otra? Ya vete a dormir, ya estás bien persa. No seas ojaldra, una y ya, tengo dinero, si no ahí me lo apuntas.

¿Cuándo te he quedado a deber, Chueco? No es por eso, ya estás muy mal. Uh, hasta las alas me cuidas. Te voy a cuidar a tu hermana. La pelona. Me sobas. Las verijas. Presta acá. Te voy a prestar la reata. Sírvete, Chueco, total: es su pedo. Zacualpan de los jumiles. Sácale de aquí. El techo blanco. Las naranjas al pecho. Nángari cu para ser lamboni comi chiqui pa mi doni. ¿Qué? Ya dije. Ora sí son las últimas. Las penúltimas, güey. Grasa, bolero. Como te iba diciendo. Pareces mecapanero. Yo siempre hago el mismo recorrido. Parezco de molde: igualito que ayer, que antier. Me levanto a las seis. Junto a la cama tengo mi tangüarniz. Dos tragos y a la mesa. Un par de huevos con frijoles refritos. Soplas y te aflojo, respectivamente. Harto chile piquín. Agárrate bien, no te vayas a caer. Y a la calle. Ahí te voy mirando la ciudad y los perros. Las viejitas que llevan su leche de don Zacarías, en ollas de las que vendo. La Teresona. Pinche cerro tan chingón. Nuestra elefantota echada. Es una elefanta, según dice mi madrina. Uno de estos días se levanta y vas a ver lo que nos pasa: itodos nos vamos a la goma! Agarro todo Hidalgo, la calle de la Libertad, como se llamaba. Al poniente, las casas que están construyendo los ricos. Zona residencial, como el Paseo Colón. Por ahí, San Bernardino, donde todos son mis cuates. Cuates los huaraches. Soy de los primeros en salir y verlo todo, llueva o truene. Pero yo me doy cuenta. Y ahí me está mirando el Señor Dormido. ¿Ya sabes que así le dicen al volcán, pinche ignorante? Y él nos mira. Cuando paso por la Alameda nomás se me quedan viendo los patitos. Cuá cuá con su casita, cuá cuá con su estanquito. Los abedules. Los eucaliptos. Los fresnos y las robimias. Nuestra Alameda sin álamos. ¿Ya sabes que el eucalipto tiene propiedades curativas? La madrina lo usa para destapar los pulmones. No, si no tenemos interés por la investigación. Somos güevo-

nes y dejados, por eso no progresamos. Los que hicieron la revolución la hicieron porque los tenían bien puestos. O ponle reparos a Pancho Villa, ¿a ver? A Zapata y a los protagonistas del corrido, ¿a ver? Y Cárdenas recuperó el petróleo porque tenía tanates. Luego me sigo hasta el Portal Madero. Y a la guerra no le entramos. Nomás un mugre escuadroncito. Somos muy machos pero no le hicimos nada a Hitler. Salud. Luego me empiezo a cruzar con los mochos. Y los panaderos españoles. Los restoranteros chales. Los negociantes árabes. El inglés. Los gringos que están llegando como abejas al panal. Puro extranjero. Los que se quedan con el país. Gringos y traidores. Acá la Malinche y allá los imperialistas. Deberías ser político, pareces diputado. No la. Si la. Ya la. Ellos ganan mucho porque son trabajadores. No tienen vicios. ¿y entonces para qué viven? Para la lana. No dan paso sin linterna. Saben su argüende, los ojetes. Unos le rezan al dólar y los otros se encomiendan al Cristo negro de la Veracruz. Le rezan a la virgencita. A ellos sí los escuchan. ¿Ya ti cómo te van a oír si siempre andas rebotando? No siempre. En las mañanas, trabajo. En las tardes, trabajo. Y en las noches te vas a inflar como chacuaco. Pero no hay purrún: la cristalería funciona, la tengo al pelo. Órale, Tulús, salucita. Salucita, Lázara, no te me atrases. Para que nos sirvan la penúltima.

Como si estuviéramos viendo.

ERA LA MISMA JARRA de peltre despostillado. Blanca por donde no se le veían las marcas de muchos golpes. Filos azules. Algunas flores estampadas a fuego. Dentro iba la pócima. Sobresalía el olor del ajo hervido entre el perfume que Isabel añadía por instrucciones de la madrina. La misma vasija que todos los días, de lunes a sábado, llueva o truene, sin aire y con frío, iba de la vivienda de la madrina a la cristalería, por las mañanas, y después de regreso, por las noches, acarreada por Martín, por Isabel o por la propia madrina. Isabel preparaba el cocimiento, con todo esmero, como si estuviera preparando uno de tantos brebajes de sagrada curación; pero eso no estaba destinado a propósitos medicinales. Era para ser esparcido en el piso de la cristalería por Martín, por Isabel, por la madrina o por algún dependiente que siempre les auxilió en el trajín cotidiano, a quien no necesariamente le comunicaban algunas costumbres implantadas por la madrina. Todas las mañanas, de lunes a sábado, muy temprano, antes de que las puertas del negocio fuesen abiertas al público, uno de los cuatro tenía que ser el oficiante de aquella ceremonia: caminar de un lado para otro,

regando el agua con una mano a manera de hisopo, mientras rezaba, *con mucha devoción, caramba*, por indicaciones de la madrina, rezos convencionales, oraciones de oficio, porque aquella pócima ya contenía los ingredientes necesarios para cumplir con su finalidad: aparte de disponer el piso para ser barrido, atraer a la clientela. *Yo, tú, ella y la otra los estamos llamando.*

Remojar un ramo de pirú en el agua de la jarra y luego sacudirlo, con cierta fuerza para que el agua cayera, como bendita, pero con impulso de mandato, salpicando los artículos de la venta. *Con devoción, caramba.* Todavía no acababan de diseminar el contenido de la jarra, cuando la gente ya estaba rondando en busca de los utensilios de cristal, las vasijas de loza, peltre y aluminio, los cubiertos inoxidable, los artículos para regalo, las estufas del petróleo que ya es nuestro.

—¿Qué *deseaba*? Pásele, ¿en qué podemos servirle? —invitaban Martín o el otro dependiente. La clientela estaba integrada por fuereños, en su mayor parte de los pueblos cercanos a Toluca, pero incluía mujeres de diferentes barrios de la ciudad, restauranteros y cantineros que ahí adquirirían los artículos del ramo.

—Cucharitas de peltre.

—¿Como éstas? Tenemos en azul y blanco; azules, moteadas.

—¿Cuánto vale la docena?

—Tres veinte.

—¿Es lo menos?

—Al mayoreo le podemos hacer una rebaja, pero al menudeo son precios fijos.

—Deme media. Y quisiera ver unos saleros.

—Ahorita se los muestro.

Los alteros de platos se levantaban tras el mostrador, como varios cilindros con papel de estraza o de periódicos

entreverados. Los estantes de los vasos, las copas y los saleros, dejaban escapar cientos de rayitos luminosos por los reflejos de la luz que chocaba por cualquier punto de la cristalería. En el radio anuncios y Guty Cárdenas. Se alternaban: uno atendía a la clientela y el otro limpiaba, sacudiendo pieza por pieza, en un vicio y otra devoción por no quedarse quietos, también implantados por la madrina y *¡qué, no hay nada que hacer? ¿Y ese polvo? Dondequiera que se le busque hay polvo. Al rato les trae Isabel los trapos limpios.* Y había polvo: bastaba buscarlo.

—Pásele, paisano, ¿en qué podemos servirlo?

—Vasos cuberos.

—Enséñale los vasos cuberos.

—Y jaiboleros.

—*Un rayito de sol/*

—¿Con filo dorado o sin dibujo?

—Sencillos.

—Bájate una caja de jaiboleros treinta veintidós.

Tenían sus códigos (implantados por la madrina). Números simples o grupos de cuatro dígitos para identificar el tamaño de las piezas, y combinaciones de números y letras que traducidos daban la cantidad mínima en que podían venderse los productos. Tenían que dejar un margen para lograr una ganancia extra en el regateo. Martín le decía al otro:

—Pásame una docena de treinta veintidós.

Y el otro respondía:

—Ya se acabaron, nada más quedan del treinta veinticinco.

Y Martín al cliente:

—Se terminaron los jaiboleros con base.

Y eran claves parecidas cuando se trataba de los precios. Si Martín, Isabel o la madrina se referían a un producto que cos-

tara o50, estaban insinuando que el precio mínimo al público tendría que ser de tres pesos con cincuenta centavos, y esa cantidad era la base para permitirle regatear al cliente. Otra consigna, repetida una y mil veces por la madrina, era: no dejar que un cliente se retire sin haber adquirido algo. Y Martín, con la euforia de las resacas bonancibles, lograba colocar las mercancías, mientras el que buscaba un platón de peltre seleccionaba el de su predilección, Martín, repitiendo con el radio *filtra sus oros por la enredadera*, le ponía enfrente los refractarios *que nos acaban de llegar*:

—Es la última novedad: platonos de vidrio especial para meter al horno. Tenemos ovalados y rectangulares, con asas del mismo material. Es una marca nueva, la Pir-O-Rey.

En múltiples ocasiones se dio el caso de algún cliente que había llegado para adquirir un cenicero, *¿nada más?*, y las habilidades cultivadas por la madrina en sus empleados, o esa euforia frecuente de Martín, lograban que aquél se llevara el novedoso portaceniceros de alambazón de cobre con ceniceros de porcelana japonesa, además de un juego para mesa consistente en jarra bomba, con figuras, y seis vasos, una ganga. Y la madrina les hacía ver que la competencia del mercado, la compraventa, tenía que ser así, como le hacen los libaneses, por ejemplo.

—Quiero una tina.

—¿Ovalada o redonda? Tenemos galvanizadas.

—A ver, enséñemelas.

Había que memorizar las calidades, las marcas, los códigos de la fábrica o la distribuidora, además de los que manejaban entre Martín, Isabel, la madrina y el otro como uso exclusivo y secreto.

—¡Sale media de cucharas!

—Gracias.

—Las que le adornan.

—Con permiso.

—Regrese pronto.

Era pasarse la mañana sacudiendo, trapo en ristre, hasta que todo ahí capturase los reflejos cambiantes. No debía permanecer escondida ninguna brizna de basura, porque la madrina, que habría de llegar como siempre, repentinamente, sin que ninguno de los dos dependientes advirtiera su proximidad, demostraría haberlos vigilado todo el tiempo. Y habría de entrar la madrina, sin saludar, preguntándole o diciéndole algo a Martín, igual que si ella no se hubiera separado del negocio ni un instante y no estuviesen las noches para separar los días, prosiguiendo una charla ya iniciada. Por eso limpiar, sacudir, atender a la clientela que llegaba:

—Yo quiero una de esas... ¿cómo se llaman?

—Esas como tazas así grandotas, como para mucho atole, pero que más bien son para *hacer* en la noche.

—¿Bacnicas?

—Una grande, pero como así, de este tamaño, para la señora gorda, porque fíjese usted que a mi mujer se le salen los cachetes, como que todo le queda chico.

—Pues llévele mejor un lavamanos. Mire, en éstos caben hasta las nalgas de una vaca.

O eran las copitas coñaqueras, los vasitos mezcaleros, las copas cerveceras, para nieve, para cóctel, de pata y sin pata, los caballitos, las chabelas, los tornillos, los tarros de porcelana y los de vidrio, los floreros, lo cómodos, los irrigadores, las ollas para el pozole, los botes tamaleros, los lecheros, las medidas de aluminio, los vitrioleros, los patos.

—¿Ésos son para cuando una no puede levantarse para ir al baño a hacer de la pís?

—Esos meros, señora.

—Pues mire, yo necesito uno de éstos, pero para hombre, mi esposo tiene como tres años de no levantarse y nada más anda mojando la cama, oiga usted, como si fuera niño de pecho.

—¿Y de qué número calza su esposo, si no es indiscreción?

—¿También vende zapatos?

—Digo, ¿tamaño estándar?

—¿Cómo dice?

—El pato, el pato para hombre.

Y eran los productos de la Vasconia, los Cufín, los del Anfora, las novedosas vajillas de la Termo Crisa que no se revientan con el agua caliente, los de la marca Ecko, la loza de Guadalajara, el peltre de la Ois, los artículos de la Nueva San Isidro, de La favorita, cubiertos de alpaca japoneses, el acero inoxidable, los pocillos, las sartenes, las garrafas, piezas que tintineaban y hacían los cuchicheos cristalinos, los choques peltrinos, aluminados, bronceados, acerados, metálicos, de loza y peltre en sinfonía, cacharros de tintines de todas las mañanas y todas las tardes, de lunes a sábado. Era el fluir incesante de preguntones y respuestas, diálogos casuales en torno a los precios, las calidades y las consistencias, los volúmenes y los usos. y no faltaba la pieza que se rompía. ¡Crash! Y señal de mal augurio. Cuando estaba la madrina se escuchaba un ibruto! a todo pulmón y las consignas ¡echa sal!, ¡persígnate!, porque había que ahuyentar la mala racha: el catálogo de supersticiones era interminable. La misma madrina, cuando estaba, era la encargada de conjurar: echar sal en el sitio mismo donde se hubiere impactado el objeto que se hubiere roto, y con el mismo salero echar más sal hacia atrás de la persona que lo hubiere roto, sobre el hombro derecho y sobre el hombro

izquierdo, hacia atrás, hasta que todos sintieran que los malos presagios se habían retirado por alguna de las dos entradas de la cristalería. La misma madrina, cuando estaba y el suceso revestía mayor gravedad, como el caérsele de las manos un cuchillo a Martín, a Isabel o al otro, la madrina no sólo echaba sal por todo el piso, sino que sacaba un crucifijo de plata y lo paseaba entre los clientes, que se santiguaban al verlo, y musitaba conjuritos que sólo ella entendía, e iba hasta alguna de las dos entradas, como si llevara entre las manos algo que arrojaría como se arroja a un intruso, y regresaba para recomendarles *tengan cuidado, caramba, hagan las cosas con cariño, no las hagan al troche moche, no nos pongan en peligro*. A ese catálogo de supersticiones correspondían los espejos que se rompían, cruzar por debajo de una escalera, el crujir del marco de unas puertas, levantarse con el pie izquierdo, tirar la sal accidentalmente, ocasionar que dos cuchillos se cruzaran, y el menjurje aquel de la jarra de peltre descascarada también era auxiliar en esos casos de riesgo, como lo eran sus rosarios de ajo barnizados, sus herraduras forradas de listón rojo, sus bolsitas con limadura de imán, sus ojos de venado, sus budas curados y otros amuletos repartidos *por doquier*.

Por las mañanas, Martín y el otro dependiente abrían las dos puertas de madera. Quitaban trancas y polvo. Se persignaban. Ponían exhibidores. Empezaban a despachar.

—¿Qué deseaba?

—Ando en busca de unos vasos resistentes. Yo tengo una cantina allá por Santa Anna. Soy cantinero de profesión. Pero mis parroquianos son muy rompelones. No hay un solo día que pase que no me rompan cuando menos quince vasos. Y ya acabaron con las copitas en las que les sirvo licores de Tenancingo. ¿Como qué me recomienda?

—Esa voz me agrada —decía Martín—. Le voy a mostrar lo último que nos ha llegado en vasos. El símbolo de la era industrial, mire usted: el plástico. ¿Ve usted éste? Atractivo, blando, viene en varios colores. La consistencia que tiene le permite ser azotado, mire. Lo agarramos así y lo arrojamos al piso. Hasta rebota, mire usted podemos apretarlo así, con una mano y mire, se deforma, pero inmediatamente vuelve a recuperar su forma original. También nos están llegando copitas del mismo material. Podemos arrojarlas al piso. Plic plic. Las podemos hacer que reboten en la pared. Vaya, hasta nos podemos parar encima de ellas, mire, y luego luego recuperan su forma. Nada más con que tenga usted cuidado de que no se las roben, le pueden durar eternidades. Otra ventaja de este prodigio del siglo es su tolerancia al calor; no quiero decir que toleren el fuego directo, porque entonces sí se le derriten o por lo menos se le chamuscan; me refiero a vaciar en ellos agua caliente, así, mire, para tomarse un cafecito, un champurrado o para el caldo de camarones. También los tenemos duros, los vasos. ¿Y cuánto cree usted que cuestan? Ríase: dos cuarenta la docena. Este es el material que hará futuro; mejor que el solo-loy. ¿Cuántos le damos?

—Gracias por la demostración, pero se me hace que voy a llevar de los de siempre, porque hay una cosa: el sabor del vidrio es más sabroso, este café sabe a rayos.

Envolver la mercancía no era cosa fácil. Debían hacerlo de tal manera que los trastes no se rompieran en el trayecto, y la mayor parte de la clientela iba a viajar y solicitaba un empaque resistente. Martín y el otro, entonces, Isabel y la madrina cuando estaban, ponían pedazos de papel periódico entre vaso y vaso de vidrio, entre taza y taza de porcelana, seis de un lado y seis del otro, cuando se trataba de una docena, y las dos hileras

envueltas con otro pliego de papel; cuando era necesario conformaban una cajita con desechos de cartón y la amarraban con un lazo delgado. Se trataba de aprovechar los materiales en que la mercancía llegaba proveniente de las fábricas y la borra que Isabel recogía en los alrededores de la vivienda, en el caserón. Tratándose de ollas sólo envolvían las tapaderas, cuando eran de una asa, y cuando eran de doble asa las sujetaban ambas con un lazo más grueso para que el cliente se pudiera llevar su olla como si se tratara de una petaca. La mercancía más fina la despachaban en cajas, empacada con viruta, cartones y bastante papel.

Así empezaba cualquier mañana en la cristalería, de lunes a sábado. Casi a diario, Martín hacía una o dos salidas hacia el Faro, caminando algunas puertas por la misma banqueta, saludando a sus conocidos. *Buenos días, Chueco, sírveme una. ¿Qué dice la cruz? Pues ahí la llevo.* Desde la esquina de enfrente, el nevero también empezaba a pregonar su mercancía: “¡barquillos!”, mientras la madrina, en la casona, ya estaba con sus exorcismos y sus curas milagrosas, o en la búsqueda de personas extraviadas basándose en el agua, el elemento auxiliar de la clarividencia.

TOQUE DE ARRIAR LA BANDERA en el cuartel de la calle de Hidalgo. El sonido hendía la tarde preparándole paso a esas noches después de la lluvia, cuando todo se queda quieto, reluciente, mojado. Quieto. Ascendía un vaporcito apenas visible en las calles pavimentadas, pero notorio en las de tierra y lodo alejadas del centro de la ciudad. Los automóviles, perlados y pocos: uno allá, afuera de la botica de Los Ratones, otro a cincuenta metros de distancia, afuera de la ferretería, otro que daba la vuelta más allá, chapoteando por el callejón del Carmen, sonando su bocina. A la corneta del cabo repondían los campanarios de la catedral en construcción, el Carmen, la Veracruz; alejándose del primer cuadro, los de Santa María de Guadalupe, San Juan Chiquito, Santa Clara, el Calvario, la Merced, San Sebastián, el Ranchito, y más lejanos, como ecos provenientes del más allá, los de otros barrios con iglesia. Tres horas más tarde, más oscuras las calles mojadas y más mojado el frío, se escucharía el sonido de fin de labores en la fábrica. Desde el oriente, para acompañar el silencio de la noche, acudían los soplidos graves de caldera que se desvaporiza y alguna cam-

panilla del tren que llegaba de la ciudad de México en escala hacia Acámbaro.

Al sosearse los sonidos despertaban los fantasmas. Después de las lluvias eran menos, porque menos eran las borlas en el aire. La estopilla que se había librado de los remojones vespertinos flotaba como suspendida. La del suelo era arrastrada por la corriente hacia las coladeras y hacia el segundo patio de la vecindad, por donde el agua seguía pequeños senderos entre las baldosas y el empedrado y se iba a perder por las atarjeas entrando en borbollones. Pocas veces logró la lluvia, y eso la más torrencial, acabar con borlas y fantasmas. Pero siempre tenían de dónde provenir los copos, nuevamente, dándose el renacimiento de las figuras de hombres vigilantes, de mujeres espioneras, de caballitos de mar curiosos que empezaban a flotar entre la noche mirando hacia adentro de las viviendas por las rendijas de los visillos, por los cristales superiores de puertas y ventanas, llegando hasta la misma cama de la vieja sorda que rezaba el último rosario de la jornada, suplicándole a todos sus santos que iluminaran a Prisciliano en el trabajo, *que le quiten lo rebelde porque lo van a correr, Señor del Huerto, que ya no sea tan repelón con sus jefes, porque está acabando con la paciencia de míster Cártrai, y asimismo va a acabar con la salud de Leticia, cada vez más preocupada y cada vez más enferma, Señor, la va a matar de tantas preocupaciones y mírala nada más llena de canas verdes, mejor que se conforme Prisciliano y no busque problemas.* Los fantasmas veían y escuchaban. Leticia levantaba las cobijas y se metía a dormir con el Jesús en la boca. La noche iba cuajando.

Para entonces, la madrina tiraba su bendición en el centro del comedor de su vivienda, y recogiendo su bolso de mano, su paraguas y su chalina, emprendía la marcha hacia el cuarto de la televisión, mientras soltaba sus indicaciones nocturnas:

—A ver si ya están calientes los ladrillos, Isabel.

—Gracias a Dios y gracias, madrina —decían Isabel y Martín, como a coro y dejaban la mesa llevándose al fregadero de la cocina los trastes que habían usado cada quien, y alguno de los dos llevaba los trastes de la madrina.

—Y tú, Martín, te llevas un guajolote para que lo prepare tu mujer. No te olvides de traerme una probada. Y mañana te vienes más temprano. ¡Reza con devoción, caramba, están bajando las ventas! Y le dices al muchacho que le pase un trapo a las bombillas, que las vi muy sucias. Y fúmate un cigarro.

Eso deleitaba a la madrina: que Martín encendiera un cigarrillo que ella le daba y aromatizara el cuarto de la televisión, mientras ella encendía el aparato y veía los programas musicales, e Isabel terminaba de lavar los trastes. El humo, oloroso a chocolate, inundaba la pieza mitigando los olores del incienso, formando nubes. Isabel sacaba de la estufa un ladrillo caliente, lo envolvía en trapos y se lo daba a la madrina para que se lo pusiera debajo de un zobaco; después otro ladrillo, *envuélvelo bien, Isabel, caramba*, y la madrina se lo colocaba entre los senos; y cuando la madrina empezaba a sentir el calor de los ladrillos, adoptaba un semblante sereno, le pedía a Isabel una plancha de carbón, bien envuelta, para el vientre. Y la madrina escuchaba las canciones. Y Martín le comentaba que hace diez años, *¿recuerda usted?, hubo una noche mexicana en el Palacio de Gobierno y vinieron Pepe Guízar, Guadalupe la Chinaca y los Charros de Atotonilco, y cómo no me voy a acordar, si aquella noche sirvieron pozole, chongos, atole, sopes, buñuelos y cerveza y cada cosa costaba diez centavos, y ahora todo tan caro*. Y veían el paso de artistas diferentes por la pantalla y anuncios de brillantina y pasta para dientes. El cuarto estaba azul, humeante, oloroso.

—Ya no te fumes otro. Ándale, vete ya, se te está haciendo muy noche. No vayas a emborracharte como acostumbras, un

día de estos te vas a morir; pero es tu vida, Martín, tú sabrás si la cuidas o la tiras por la borda. Ándale, vete.

—Sí, madrina, hasta mañana —y le besaba la mano.

Isabel lo acompañaba hasta la puerta. Él volvía a cortearla, le rozaba los brazos, intentaba acariciarle la espalda, los pechos. Isabel se desprendía de cualquier intento, sin enojo:

—Ándale, Martín, cuando llegues mañana ya tendré lista el agua para que riegues. Cuídate mucho.

Martín ya ni miraba con atención que de las láminas de asbesto de la fábrica se desprendía la mayor cantidad de estopilla según los leves impulsos del viento, y otra vez ascendían, de un lado a otro del cielo del segundo patio, borlas grandes que se desintegraban en copos que bajaban, que volvían a subir como buscando a las estrellas o los nubarrones de lluvia que no acababan de retirarse. Y ahí estaban esas miradas sin ojos, contemplando los pasos de Martín que volvía a sentir el olor a estiércol, el olor de los orines cuando pasaba junto a las escaleras del primer patio, y cuando abría la puerta rechinante hasta llegar al zaguán y trasponer el corto pasillo oscuro del cajón de ropa, donde abría el postigo del portón y se enfrentaba a la calle de Independencia, menos oscura que los patios de la vecindad.

A esa hora también había regresado el profesor Saracho y los fantasmas lo contemplaban hurgar en los libros, alumbrado por un foco, reclinado ante la lección que habría de impartir al día siguiente en el Instituto Científico y Literario. Hombre de bien y de vestir cuidadoso, apenas se había despojado de su gabardina y la colocaba en un perchero, junto al saco, la corbata y un sombrero gris oscuro de fieltro. Y así, ante una mesa, un vaso de leche tibia a un lado, repasando las páginas de varios libros a la vez, anotando en su cuaderno, ajeno al

mundo, lo sorprendía la media noche bostezando. Su mujer, Rosacruz, lo invitaba a recostarse a su lado. *Ya voy* y era otro rato de luchar contra el sueño, mientras ella, a punto de conciliarlo, se debatía con los recuerdos de otros años, cuando su familia gozaba los beneficios de un porfiriato que para ella jamás regresaría.

Candelaria también era de rezo a toda hora. Se santiguaba cada vez que pasaba junto a la imagen de San Martín de Porres, el santo que por entonces había alcanzado mucha fama y la veía, a Candelaria, con sus ojos de benevolencia, sosteniendo él una escoba, mientras ella ablandaba un pan remojándolo en leche caliente y le tiraba pedacitos a su gata siamesa embarazada. Y las figuras de borla veían a Candelaria y Candelaria no las alcanzaba a ver a causa de su ceguera creciente, aunque presentía que la rondaban como esperando a que muriese.

Jamila platicaba con su hijo Anuar sin que éste le respondiera nada, sino dos o tres sílabas, nervioso como era, señalándole algo. Ella le hablaba en su lengua dando por hecho que él la comprendía, pero esa era una forma de hablar a solas, de darle voz a los pensamientos y a las reflexiones. Y Jamila platicaba con sus personajes, veía a fantasmas como guerreros turcos o visigodos, y sus brumas le evocaban pasajes de Constantinopla y ella, como diciéndoselo todo a esas figuras de algodón grisáceo y al hijo de sus entrañas que, si acaso moviendo la cabeza hacia un lado y otro, dibujaba una idiotísima sonrisa de aprobación.

En otra vivienda, canturreando canciones infantiles, Josefina imaginaba muchos niños. A esa hora los veía dentro de su memoria, pero también en esos patios que nunca se vieron recorridos por pisaditas inocentes. Y Josefina, todas las noches, de lunes a sábado, se sumergía en un sopor mientras acariciaba

el producto de su amor que ya se anunciaba en ese vientre. Y ella le cantaba, le decía “mi amorcito, si tú pudieras ver toda esta soledad y oír este silencio”. Y Josefina imaginaba vidrios que eran rotos por pelotas, rondas de niños en los patios de la vecindad, niños que mataban pájaros y jugaban con los montones de borla, risitas y gritotes que en otras circunstancias hubieran sido silenciados por las viejas de ese caserón. Y pensaba en niños imaginarios que subían y bajaban por las escaleras, que se descalabraban por caerse y le hacían maldades al vecino torvo de la vivienda siete, que se robaban los dulces y las galletas de don Tito, que iban al Jardín de los Mártires a tomarse fotografías entre la espesa vegetación, y que se iban de pinta a los cerros de Toluca, en busca de sapos, renacuajos, insectos y tunas rojas. Y los veía bañándose en la pileta del segundo patio, jugando con los ajolotes, mientras ella y otras mujeres lavaban pañales orinados. Acalorada por una fiebre inoportuna, Josefina pensaba en largas colas de niños llevados por sus madres a la aplicación de las vacunas. Se apretaba el vientre, con dulzura y le decía mijito yo te cuidaré y su esposo, Francisco el Pancho, llegaría de un momento a otro acompañado de Prisciliano y así la iba a encontrar, retorciéndose sobre la cama, perlada la frente, las manos sobándose los siete meses de embarazo que le daban pataditas graciosas.

No todas las noches llegaban juntos, pero cuando lo hacían, Francisco el Pancho y Prisciliano se separaban al principio del empedrado del segundo patio. Prisciliano subía por una de las escaleras, casi siempre la derecha, y Francisco el Pancho se perdía en la oscuridad del segundo patio que lo llevaba a su vivienda, frente al herbolario que ocultaba la vivienda de la madrina. En algunas ocasiones se toparon con el vecino ceñudo que parecía maldecirlos, pero no le hacían caso, igual

que si hubieran visto una cucaracha que se debe esquivar para no pisarla. Los pensamientos de esos dos trabajadores de la fábrica contigua a la casona estaban en otra parte, en busca de mejores condiciones de vida para todos. Prisciliano, de ponerle fin a la explotación de tanto extranjero pernicioso y tanto mexicano traidor. Ya habían decidido la huelga con sus demás compañeros, y para entonces, en un acuerdo secreto, aguardaban.

En las noches calurosas, al finalizar las transmisiones, la pantalla mostraba un movimiento de puntitos luminosos, como luciérnagas cautivas, y dejaba oír un zumbido eléctrico. Isabel y la madrina dormían, una sentada en un sillón, con los brazos cruzados, la otra en su cama transformable en sillón, oprimiendo con sus brazos contra su cuerpo las planchas de acero y los ladrillos envueltos que cada noche apaciguaban algo. Sin despertar y sin moverse, la madrina decía de pronto:

—Isabel, hazlo ahora.

Isabel se levantaba del sillón. Con los ojos abiertos, sin embargo parecía no mirar al interior de esa estancia, sino hacia adentro de sí misma o hacia alguna parte imprecisa. Iba hacia el cuarto contiguo, donde las imágenes de la madrina, alumbradas por flamear de veladoras, la miraban despojarse de sus ropas. Al regresar al cuarto de la televisión, la luz del aparato iluminaba a la madrina que seguía recostada, los ojos cerrados, en espera. Isabel venía cubierta sólo por un velo blanco ceñido abajo del ombligo y una toquilla de seda en la cabeza. Al suave movimiento de sus brazos sonaban sus pulseras. La mirada fija en algún punto impreciso. Su blanda carne morena palpitante, notoria por el contraste níveo de los lienzos. El movimiento de sus pechos al inclinar el cuerpo hacia los lados, como siguiendo un ritmo. También se había colocado en las orejas

pendientes que chocaban a cada movimiento. La madrina no se movía. Isabel se desplazaba por toda la habitación, simulando víboras sensuales con los brazos, las piernas alternándose en una danza íntima que nadie presenciaba, sino los fantasmas. Eso era varias noches cada año. Transcurrían algunos minutos y ese cuerpo moreno casi flotaba, rozando apenas la alfombra y las esteras tejidas por ella misma. La cabeza hacía movimientos mecánicos que tensaban los músculos del cuello. Isabel era un cisne y después una gata en celo que no emitía sonidos. Jaguar y amazona. Odalisca. En cuclillas y enderezándose súbitamente, sin rozar siquiera los muebles de la estancia, como si de antemano tuviese preparada una pista para ese baile silencioso. La cabeza hacia atrás, las manos ondulando algún lenguaje de mímicas pasadas, cada zona de su cuerpo se iluminaba en azul y repetía reflejos. Y al final de la danza Isabel reclinaba la barbilla en un muslo, los brazos exangües envolvían el resto de su cuerpo y la madrina, incorporándose de su lecho, mirando sin mirar, apagaba el aparato y ascendía en silencio hacia su habitación.

Eso miraban aquellos espectadores en forma de caballitos de mar, cuyos contornos parecían deshacerse. Contemplaban la silueta de cada vivienda, las baldosas iluminadas por la luna. Y mientras los demás se entregaban al sueño, de pronto aparecía Lázara, bamboleándose, sin saber de dónde venía ni por dónde había entrado, sintiendo entre sus ropas una cantimplora de ron barato, entonando borrachita me voy hasta la capital, silbando a veces, recorriendo el primer patio y el segundo y regresando después al primero para subir, dificultosamente, hasta el primer piso, y recorriendo las puertas de las otras viviendas, imprecando, hasta encontrar la puerta de su vivienda. Antes de entrar discutía con los fantasmas, los ama-

gaba con las manos, les hacía ademanes obscenos. Venciendo la torpeza, en ocasiones alcanzaba a despojarse de sus ropas olorosas a cigarro y aguardiente. Se tomaba un trago más para el resto de la madrugada besando la boca de la cantimplora, y se dejaba caer, pesada, sobre la cama. Desde ahí, cuando ya casi la vencía el sueño, miraba a las figuras que la miraban con burla, y entonces ella, incorporándose sobre la cama, les decía:

—¿Quéhubo, pinches culebras? A ver si ya dejan de estar chingando —y se metía bajo las sábanas mugrientas. Daba otro sorbo al ron y sintiendo aún la presencia de aquéllos volvía a levantarse, sosteniéndose los senos desnudos con ambas manos—: ¿Esto querían ver? Pues mírenme. Todavía estoy bien buena, ¿a poco no?

Y se quedaba dormida.

Sí, LETICIA, pasaban cosas, ¡por Dios! Nosotros le íbamos agarrando cariño a la ciudad. Después de todo ahí estábamos, con los de abajo. Buena gente. Entre la mezcolanza de los mil demonios. Gente mañosa, huraña, timorata, convencional, dejada, católica, conformista, explotadores y explotados: cualquier saco nos venía. No mata, nomás taranta. Quitacobja, tirabarranca. Privilegiados y desprotegidos. Hacendados y arrabaleros. Viejos antiguos que habían estado de uno y otro lado de la Independencia, de uno y otro de la Reforma y la Revolución, muy lejos de la guerra, la primera y la segunda, y en esa simple escala nos fuimos ubicando en las zonas residenciales de Toluca, la calle de Villada, los Portales, Hidalgo y el Paseo Colón, y en todos los barrios que eran todos los demás. Y hablaban de construir colonias para clase media asalariada. ¿Pero de dónde habíamos llegado? de todos los alrededores, de todos los estados, de las provincias, de todos los pueblos, de todas las razas, de todo el mundo. Nahoas errantes que vislumbraron la ciudad tributo al Señor Dormido; aztecas despurificados, mazahuas y otomíes predominantes, tarascas que vieron

la Teresona, madrina, la elefanta colosal, Tlacotepec, el cerro de los peleoneros, el Tololoche, de los adoradores del dios Tolo, Tolotzin, matlazincas que se dispersaron por el Cerro de las Manitas, donde siempre, las mismas flores minúsculas, milenarias, en forma de manos rojas, uñadas, lo han curado todo con sus prodigios digitales; el Cóporo y Coatepec, el Calvario o ermita de Oviedo, las protuberancias, Josefina, que después vimos nosotros, que han visto muchas generaciones de mestizos y advenedizos, y que habrán de ver los siglos por venir. Los naturales fueron desapareciendo: indígenas de paso que de tanto pasar se rezagaron para que otros pasaran por encima de ellos. La Colonia nos hizo trabajadores del maíz y extractores de metales. En tiempos muy remotos había oro y abundaba la plata. Se los llevaron. ¿Qué riqueza sirvió de imán para el arribo de los invasores? Los prófugos del porfirato se asentaron en Toluca y se hicieron hacendados, gente de abolengo que levantó haciendas para deslumbrar a las chozas: San Juan de la Cruz, la Gavia, Canaleja, Barbabosa... los toluqueños todo el tiempo tuvieron capataces y fueron siervos de señores de fuera. Ahí tenía usted a míster Cartwright. Siervos de colonizadores e invasores, y dígame de uno solo que se llame Juan Capulín o Pedro Tejocote. María Toloache. Siervos de traidores hijos de la Malinche. Mesoneros y panaderos españoles, restauranteros chinos, mercachifles judíos, franceses y libaneses, empresarios gringos y alemanes que iniciaron el despunte industrial. Los que hicieron de Toluca la ciudad de nadie, botín de pocos.

De todos los puntos cardinales llegamos a quedarnos. Aquí nos fuimos haciendo recolectores de hierbas, captadores de animales silvestres, agricultores y mineros, ganaderos y pescadores de las aguas del río Lerma que se va secando porque

lo van exprimiendo, elaboradores de productos derivados del puerco y de la leche, hilanderos, hortelanos, polleros y guajoloteros, tianguistas: siempre con algo qué producir para vender y cambiar, siempre con una producción qué conseguir y comprar. El cambalache. Aquí aprendimos la transa. Mañosos y prevaricadores en aras de la misma misa para Tonantzin y la Guadalupana. Jodidos los más, jodedores los menos, en el reinado del pez grande. Nietos de abuelos que también lo fueron todo. Hijos de padres que hicieron *la* revolución y después se la dejaron usurpar. Padres de más hijos que no supieron subir por la escalera del triunfo. Hijos de aquella mezcla, Isabel de San Juan Tilapa, pueblerina en la ciudad. Todos metidos en aquella ciudad vigilada siempre por un señor dormido que en ese tiempo, y en sus sueños, la veía así: limitada por sus cuatro puntos cardinales: el parque Guelatao al poniente, los cerros del norte, la estación del ferrocarril al oriente y hacia el sur la planicie cuadrículada en verdes de muchos verdes cultivados.

Así le agarramos cariño. Junto con ella nos fuimos haciendo cómplices, víctimas y victimarios, sentenciados y jueces. Para la absolución de la historia. Por aquel tiempo supimos del tipo que asesinó y se comió a su madre. ¿Cómo se llamaba? Primo, Primitivo Soteno. Uno de Metepec. Lo fusilaron durante la guerra. Lo tuvieron cautivo en un cuartel del 43 Batallón de infantería, porque ni siquiera logró residencia en la cárcel de Toluca, donde se quiso comer a otro preso. Esa cárcel con sus árboles en la fachada, puesta en aquella esquina de Juárez y Constituyentes, frente al edificio del Instituto Científico y Literario. Atila frente a Roma: en esta esquina, las glorias del pensamiento y la cultura, el profesor Saracho y la mejor estirpe de la docencia, los hombres que forjaron a las mejores generaciones de institutenses; en esta otra, el reclusorio de los

delincuentes vulgares, ladrones por necesidad, abigeos anónimos, asaltantes, prostitutas y lenones. La flor y nata versus los adefesios que fuimos procreando: el *Tú tú* que la hacía de automóvil, tú tú, conduciendo su vehículo invisible por las benditas calles, simulacro de chofer metedor de primera, de segunda y de reversa, tú tú para estupefacción de los otros, digno de pitorrarse de alguien a quien se le botó la canica tapadora de aquellos refrescos ya desaparecidos. Y la María Félix, trotacalles desinhibida que a todos les mostraba las vergüenzas de la vida levantándose el vestido sucio y apestoso. Y aquel otro, el taxista que por las tardes se disfrazaba de torero, de conde Drácula, y se dejaba seguir por los niños y toleraba las burlas de la gente de bien. Y el Gasolinas, individuo sin ubicación y sin esperanza, que todas las mañanas acudía a la esquina de Independencia y el callejón del Carmen para mojar su estopa con el energético que acababa de ser expropiado por el presidente Cárdenas; Gasolinas de rostro carcomido por los hidrocarburos, cerebro anulado por el gas tóxico, manos que se le fueron deformando, como la vida, hasta que sólo alcanzaba a reptar por los portales. Como Lulú, el joto, encontrando calor sólo en los congales de la zona de tolerancia del rumbo de Ojuelos, fuera de la ciudad, donde las autoridades municipales consideraban que debían estar las meretrices de cuota y los maricones desclasados; pero este Lulú se paseaba por las calles de la ciudad decente, vestidito de colores; coqueteando sus nalgas a ritmo de mujer, con zapatos de tacón alto, para que le gritaran ay tú loca y adiós papacito, y para que las mochas se santiguaran a su paso, como al paso de la bruja. Nuestros púgiles agobiados por el alcoholismo. Ciudadanos agobiados por el mismo mal, en esa ciudad con alto índice de ausentismo laboral, criminalidad y muerte por alcoholismo. Señoras de lo más granado de

nuestra sociedad que ponían su nacimiento cada felices pascuas. Madrecitas de doctrina sabatina. Madrecitas mercedarias. Damas de la vela perpetua. Carmelitas. Franciscanas. Claretianas. Hermanas de la Tercera Orden. Conciencias de las buenas conciencias de la sociedad que ya iba creciendo, madrina, para alcanzar las cúspides del progreso, la era de la televisión y el automóvil, en esta ciudad que algún día, madrina, como usted ya lo vaticinó desde su vaso de agua cristalina y asombrosamente pura, será imposible para todo aquel que camine por esas calles de Dios. Mercaderes y compradores en la competencia vital. Todos protagonistas de una etapa que no regresará, como no regresarán el Nigromante y Altamirano, ni aquella casta memorable de maestros y alumnos institutenses. Gente de bien y de mal, como en todos lados. Gente común que nos veía pasar mientras silbaba el tren y el Dios del Viento sacudía los fantasmas. Aquí se incubó de todo, como lo vimos entonces. El portal era el centro, como la catedral inconclusa que por entonces tenía su fraude millonario. El Diablo siempre les ha hecho cosquillas a los curas cuando se nahualea como dinero. Nuestro portal. Nuestro centro. Nuestra Alameda central. El mercado circular de las flores que daba vuelta en círculos interminables de loncherías, mesones, accesorias, meretrices y soldados, sureños y michoacanos de paso por Toluca, igual que todos andábamos de paso en esta ciudad que alguna vez, usted lo vio en ese vaso de agua diamantina, será un simple dormitorio del centro del país. Ciudad de los tianguis: el del primer cuadro, apto para toda clase de mercaderías, y el de Huitzila, para la compraventa de animales. Ciudad de las vecindades, tenderos, lavaderos públicos, barrios para recorrerse a pie. Y es que no había distancias, Martín; todo se podía alcanzar, bastaba proponérselo. Para eso teníamos pies y había huaraches,

zapatos de suela de llanta y zapatos de León en la calle de Lerdo, a un costado del Palacio de Gobierno. Palacio donde pernoctaron, dicho sea con el mejor de los respetos, Porfirio Díaz y el general Villada. Burros y mulas, carretas y carretones, y nuestra línea de camiones Colón nacional que atravesaban todas las arterias de la ciudad en diez minutos. Y junto a las recuas del ir y venir, traer y llevar leña, carbón, tierra, vasijas, leche, fruta, basura, teníamos bicicletas búfalo y saeta y coches Ford, Oldsmobile, Packard Bell, Chevrolet, Buick y hasta Cadillac y a muchos de ellos se les tenía que dar cran para echarlos a rodar. Algunas chimeneas y pocos ruidos violentos, de lunes a sábado. Pregoneros de chichicuilotos y cambiadores de ropa vieja por loza reluciente, afiladores de cuchillos, destapadores de caños, pajareros. La temporada de lluvias. Los desfiles militares de septiembre. Las posadas. La quema de judas en cada esquina representativa de barrio. El paseo de los peregrinos. Los portones. La Semana Mayor. La cuaresma. El chisme. Los ojos tras los visillos. El qué dirán. El cuchicheo. La paja en el ojo ajeno. El paseo dominical. Los vestiditos dominicales. Los lagartijos de Posada y las lagartijas de la vecindad. Echar novio. Rondar por los prostíbulos a hurtadillas. Eso era todo. Toluca era tan reciente, y a la vez tan vieja, y no se acababa de reponer de la guerra que se había dado a muchos miles de kilómetros de distancia. El escuadrón 201. El asesino más abominable del siglo xx: Adolfo Hitler. Los inicios del imperialismo gringo. Y usted que profetizaba la salida del hombre al espacio sideral, como en las novelas de Julio Verne. Pero eso será dentro de muchos años, decía usted, porque ahora, entonces, algo indicaba los estragos de esa guerra, la Segunda Guerra Mundial. Tal vez en otros puntos del planeta seguía oliendo a pólvora y a bomba atómica. Acá no. Acá la gente se preocupaba por una

subsistencia pueril, en ese no querer nada con el futuro, ni con la ajenidad. ¿Para qué afanarse por asuntos ajenos, si los propios, de aquí y ahora, nos desfleman el cuaresmeño?

La historia también eran los barrios de Toluca, San Bernardino y Santa Bárbara, San Juan Evangelista y Huitzila, Tlacopa y San Sebastián, Santa Clara, la Merced, la Retama, el Calvario, San Diego y otros menores. Eran las iglesias repicando por turnos. Eran las fiestas religiosas. las fechas claves. Y lo que estaba en medio era la historia particular de cada quien, de cada casa, madrina; de cada uno de los setenta y cinco mil habitantes de cama fija. Cada cual tenía su historia. Como nosotros la tuvimos. Porque la gran historia es el compendio de múltiples historias, medianas, mediocres o pequeñas, de los más variados matices, heroísmos y cobardías, y hasta los sucesos menos dignos de reparar en ellos, como el tú tú de un hombre o la demente que a gritos convoca a que le vean el sexo, acaban dando cuenta de los momentos más grandiosos de un momento crucial. Como la forma de ser en ese tiempo, las diferentes lacras que se padecían y eran la enteritis, el analfabetismo, la desnutrición y el tifo, las diarreas y la ostentación de las familias aristocráticas, el paludismo y la borrachera, el saqueo arqueológico, el cáncer, la poliomielitis, la explotación de los más por los menos, las ganas de sentirse el ombligo del universo, la mojigatería las solteronas beatas, el machismo, el maldormir. Y uno encontraba la manera de morir, de enfermedad, por accidente o por homicidio. O simplemente dejándose llevar por el hilo de los acontecimientos. Y para sobrevivir había que hallarse: estar con los de arriba, o pertenecer y estar con los de abajo. Porque no hay puntos intermedios, madrina, usted lo dijo: o chingas o te chingan. Y entonces no sabíamos si convertirnos en héroes o en cobardes. Porque trascurríamos sin

más, de lunes a sábado, en ahí se va, levantándose para vivir, viviendo para trabajar, trabajando para comer, comiendo para ir al baño a defecar o bañarse, y estando limpios de la cara y del estómago para meterse a la cama en esa cadena interminable de rutinas, sin hacer el amor sino por compromiso, bajo contrato, memorizando rezos y mandamientos de la ley de Dios para no practicarlos, sin querer a la vida como debe quererse. Y luego tú que te ibas a morir al quedar yo en la ruina. Así nos tocó. Nos echamos la otra tanda. ¡Que sangren esos violines!

AQUEL AÑO la canícula fue una de las más notorias y prolongadas que se recuerda. Fueron muchos los días en que hombres, mujeres, niños y ancianos, sustituyeron gabanes, suéteres, rebozos y chamarras, por prendas de salir a la calle o medio milímetro de la desnudez, pero cuidando con esmero no rebasar ese otro medio milímetro de recato y buenas maneras, según las advertencias de los líderes religiosos, municipales y escolares. Los paraguas se tornaron sombrillas; los sombreros, abanicos; cualquier pedazo de cartón era bueno para ventilarse la cara. Los vientos de Ehécatl se fueron de vacaciones. Decían que en el Nevado de Toluca estaban floreciendo las más coloridas y aromáticas flores tropicales, *fíjese usted*. Y el sol no era la causa principal de tantos calores, porque aún en las noches, en las madrugadas y al amanecer, la gente se encontraba en las calles para charlar acerca del tema predominante: el calor o la calor.

La atmósfera se volvió espesa. Se aseguraba que había llegado, para quedarse en la ciudad, un clima nuevo. Por un lado los beneficios: la purificación de los sentimientos, el deseo irrefrenable de pasear por el Jardín de los Mártires, la Alameda

central, los jardines Reforma, Zaragoza y Simón Bolívar, por el Calvario, salir al campo y subir a los cerros, porque por todos lados se habrían de encontrar la fragante verdura de la naturaleza, la tranquilidad que incitaba al amor desbocado y el ansiado momento de la intimidad para despojarse, entonces sí, de todo milímetro de ropa. Por otro lado los estropicios: los alimentos que se echaban a perder de no ingerirse con prontitud, *la hidrofobia que está cundiendo, comadrita, la baja en el rendimiento laboral en todas partes, la falta de agua que nos tiene perforando nuevos pozos artesianos*, y la proliferación de ratas, cucarachas, alimañas de todas las especies y mosquitos a los que nadie estaba acostumbrado.

En medio de esa canícula, Candelaria llegó una tarde, después de haber efectuado su paseo y tomado misa. Era tan vieja que ya ni la renta le cobraban. Por allá de los viernes, con el tianguis, le llegaba una pensión en efectivo y ella la destinaba al pago de diezmos y primicias para la santísima del Carmen, y para sus pocos requerimientos digestivos, porque además con una muda de ropa y un par de zapatos impregnados de algodón se enfrentaba a la vida. Algunos viernes después la encontrarían reducida a esqueleto, a un lado del esqueleto de su gata y los zapatos.

Su corto recorrido vespertino, del caserón a la iglesia del Carmen, se cumplió sin alteraciones. Ella había tenido una mañana entera de labores domésticas. Muy temprano fue por su litrito de leche y los pellejos de su gata siamesa, que entonces debutaba como madre de más de cinco. Tendió su cama. Disfrutó de la música de un radio que se colaba por los muros, siguiendo ella las tonadas, creyéndolas ya sinfonía celeste. Preparada ya su alma pura. Limpió una vez más sus zapatos impregnados de pelusa. Barrió la habitación que pocas

veces requería de una escoba, además de la de San Martín de Porres, quien una o dos veces le dijo: hoy estarás conmigo en el paraíso. Ella feliz. Fue a tirar la basura al carretón que aquella vez pasó a las ocho, regalando buenos días a todos como si fueran sus parientes: hijos, por decirles de algún modo, madre-cita o hermano por decirles algo, padrecito al besarles la mano a los prelados. Sacudió. Trapeó. Con su vestido negro y su bolsa de ixtle salió de su vivienda por segunda vez después de que le dijo a San Martín de Porres no me tardo. Caminó por la calle de Independencia hasta llegar a Rayón. Entró al mercado por la parte de las verdulerías. Regresó por el mismo camino, llevando tres papas y tres zanahorias, perejil, unos hígados de pollo, tortillas y alguna fruta. Cocinó con la paciencia de todos presentida, hasta que el aroma de su caldo, condimentado con ajo, estuvo nutriendo la atmósfera sin aire. A la tarde salió por tercera vez, produciendo una vereda entre la borla. Menuda y encorvada. Saludó a los libaneses del cajón de ropa:

—Buenas tardes, hijos.

Le respondieron de mala gana:

—Buenas.

Caminó sobre la misma acera, haciendo esfuerzos para mirar las telas de siempre y algunos movimientos de cabeza a quienes se cruzaron a su paso. Los ciudadanos más antiguos la conocían. Toda la ciudad en todos los momentos estelares de la segunda parte del siglo XIX, y los que se habían dado en esa mitad del siglo XX. Los motores la perturbaban. El paso de la gente. Ese calor inaguantable. Vio las mercerías, el edificio de La violeta que siempre le produjo la sensación de desplomarse. Llegó a la botica del Rincón y dio vuelta en la esquina de la gasolinería rumbo al callejón del Carmen. El repicar de las campanas. Por ahí saludó al enano:

—Buenas tardes, hijo, Dios te bendiga —le dijo. Con extrema precaución constató que no se le echaran encima los camiones de la terminal, en cuyas bancas de cemento vio algunos campesinos haciéndose aire con la punta de sus gabanes, los hombres, y de sus rebozos, las mujeres. Los automóviles la asustaban. Vio a los perros sedientos. Siguió hasta la entrada del templo y contuvo el deseo de comprar alguna estampita del Sagrado Corazón de Jesús; pero en cambio adquirió un milagro de plata: figura hincada con su listón rojo, para la Santísima. La vio ese cura, como tantos otros la habían visto llegar: una parte fundamental era del templo. Se aplicó la misa. Besó la mano del cura, tan familiar, y regresó sobre sus pasos lentos, ya oscureciendo, regalando buenas noches a conocidos y desconocidos.

—Adiós —les dijo a los libaneses y les echó su bendición.

No le respondieron, ocupados en mostrar las camisas sanforizadas que no encogían. Candelaria escuchó por última vez el rechinido de la puerta de acceso al primer patio. Fue recibida por la gata siamesa que le maullaba las últimas buenas noches. Juntas surcaron la borla y traspusieron la atmósfera que ya empezaba a poblarse de fantasmas. San Martín de Porres las esperaba con los brazos abiertos, mostrándole a Candelaria la mejor de las sonrisas piadosas.

EN MEDIO DE AQUEL CALOR PREMONITORIO los fantasmas no abundaban ni su ambular nocturno era constante. Al integrarse, por las noches, ocupaban mucho tiempo en tomar altura. Su ascenso era tan lento que los vecinos, a esa hora de regreso a las viviendas, se topaban con ellos de frente y con cualquier ademán los volvían a esparcir en borlas. Y vuelta a empezar: las borlas a congregarse hasta adoptar la forma de un hombre o de una mujer que se paseaban por un patio, espectros a los que algunos vecinos daban las buenas noches o algún campesino, llegado a deshoras al caserón, preguntaba:

—¿La casa de la ñoñora?

Caballitos de mar gigantes que tardaban en subir a causa del calor y que con un apéndice de borla, como brazo, señalaban al fondo a la derecha del segundo patio.

Una de aquellas noches, una figura de aquellas se encargó de atraer al hijo de Jamila: llamándolo a señas hizo que la siguiera. Anuar no podía ni caminar, porque el peso del cuerpo, más grande que su edad, y la inseguridad de sus piernas, más de rana que de muchacho, lo zarandeaban de un

lado para otro. Los ojos, par de canicas intranquilas, la risita de niño y un hilillo de baba, las manos apartando la oscuridad, los pasos enclenques, Anuar salió de su vivienda sin que su madre lo notara. Regocijo de los demás fantasmas que veían al que se hacía seguir por el idiota. Un pasillo y otro, los primeros escalones de descenso. El instinto materno hizo que Jamila aplazara su discusión con un fantasma de mujer.

—¡Anuar! —gritó— ¡Dónde te has metido? —en español imperfecto y luego en árabe— Hijo de mi corazón —decía mientras empezaba a recorrer las habitaciones de la vivienda, la azotehuela, revisando los armarios, el cuarto de baño, los trinchadores del comedor y la cocina—. ¡Ay, Virgen santísima! ¡Anuar! —se escuchaban los gritos de Jamila como nunca antes. Escucharon los demás: algo muy grave tenía que suceder para que aquella tranquilidad de cementerio se viera perturbada. Los visillos de las ventanas se recorrieron lo suficiente para espiar: Anuar seguía bajando, riéndose, sosteniéndose con dificultad del pasamanos, en pos de la figura. Andaban por el descanso, donde la escalera se dividía en dos. Jamila bajó de tres zancadas, mientras Anuar alargaba un brazo hacia la borla. Y el fantasma le hacía ademanes para que continuara, le ordenaba que se montara en el pasamanos de madera apolillada. Anuar obedecía, tambaleándose. Jamila gritaba con voces guturales. Los ojos de gente que no se atrevía a salir se asombraban tras las ventanas.

—¡Anuar! —exclamaba Jamila, extendiendo sus brazos para alcanzar al idiota que hacía equilibrios sonrientes de sonrisa idiota, babeando desde los dientes chimuelos y guturaciones ininteligibles. Abajo estaban los tablones de los tianguistas y una fetidez de orines ascendía hacia la figura que se disputaba la vida del idiota— ¡No te muevas, hijo de mis entrañas!

—gritaba Jamila en medio de la angustia y añadía invocaciones a su Alá remoto y a su adoptiva Virgen de Guadalupe, suplicando que el muchacho no cayera. De otra zancada lo alcanzó, y mientras lo abrazaba protectoramente le gritó al espectro:

—¡Déjame ya, Teodosio! Este es mi hijo amado. No insistas en quitármelo.

En su vivienda, la madrina había mandado decir:

—Que mañana. Dice mi madrina que mañana estará en Calixtlahuaca para curar a su mamacita.

Isabel había escuchado el alboroto y la madrina le había dicho que no había por qué preocuparse. El campesino se retiraba apresuradamente, sin atreverse a mirar lo que arriba sucedía. Muchos ojos espiaban. Jamila regresaba con el hijo entre sus brazos, sosteniéndolo con fuerza. Iba imprecando en sus dos lenguas. Manoteaba hasta deshacer las figuras que se cruzaban en su camino y al entrar en su vivienda puso trancas.

Aquella noche otras figuras, espectros de los mártires de Chicago, estuvieron paseando por los aires del segundo patio de la vecindad, hasta poco antes de las nueve de la noche. Para entonces, el *Diario de Toluca* publicaba los pormenores del problema obrero-patronal de la fábrica de hilados y tejidos. Problema del inglés. Problema de la ciudad. Pero más que nada, problema de ochenta y cinco trabajadores que irían a la huelga, sin posibilidades de ganar, si el dueño, míster Cartwright, no les resolvía un pliego de peticiones que por tercera vez habrían de presentarle.

Noticia principal en el *Diario de Toluca*, con cabeza de ocho columnas:

Sigue el Problema Hilandero; Puede Haber Huelga
(Información en la 4a Col.)

Sumario:

Se resuelve, o los Trabajadores Colocarán Banderas Rojinegras

Texto anónimo con entrada a dos columnas:

“Iremos a la huelga si nuestras aspiraciones de obtener mejor salario, así como ver reducidas las jornadas laborales y obtener otras prestaciones, no son satisfechas”.

En los términos anteriormente citados se expresaron Prisciliano Vega y Germán Castro, representantes de la asociación obrera de la Fábrica de Hilados y Tejidos de esta ciudad, al ser interrogados al respecto por este Diario.

Por su parte, el señor Edmund Cartwright, propietario de la fábrica, ampliamente conocido en nuestros círculos sociales, dijo desconocer la inconformidad de sus trabajadores, aunque, aseveró, “están siendo instigados por gente extraña, movida por intereses aviesos. Lo que buscan es desesta- (pasa a la pág. 4).

Por aquellos días, los obreros llegaban vestidos de cautela, como sintiéndose conspiradores, próximos al temor y recelosos. No podía ser de otro modo: el inglés había destacado personas de su entera confianza como recolectores de pláticas, las que en seguida eran transmitidas a los jefes inmediatos, quienes a su vez las trasmitían a míster Cartwright. Bajo tal sistema de espionaje, cualquiera resultaba sospechoso. Y claro que el inglés implementaba medidas de protección. Con el auxilio de sus abogados hizo aparecer a sus trabajadores como instrumentos de una agitación promovida desde el exterior para atentar contra ese centro productivo moderno, donde a los trabajadores, según él, lo único que les preocupaba era servir a la sociedad mexicana y cumplir con el aposto-

lado del trabajo. Lo demás eran conjuras soviéticas, ajenas a la esencia idiosincrática de este pueblo trabajador por excelencia, señoras y señores, que lo único que desea es servir a Dios y a sus semejantes, a la comunidad toluqueña, heredera de los más nobles legados de la patria y abanderada de las buenas costumbres. Todavía con mayor profusión, míster Cartwright hizo que fuera divulgada la especie de que él era mexicano, tanto como Cuauhtémoc, hijo de padre inglés y madre irlandesa, ambos benefactores de la industria mexicana. Y así lo asimiló su equipo de divulgadores, que pronto encontró la aceptación de lo más granado de la sociedad; los padres desde el púlpito lo pregonaron, los forjadores de opinión pusieron énfasis en la amenaza que se cernía sobre una fuente de trabajo, y la ciudad, conforme a los propósitos de la campaña, pronto acabó convenciéndose de la maldad que se estaba posesionando de los trabajadores. En las aulas, las tribunas públicas, la doctrina sabatina, la tertulia cafetera, el chisme de los Portales, todos estuvieron pendientes del transcurso de esa afrenta. Por eso los comentarios giraban en torno de aquella cuadra. La adhesión y la condena se repartieron entre míster Cartwright y los trabajadores. Millares de ojos estuvieron vigilantes de los hombres que entraban y salían por el portón metálico de la calle de Lerdo, los vehículos que transportaban el producto de aquel templo del trabajo, la materia prima que llegaba en forma de pacas de lana y algodón, pacas enormes que ahí se transformaban y salían, en camiones especiales, como rollos de tela y bobinas de hilo hacia todos los confines del planeta.

Las máquinas removedoras se alineaban por un lado. En otra hilera, las máquinas para cardar lana. Después, las tejedoras. Era un solo sonido, demoledor, el que obligaba a los trabajadores a dialogar a señas, a gritos, aproximándose bocas

y oídos, ante la mirada de los supervisores y las mujeres que recogían la hilaza. Casi todas las máquinas funcionaban por energía eléctrica, pero las de vapor semejaban ser compresoras antiguas o partes de un ferrocarril a punto de iniciar la marcha. También había telares mecánicos, los que debían ser operados por los más expertos, ya que exigían plena sincronización de movimientos realizados con los pies y las manos.

Ruecas. Tableros de hilatura. Urdimbres. Engranajes. Carbón que se combustionaba en las calderas y daba paso al humo y al vapor, a los silbatos indicadores de cambio de turno, a las nubes negras que al brotar por la chimenea indicaban la ubicación de la fábrica en medio de la ciudad. Hora de comer. Hora de ir al baño. Proverbios de exhortación al trabajo de una colmena. El trabajo enaltece. Prohibido platicar entre descansos. Prohibido fumar. Prohibido usar el teléfono sin permiso. Palancas y esteras de alambre. Aceitadores. Etiquetadores. Operadores de máquinas devanadoras A y B. Supervisores. Proveedores. Ayudantes. Mozos. Agujas mecánicas. Carretes. Husos. Ir y venir de piezas de acero. Soportes de metal y de madera. Trabajadores con las cabezas cubiertas. Ruido de máquinas en faena.

Las diferentes telas se iban enrollando según la clase, el estampado y los colores. Los rollos pasaban a una bodega, donde otros obreros verificaban el acabado. Millones de hilos alineados. Obreros que clasificaban y ponían etiquetas. Fibras en procesos múltiples. Capullos mecánicos y machacadoras cilíndricas. Agua. Olores a química. Hilos que las máquinas enredaban en torno a conos y más cilindros de cartón. En uno de los patios eran colocadas las madejas y se ponían a secar en estacas horizontales de madera.

Por entonces había veinticinco fábricas similares en el Estado de México, una de ellas en Toluca, que era productora

de lana y artisela, distribuidora de una serie de tiendas de telas alineadas frente al Mercado “16 de Septiembre”, en la calle de Lerdo, y algunas en las calles de Juárez e Independencia. Una consigna de míster Cartwright era que todo el material debía ser aprovechado, así que las telas defectuosas y la hilaza eran vendidas a precios bajos a los tianguistas de los viernes, quienes, por todos los pueblos aledaños, revendían retacería y montones de hilo, lo mismo que en sus tendidos improvisados del tianguis. Pero también, y gracias a las relaciones de míster Cartwright, esta fábrica distribuía parte de su producción a la ciudad de México, a otras ciudades de la república, a Estados Unidos y a algunos países europeos.

Las máquinas trabajaban a todo vapor y a toda energía desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche, de lunes a sábado, menos las fechas en que se estipulaba descanso obligatorio. Ochenta y cinco trabajadores, entre los cuales estaban Prisciliano, Francisco el Pancho, el Pimaco, Germán y el Chato, producían el hilo y las telas que le daban la vuelta al mundo, pero que sobre todo le daban a Toluca una de sus características, además de sus embutidos de productos de cerdo, el Jamón del diablo que la familia Astivia había patentado, los productos derivados de la leche, los productos de vidrio, los dulces, los licores empalagosos y embriagantes conocidos como los Mosquitos, los panes de jabón marcas Ibis y Longares, los cigarros Delicados y las cervezas que también emborrachaban por todos los confines, identificadas por sus marcas Victoria y Corona Extra.

Ese abanico industrial era el orgullo de menos de cien mil habitantes, arraigados en una ciudad que vio de lejos la Segunda Guerra Mundial, pero que tenía muy cerca el frío y las lluvias preponderantes, donde, sin embargo, no se descartaban los periodos de calor durante los meses de mayo a septiembre.

Pero aquel año tuvo su canícula prolongada. Fueron siete meses de calor intenso, más sofocantes y agotadores para los trabajadores más febriles. Mañanas, tardes, noches y madrugadas que ya se estaban asentando en ese espacio, hasta que vino un corto periodo de lluvias, nada más para recordarles a todos que Toluca no era ciudad que retuviera el calor por mucho tiempo. El aire se fue humedeciendo. Los polvos asentados volvieron a irse por las coladeras, alcanzando a inundar las zonas bajas. Hasta que el pavimento, las calles empedradas y adoquinadas, el asfalto de las carreteras que llegaban de las ciudades de México, Morelia, Ixtapan de la Sal y Querétaro, se lavaron. Se fueron lavando. Se fue yendo el calor. Pero ese año no llegó la temporada de fríos como acostumbraba llegar, de la noche a la mañana; antes llegó un visitante inusitado que habría de quedarse por mucho tiempo: un clima ni frío ni caliente, sin ventiscas provenientes del nevado ni de la sierra ni del valle, sin lluvias torrenciales ni lloviznas ni granizadas, sin calorones ni sequías prolongadas; un clima templado que propició inmejorables cosechas de maíz, hizo florecer las plantas de la altiplanicie, y le dio a las mejillas de la gente un color rosado, como de recién nacido: nalgas, nalguitas, nalguitas de bebé.

HORA EN QUE EMPEZABAN A LLEGAR, después del llamado a misa, el tren que lejano se anunciaba, el silbato que les tomaba el tiempo, poblando con su presencia el silencio de la fábrica. Se topaban con lecheros y panaderos, señoras de pecados recién santificados y niños que les ofrecían el diario para que vieran, *imira nada más lo que dice de nosotros!*, la víspera del gran suceso. Los hombres convergían llegando por los rumbos de la Plaza España, junto a la iglesia del Carmen, por el rumbo del mercado, por las calles de Constitución, Independencia, Juárez y Lerdo, por el portal Madero. Llegaban de las terminales del callejón Aquiles Serdán y la calle de Lerdo, a pie o montados en bicicleta, como el Pimaco llegaba descendiendo de la suya, un pie en el estribo y el otro impulsándose sobre las baldosas. Hastiados, presentían ya el cansancio de siempre. Se deseaban buenos los días, el saludo y la respuesta maquinales, pronunciación de lunes a sábado, sin significar nada, sino la vuelta a la rutina. Las voces empezaban a inundar los amplios locales, como gallineros dentro de una caja enorme con ventanas, donde las máquinas echaban a andar sus motores y el

carbón las calderas. Los sonidos se iban fundiendo en uno solo hiriente: ruido de metal chocando. Choque de telar con telarañas de hilo. Cascanueceo. Chaqueo de hipnotismo.

El Pimaco llegó sonriente aquel día, descendiendo como ciclista experimentado. Las llantas de la bicicleta mostraban el polvo acumulado durante el trayecto: Capultitlán-Toluca.

—Buenos días —saludó—. ¿Ya vino Prisciliano?

—Ya está en lo suyo.

—Voy a verlo.

—Platiquen con precaución: hay orejas.

El Pimaco dejó la bicicleta en su gancho de siempre, colgada de la llanta delantera, junto a las demás Búfalos y alguna Saeta de cinco cambios. Continuó su trayecto por los pasillos, las oficinas, hasta llegar al salón de máquinas, el cajón.

—¿Qué paso, Prisci? —a manera de saludo; un ademán con la mano derecha para extenderlo a los demás, que se lo devolvieron entre quíhubos.

—Quíhubo Pimaco —la respuesta.

—¿Qué ha dicho Cártrai? —iniciando la faena con las tejedoras mecánicas.

—No ha dicho nada, pero se ve preocupado. Se me hace que ya leyó el periódico.

—¿Otra vez habla de nosotros?

—Sí, ¿no has leído? *Todo* Toluca lo sabe: nos entrevistaron a Germán y a mí. Dijimos todo lo del asunto, como va; pero el periódico publicó nuestros nombres, icuando le dijimos al pinche reportero que no mencionara a nadie!

—Ah caray, no lo sabía.

—¡Aguas, ahí viene un jijo de súchi! Cambia de tema.

—Y entonces, que me finto al puto defensa, que le doy un dribling de poquísima jefatura, y que se me avienta el otro, y yo

que me le suelto encarrerado y que lo saco de lugar y chuto y/

—A ver si dejan de estar platicando chingaderas —dijo el supervisor.

—Chingadera tu madre, pinche gendarme lamegüevos.

—Órale, nomás sin insultar.

—Si hasta le hacemos el favor a tu progenitora cuando nos acordamos.

El Pimaco inició sus movimientos monótonos: lanzar un carrete de hilo para que cruzara una telaraña, de izquierda a derecha, sincronizando el movimiento con el de los pedales, hasta formar parte de una máquina mitad madera y metal, mitad hombre de campo arraigándose a la industria de la primera parte del siglo xx. Rojo de mejillas, el supervisor se retiró. Cuidando no ser escuchados por oídos indiscretos:

—García Bobera es un hijo de la fregada, Prisci, con el no se puede arreglar lo de nosotros. Además es amigo de Cártrai, se lo tiene comprado.

García Bobera: titular de la Junta de Conciliación y Arbitraje, abogado *charro*, jineteador de los movimientos de huelga, incondicional de la patronal en las rimas calificadoras de la parte trabajadora.

—Corre la voz, Pimaco: esta noche nos reuniremos en la fonda de Carlotita, después de las nueve.

Míster Cártrai los mandó llamar: órale pinches comunistas, ahí les habla el jefe. Su oficina contrastaba con el aspecto general de la fábrica. Toda limpieza, muebles de la H. Steel. Ahí sólo se cimbraban los vidrios. Mientras los trabajadores oían el paso del tiempo en los silbatos, Cartwright los escudriñaba desde atrás de unos lentes claros que amplificaban sus ojos azules; con español accidentado:

—Así que...

—...

—...

—Todo puede arreglarse si convocan a los demás obreros a una junta bien organizada, pero deben hacerlo con un abogado que los represente. Yo, por mi parte, traeré al mío. Vamos a solucionar este problema, digamos, amistosamente. *Understand?* No voy a actuar como patrón, sino como un amigo de ustedes.

Míster Cartwright, restregando la redondez de sus mancuernillas cromadas, con voz de barítono añadió esa ocasión:

—¿Tienen sus papeles en orden? Digo, el papeleo.

—Sí, ya los tiene nuestro abogado.

—Ah, ya tienen abogado.

—Claro que sí.

—Y también ya fueron a la Junta de Conciliación, según el periódico. ¿Por qué no consultaron antes conmigo? Hubiéramos llegado a un acuerdo. Ah qué. Les falta experiencia en estos asuntos, señores. Si hay un patrón que les brinda la oportunidad de trabajar en una fábrica, él debe ser el primero en enterarse de lo que sucede. ¿No creen? Lástima que ya es un poco tarde y el tiempo corre. Me van a perdonar, estoy muy ocupado. Háganme el favor de fijar una fecha para la reunión. Platiquen con sus compañeros. Procuren ser razonables, *unders-tand?* Mediten lo que van a tratar, y que vengan sus representantes. Y les suplico no hacer declaraciones a la prensa, hasta que llegemos a un acuerdo. Digo, por el bien de este asunto y para no dar paso al chisme. Ustedes me comprenden.

Aquella noche se reunieron. Estaba el amigo de Prisciliano, abogado institutense. Le decían:

—Hay como siete que son de la confianza de Cártrai, licenciado, son los que hacen maniobras para integrar un sindicato *charro*.

Los habían visto actuar. Francisco el Pancho dijo:

—Son como títeres.

La fonda de Carlotita, a un costado del mercado Hidalgo, siempre estaba llena de parroquianos en la noche, a la hora de la cena, igual que la del desayuno y la comida. Ahí llegaban los abonados para comer alimentos abundantes a bajo precio. Ella era así, bondadosa, de una filantropía extraña en la ciudad, y su placer radicaba en el principio cristiano de dar de comer al hambriento y de beber al que tenía sed, como el Pimaco que solicitaba una cerveza, *Carlotita, si es usted tan amable*. El resto de los parroquianos acababa de salir de las funciones vespertinas de los cines Principal y Coliseo. Carlotita y dos galopinas atendían una orden de enchiladas verdes y una de sopas, y Prisciliano, que demandaba un pambacito relleno, con aires de líder dijo:

—El licenciado necesita cobrar sus honorarios, compañeros, así que cada uno de nosotros debe dar por lo menos diez pesos.

—Aquí están sus taquitos, Chato, ¿alguna otra cosita?

—Un cafecito.

—Yo, con lechita, Carlotita.

—Enchiladitas verdes.

—Ahoritita.

Solicitudes y formalidades en diminutivo, como si se tratara de niños que dieran gracias de juguete a Carlotita. Hasta que Prisciliano dijo una verdad enorme después de consultar la mirada instructora del abogado:

—Por lo tanto, compañeros, a partir del lunes próximo ya no trabajamos: nos declaramos en huelga.

Esa palabra era como una imprecación. Principio del temor y de la duda. *Prólogo de estrategias inéditas de lucha, madrina*, porque nadie, en la ciudad, estaba preparado para retar al

poderoso sin atenerse a consecuencias imprevisibles. No era fácil pronunciar esa palabra sin sentir que, en ese medio, remitía a una forma clandestina de proceder: como ponerse al tú por tú con una voluntad suprema, la de quienes tenían riqueza y poder, las fuentes de trabajo, las relaciones estrechas con los gobernantes que también habían nacido para eso, para disponer del destino de los de abajo, y abajo era el polo opuesto de quienes tenían la propiedad en sus manos; el otro polo era la voluntad de quienes habían decidido que aquella provincia no era merecedora de adoptar sistemas de lucha propios.

La huelga.

Ya no el emplazamiento. Ya no las negociaciones, ni las reuniones bizantinas con funcionarios comprados como cualquier mercancía de tianguis. La huelga, la cesación del trabajo como una medida constitucional ante el diálogo imposible en ese choque de intereses. Y todos sintieron un chubasco helado que les penetró hasta los huesos. A partir de aquella decisión debían atenerse a todo, porque retar a los dueños, desafiar a los herederos de castas invasoras, tuteladas por imperios y sostenidas por capataces y caciques a punta de pistolas y dinero, no era para irse a dormir con la conciencia tranquila. Por lo menos la integridad física iba a estar amenazada.

La fonda tomó un color distinto. El silencio se hizo y aquel que hacía sonar una cuchara o un plato era el imán de todas las miradas. Noche de la conjura. Introducción a lo desconocido que se iba a esperar con nerviosismo y duda. Como si hubieran decidido, en esa hora, en ese lugar, declararle la guerra a una parte de la tragedia.

TRAS ALGUNAS SEMANAS de borrachera continua, Lázara tuvo un deseo: dejar la bebida. Estaba llena de alcohol. Sus transpiraciones, en medio de aquel clima templado, eran abundantes y olorosas a todo. Y las dificultades eran múltiples: la orina dolorosa, el temblorín de las manos que ya no le permitía ni sostener un vaso para llevarse a la boca el sorbo de la cura, diarrea incesante, ojos como de sapo, lánguida y flaca, fané y descangallada, peor que un tango triste. Vivía en el artificio, en las manos de su piloto automático. Le recomendaron aplicarse alcohol en el ombligo para que le pasara una cantidad por ahí. Sus delirios llegaban todas las noches a su vivienda con los fantasmas de estopa. Y ella los veía mirarla. Pero entonces le hablaban con voces lejanas, le describían pasajes de la revolución donde su padre peleaba, con el caudillo del sur, contra las tropas federales, enemigas del pueblo. Contemplaba, como película brumosa, las escenas de la guerra, el polvo y la metralla que la atormentaban sin permitirle conciliar el sueño. Aparecía su padre rengo, atormentado, atormentándola. Y ella gritaba con furia que la dejaran en paz, pinches espíritus del diablo.

Le habían recomendado visitar a la madrina. Se resistió. Pero una fisura en el pecho le hizo tener necesidad de abandonar aquella forma de sufrir y decidió visitar a la madrina. Isabel la recibió, como a todos, ofreciéndole *¿una galletita?, ya no debe tardar mi madrina, está atendiendo a un paciente*. Y Lázara esperó hasta que la invitaron a pasar al sanatorio de los ídolos y los olores a edén. La recomendación de la madrina era una sola: “que ya no bebas, Lázara, ni una sola copa, porque se te desborda”. Para ilustrar su recomendación le hizo ver las funciones que desempeñan el hígado, el aparato digestivo y el aparato del sueño; y el daño moral que es todavía más grave, *ya no tienes personalidad, ya no reaccionas, se te están pudriendo los pensamientos, andas como piltrafa, dando penas y ocasionando las burlas de los cretinos. Nadie podría hacer nada, sino tú misma*, y era por su bien, no por el de nadie aparte de ella misma y la madrina no la consideraba una viciosa, sino una pobre enferma como podía estarlo un enfermo de tuberculosis, y las enfermedades no se curan con mandas a la Virgen ni con promesas ni con castigos; se curaban sometiéndose el paciente a un tratamiento, y con medicinas. *No se puede jurar a Dios que no volverás a toser, ¿verdad? o que si eres diabética o cancerosa dejarás de serlo por un mes o para toda la vida*. El remedio: detener la enfermedad, ponerle un hasta aquí. Los daños ya eran irreversibles, pero de seguir bebiendo, podrían hacerse progresivos, conducirla lenta, inexorablemente, hacia el manicomio o hacia la misma tumba. *Es horrible, Lázara, seres que mueren vomitando sangre, entre los ataques y las alucinaciones, o se revientan así, como los globos*.

—¿Cómo le hago, madrina? Estoy desesperada.

Declararse impotente ante el alcohol. Quitarse la obsesión. “La copa la tienes en la cabeza. En eso yo te ayudo”, le dijo la madrina: “yo te saco los demonios de la borrachera”.

Pero tenía que someterse con la voluntad que le quedase. Le dijo que mirara: “hay algo en tu pasado, como una herida”.

—Hay muchas, madrina.

—Muchas. Pero una entre ellas es la causante principal de tu desgracia. Ayúdate a encontrarla. Vuelve a tu pasado.

Volvía. Durante algunas semanas Lázara bajó a su terapia expulsatoria. La madrina la guiaba: *¿qué hiciste ayer? Y Lázara le respondía, relatando sus acciones, una por una las de ayer, sus sentimientos malsanos. Y luego, lo de antier, paso a paso, las de la semana pasada, sin omitir, las del mes pasado, los actos aberrantes, las angustias, lo del año pasado. Platícamelo todo, con detalle, sin pena, tienes que expulsar lo que te estruja el alma, grita si quieres, mienta madres, llora, en la catarsis está el remedio. Y Lázara detallaba, gritaba, mentaba madres y lloraba, mientras la madrina hacía volutas en el aire con un ramo de pirú con flores de cempasúchil remojadas en algo. Repasaba sus cajas, frascos y bolsas: el enguande para que te purgues del estómago. También es necesaria la cura material y tu materia está muy dañada. Calaguala para sudar, hierba de la golondrina para las diarreas y los cólicos monstruosos, hierba del borrego para los canijos nervios, hierba del pastor contra la úlcera que debes tener en el duodeno. ¿Sabes dónde queda? Calimbuca para las fiebres intermitentes. El sanicuiche te irá limpiando la sangre, es purificadorio. El tapacola para tu diarrea rebelde. El tatalencho por si te llegan las reumas, porque debes saber que se presenta el síndrome de la abstinencia y es un hijo de la que te platiqué. ¿Crees en algo?*

—A veces voy a misa.

—Eso lo hace cualquier mocho. Lo importante es creer, tener fe, no darse golpes de pecho y andar comprando curas.

Y la invitaba a que pusiera su vida en las manos de Dios.

—¿Tengo que hacerme protestante?

—El dios que tú prefieras. Es necesario tener fe en algo.

Aquí tienes algunos dioses para que elijas; si no, inventa tu propio dios, tu propio santoniño, tu chamán, entrégate a un apóstol.

Y la madrina recorría el curatorio de olor a sándalo e incienso, agitaba las manos, *bébeteste esto*, conjuraba, y reza, *llora, Lázara, si quieres, grita. ¿A quién quisiste? ¿Quién te quiso? ¿Dónde perdiste tu prenda virginal? ¿Quién te hizo daño, Lázara? Y perdona. Es importante que perdones. Es importante que destierres el odio de tu corazón y el agua putrefacta de tus riñones* y cantaba la madrina, algo como una imploración judía. *Orina los sentimientos, Lázara, y Lázara destilaba por todos los poros del cuerpo y todas las ranuras del alma. Lo que se fue, se fue y no volverá. Hoy es tu día más importante. Ayer murió. Mañana quién sabe si amanezcas. Cuida sólo este día. Y Lucifer: te expulsó. Satanás: vade retro.* La madrina gesticulaba todas las caras de la humanidad y decía todas las voces y mugía a través de un acocote. Y Lázara iba comprendiendo que todos sus fantasmas y todos sus demonios, que desfilaron ante su cama las noches anteriores, habían acudido convocados por el delirio y ella los hizo realidad, porque así pasaba a los enfermos como ella. *Y de otro modo siempre te perseguirían.* Y ella vio arañas, vio leopardos, vio cacomixtles y cucarachas enormes, y todo lo que soñó no lo soñó, lo había creado en medio de las fiebres y la locura que estaba próxima a posesionarse de sus ojos, sus axilas, su sexo miles de veces repartido, su garganta estragada, sus rinones y sus intestinos sin rienda, sus temblores angustiosos. Y entonces eligió morir. Se tendió sobre la camita despidiéndose de la vida y puso los ojos en blanco, mientras la madrina sudaba por ella y bendecía el cuerpo blando que entonces pesaba mucho, y le untaba los santos óleos de limón preparados por Isabel, y le decía “ya eras cadáver, Lázara, estabas muerta. Yo te invito a que te acojas a la senda de la vida. Dale aire a tu cordón umbi-

lical. San Martín: acude. Santos apóstoles: vengan por ella. San Antonio Abad: llévate a la muerta. Santas deidades matlazincas: purifiquen el cuerpo. Santos querubines: háganla nacer”. Y trazaba caracoles con el ramo, mientras el olor a bosque oriental se paseaba por la habitación y Lázara regresaba a su juventud y se veía como era: ni vieja ni joven, *pero todavía estoy buena*. Y *eso no es lo importante, Lázara, el cuerpo nada tiene que ver. Lo que importa es el alma, a ésa hay que mantenerla joven, lo demás es un estuche y es prestado: ése regresa al polvo porque es de polvo*. Y Lázara recorría su pasado, llevada del brazo por el que jamás la hizo mujer de un solo hombre, pero que le enseñó el amor en todas sus formas, y por lo mismo todas las formas del odio, y la llevó a recorrer los sitios de la ciudad y otras ciudades a caballo y en coche, le llevaba serenatas, la convirtió en princesa y luego la abandonó a su suerte. Y al llegar a su niñez volvió a escuchar los cañonazos de la revolución resonándole en la cabeza, y vio a los federales que asesinaron campesinos desnutridos y violaban mujeres, y supo de la crueldad sin límites del dictador y sus repetidores como copias de molde, y a los revolucionarios que no se dejaron matar como si hubieran sido conejos, sino que dieron la guerra y expropiaron haciendas y propiedades merecidas, como cuando se acaba la paciencia y ya no se soportan el hambre y la miseria a cambio de que otros, unos pocos, vivan en la opulencia y el derroche, y entonces nace la ira y viene la revancha, y se ejetua a los verdaderos pillos y se recobra la libertad. Y reencontró a su padre, subió a las ancas del caballo y se fue con él, por una larga vereda, atravesando cerros y bosques, tramontando, cruzando ríos, alejándose de la madre muerta y ultrajada, hasta llegar a esa ciudad que los adoptó, a ese barrio de Santa Bárbara donde se asentaron después de la contienda del millón de muertos y de donde fueron a sacar

a su padre para fusilarlo en esa pared de la iglesia del Carmen que utilizaron como paredón. Y ella vio al comandante cuando daba la orden, a los soldados que apretaron diez gatillos de Winchester, a los curiosos ensombreados que lo presenciaron todo. Y ella gritó con un grito que salió de la vivienda para alegrar a los vecinos, a los otros visitadores de la madrina que aguardaban en el patio. Pero entonces había salido el mal en ese grito como aullido de coyota, bajo alguno de los conjuros de la madrina que ya no la veía, porque estaba mirando hacia los años idos y se decía el hermano Macario hablando con voz de hombre, se decía el Cojo Reyes, se decía ella, la madrina, mujer de Emiliano Zapata cabalgando por la Sierra Madre, mugiendo a través del acocote, los ojos saliéndoles destellos como flamas, y se decía el padre de Lázara y le dijo:

—Levántate y anda.

Y Lázara volvió a nacer.

PRIMERO IRRUMPIERON LAS MOSCAS. De cinco a diez que se hacían notorias en una sola mañana, docenas y centenas llegaron a manchar los manteles después del desayuno, primero, después antes de la comida y después aun después de que se las espantaba con los mismos manteles y no se podía calcular de cuántas moscas era cada nube zumbadora. Se posaban sobre todas las cosas como antes la borla. Más tarde alguien denunció la presencia de una plaga de ratas. De tres a cinco que llegaron a sentirse durante la noche, paseando en los cielorrasos y los patios, decenas recorrían toda la cuadra comiéndose a los mismos gatos, acosando a los niños y a las viejas inválidas. En los gallineros aparecían victimadas las aves de corral. El de la madrina tuvo que ser reforzado por Martín y el Sifús tuvo que guardar la cuarentena que le procuró la abuela para impedirle cualquier desaguisado. Unas iban y otras venían de un lugar a otro rincón, de una cloaca hacia los corredores, desde cuarterles estratégicos desplazando sus pesuños de felpa en línea de hormiguero inconcebible, entre las piedras y las plantas, por el patio, sobre las bardas de adobe, obligando a las lagartijas

a renunciar a sus asoleadas naturales, más allá del cielorraso de las habitaciones, pereciendo algunas bajo las ruedas de los vehículos, otras apaleadas por los niños de otras vecindades, desde cualquier lugar hasta su alimento, hacia cementerios improvisados, y otras más que perecían en lugares arbitrarios después de las batallas titánicas de rata contra rata. Proveyeron de sebos raticidas y los vecinos de esa cuadra los colocaban en seductores bocadillos de longaniza. Pero nadie se explicaba el origen de la invasión espantosa. Luego aumentó la capacidad reproductora de moscas y roedores, y aparecieron también gusanos antropófagos que formaban nubes y pelotones los unos y un solo cuerpo hirviente los otros. Sólo la presencia de las figuras flotantes, por las noches, y las vibraciones que despedía la casa de la madrina pudieron impedir que los zopilotes se decidieran a traspasar la caída de los copos y descendieran para hartarse de todas las clases de carne en descomposición. El caso había merecido la primera plana del *Diario de Toluca* en un llamado angustioso a las autoridades municipales y las de salubridad, y las julias se retacaban, más que de menesterosos y borrachos, de roedores apaleados que se iban a descargar a las orillas de las milpas para incinerarse. Durante los días anteriores a ese día se las contempló con ojos de azoro desplazarse por las banquetas y los ángulos de las fachadas de los edificios, quedar como tortillas destripadas en mitad de las calles de Lerdo, Independencia y Juárez, en las baldosas dañadas del callejón del Carmen, en el corralón de la terminal Toluca-San Buenaventura-Cacalomacán, en la gasolinería, y las zaleas fueron a regarse hasta el Jardín de los Mártires, la catedral en construcción, y los palacios municipal y de gobierno tuvieron que organizar una cruzada especial para arrojar a la plaga. De los baños públicos de Independencia las echaban

mojadas y enjabonadas, de la distribuidora de Sidral Mundet, de la cristalería, de la tienda de abarrotes de don Tito, donde hacían de las suyas royendo galletas, quesos, piloncillo, sopas de pasta y hasta chiles secos.

Esa mañana sobresaltó a los vecinos de las vecindades contiguas *y en menos de lo que te digo así* toda la ciudad estaba sacudiéndose por algo que no se olvidará.

Ese mismo día paró la fábrica. Por primera vez en muchos años, el sonido característico de la maquinaria estaba mudo e inmóvil. La chimenea no escupía el humo negro que ahí se vio de lunes a sábado y de nueve a nueve alcanzar las alturas. El silbato no sonó ni la entrada principal fue abierta. Eso era muy notorio. En el silencio, todos escucharon el quejido terrible de Josefina y su risa, como demente, cuando lo miraba rojo, lo sentía escamado, le escuchaba incrédula una voz orgánica sonadora de metal, bañado en placenta, parpadeando y esos ojos chispeantes contemplando por primera vez cómo era la vida, ésa que antes presentía y escuchaba entre los líquidos tibios. Y escucharon el cuchicheo de comadres y mojigatos que subió de tono hasta convertirse en alboroto descomunal, entre oraciones y gestos de santiguar, cuando alguien inició el rumor de que la hechicera había resucitado a la borracha.

Ese día pasaron muchas cosas. Entre el caos, ninguno de aquellos seres herméticos percibió que por primera vez en mucho tiempo, y más, por primera vez en la vida, le dirigía la palabra al prójimo. Entonces, comulgando vivencias dispares, todos llamaron a todos por sus nombres, empezaron a rescatar la memoria de la cuadra y relataron incidentes pasados que parecían estar en el olvido. Ahora me explico los olores, se explicaban unos a otros, como que olía a rayos, ya no sólo a boñiga perdurable durante décadas: algo más insoportable

que se andaba paseando por los patios del caserón como si fuera gelatina podrida. Recibieron al médico, lo guiaron hasta la vivienda de Francisco el Pancho, con un comedimiento tan recién nacido como el recién nacido, y esperaron afuera, como si todos quisieran ser los padrinos del suceso: era el primer niño que llegaba al caserón siendo niño, por lo menos en los últimos cincuenta años; los demás llegaron a instalarse con su edad adulta, o viejos de siempre, como Candelaria, o sin edad, como Jamila y la madrina. El llanto era como una bendición que se desplazaba por los patios como los roedores, por las paredes como la pelusa y por el aire como el viento y las libélulas, por las escaleras, las azoteas y el drenaje, escuchado y aprobado por todos. Hasta después del parto de Josefina empezaron a platicar de lo que antes eran comentarios de un solo matrimonio, de una sola familia sin hijos, soliloquios o relatos mudos de los vecinos solitarios. Sin darse cuenta se estaban recordando al unísono desde el principio. Algunas mujeres coincidieron en haber visto una misma rata y hubo quienes insistían en un solo detalle insignificante: era una hembra parda con manchitas verdes y bigotes blancos largos firmes. Era como si las palomas de sus labios hubiesen descubierto el don del mensaje.

Azorados por los sucesos, tampoco notaron la ausencia de la madrina, quien asistida por Martín, en ese momento realizaba una intervención delicada en una casa de Calixtlahuaca; ni la ausencia de Isabel, que siempre se notaba por su olor a tomillo y sus formas de ajolote; ni la del individuo del siete que miraba como pájaro de mal agüero; ni la del hijo de Jamila que perseguía a las ratas bamboleándose y riendo como idiota. Pero se hicieron comentarios retenidos:

—Usted es la esposa del señor que trabaja en la fábrica del señor Cártrai, ¿verdad?

—Ay, seño Jamila, yo me di cuenta de que su hijito se andaba cayendo de las escaleras la otra noche, pero no pude salir a darle ayuda porque yo estaba con problemas *muy* graves.

—Fíjese usted que todas las noches llegan ánimas en pena y se andan paseando por toda la casona, verdad de Dios.

—Yo también las he visto.

—¿Y qué fue? ¿Hombrecito o mujercita?

—Niño. Varón. Machito.

—Ay qué bueno. Ya sabe usted que lo que se le ofrezca, estoy para servirle.

Así fue: algo tan inesperado como un terremoto, como una tromba, como una tragedia, como una sacudida terrenal que vuelca un río, como un techo que se viene abajo tuvo que sacudir una colmena para que todos descubrieran que los demás también existían y eran como todos, ni un centavo más ni menos, ni un cuartillo de diferencia, ni una palabra más.

La madrina había salido, muy de mañana, hacia Calixtlahuaca, acompañada por Martín. Pero a diferencia de los otros, a ella no le alteraba la existencia de las ratas, que se abrían a su paso igual que la estopilla rezagada de los días anteriores. Su recorrido, el de siempre, de su vivienda al patio y después del patio al primer patio y al zaguán que ocupaban los libaneses donde dejó su olor a bosque legendario. En la calle de Independencia la esperaba un taxi: “a Calixtlahuaca”.

Nadie, como usted, conocía nuestra historia, profesor Saracho. Para rescatarla y conservarla y transmitirla ¿a cuántas generaciones? Usted se fue a los orígenes: subió a los teocalis. La piedra de los sacrificios, esta pirámide redonda, la casa de los dioses. Usted sintió ese viento en la cúspide cuando las piedras no se habían reconstruido, una por una, hasta lograr

la redondez increíble de ese lugar observatorio, lugar asiento de la cultura matlazinca. Por aquí pasó Axayácatl y pasaron los toltecas, vinieron después las huestes de Sandoval. Y pasó el tiempo. La casa de Quetzalcóatl, donde se cuenta que hubo una campana cautivadora de las almas matlazincas. Ésa, nuestra cultura, profesor, perdiéndose entre todo lo que nos llegó de Francia, durante Díaz, y lo que viene de Estados Unidos para inducirnos otros modos de vida, ajenos, de cosmopolitismos pueriles. ¿Cuántos años hace que nuestra cultura se integró? ¿Cuándo volvió a desintegrarse?

Sólo usted se atormenta con las preguntas para encontrar respuestas que no sirven para la lucha de estos tiempos. Aquí peleábamos con lanza y obsidiana, rechazábamos ballestas y armaduras de acero. ¿Cuáles son las armas contra el enemigo de hoy, maestro Saracho? Usted que trepó a la cima de los montes, ¿qué miró? ¿Dónde se encuentra un pasado certero capaz de explicarnos el presente y el futuro?

La madrina documentaba en esos viajes curatorios, Martín, y sí teníamos gente que exploraba el pasado. Ahí estaba el profesor Saracho, preocupándose más por conocer los orígenes que por ganar dinero. Conquistó a Rosacruz a punta de conocimiento, brillo institutense. Forma de hablar altisonante. Y la pobre diabla se dejó sondear el sentimiento que le vulneró los frenos sociales, la disposición paterna, dinástica, la dote que originalmente estuvo destinada para el príncipe azul de la novela victoriana, y que vino a recaer en un atildado profesor incapaz de incrementar prestigios familiares. ¿Qué iba a hacer un hombre como él a las fiestas cortesanas de la aristocracia? Nada: a deslumbrar con la palabra a los señores que sólo saben hablar de costos, propiedades, latifundios heredados, raza de bobinos y vacunos, música de Chopin y modas europeas. Porque nuestro profesor Saracho, Martín, conoce nuestra historia por haber andado en sus páginas mirando piedras en Malinalco, en Teotenango y Teotihuacán, interpretando códices, leyendo las palabras del huéhuatl, cantándole a una raza desaparecida, cuyos vestigios caminan extraviándose por las calles de una ciudad agónica que se abre a lo que llamaron progreso y resultó la muerte de

este valle. Estos cerros, estas ruinas para deleite de turistas, clic, la foto del recuerdo.

En misión filantrópica, la madrina acudió para salvar a una anciana que no tenía recursos para conseguir penicilina: prodigio de la guerra, como el nailon, otra sustancia que cambiaría la cara de este siglo xx. Pero la madrina llevaba su herbolario, sus líquidos y sus aceites. Y eso sí era la mejor herencia de nuestra gente a través de los siglos. Y esa vez Martín llevó la maletilla con muestras de todo el alfabeto botánico de la madrina: aceitilla, acocote, aliso, alfilerillo, altamisa, añil, árnica, borraja, cabellitos de elote, cabezona, calabaza, calaguala, calancapatle, cantueso, capitaneja, carricillo, cedrón, cempasúchil, cintul, codo de fraile, colorín... y pasaba por las letras intermedias, se detenía en la pe de prodigiosa y llegaba a la zeta: zabila, zacatechichi, zapote blanco, zoapatle.

—Usted debe haber nacido aquí, hace muchos años.

—¿Cómo lo sabe usted, madrinita?

—Hay cosas que se pueden saber.

Y Martín pronunciaba los conjuros: “yo te arrojo, espíritu maligno”. Aquella anciana sólo tenía una película de piel sobre los huesos. Nada de carnes. Desdentada, no miraba a la madrina, dispuesta a prolongarle la vida por una temporada más; veía hacia el pasado, hacia las ruinas de aquella población ubicada a espaldas de la ciudad, atrás del Cerro de las Manitas, más allá del Tololoche y el Cerro de Miltepec, adonde la madrina solía acudir para reforzar sus poderes curativos una vez al año, cada vez que una anciana moribunda se aferraba a la vida, aunque sólo fuera por unas semanas, mientras hacía los preparativos para el último viaje.

Mientras regresaban, Isabel permanecía para officiar el riego, cuando fuera necesario, y atender a la clientela de la

cristalería junto con el otro dependiente. Mañana que también registró el pregón habitual del nevero de la esquina de enfrente y la llegada de quienes acudieron por sus enseres de vidrio, ¿qué deseaba?, loza, peltre, una estufa de petróleo, depósito y cuatro mechas, vajilla de alpaca y cucharones de aluminio.

Y también, ese día, dejó de caer algodón del cielo.

LOS VENDEDORES ORGANIZADOS del mercado de las flores hicieron un presente que ningún trabajador de la fábrica olvidaría jamás: confeccionaron una corona con florones negros de papel de china y rosas rojas, añadiéndole una cinta de seda en la cual inscribieron su muestra de solidaridad. Los tabacaleros enviaron paquetes de cigarros. Algunos institutenses acompañaron en las guardias. Como en pase de lista: el Sindicato Mexicano de Electricistas, sección Toluca, presente; Trabajadores del Molino de la Unión; choferes de taxis; ensambladores de carrocerías; choferes y *macheteros* repartidores de refrescos La colmena reina, obreros de las jabonerías Longares, estibadores, cargadores; uniones de boleros, fotógrafos y vendedores ambulantes; conserjes y maestros al servicio del Estado de México, trabajadores del vidrio; conductores de la línea Colón Nacional; empleados de correos y telégrafos: presentes. La solidaridad de clase estuvo presente. Apologistas, presentes. Y detractores, presentes, porque una gran masa de habitantes de la ciudad, inmersa en la indiferencia, reacia a comprender, a intentar hacerlo, fue aprovechada por las castas dueñas del

capital y los bienes de producción. Míster Cartwright logró la alianza de los abogados de mayor renombre, de las fuerzas vivas del Partido Revolucionario Institucional, de los comerciantes agrupados en confederación, de los clubes de servicio y de la mojigatería local, y en menos que canta un gallo congregó una corriente de incondicionales defensores de los derechos de la iniciativa privada que se opuso, con todos los medios a su alcance y con todos los aires de Ehécatl a su favor, a las fuerzas destructivas de unos cuantos anarquistas comunistoides, instigadores del mal, bolcheviques criollos abocados a subvertir la estabilidad y las buenas costumbres de la ciudad capital del Estado-que-lleva-por-nombre-el-de-la-patria-toda.

En menos que te lo cuento se confeccionó un estigma para que los trabajadores de la fábrica de hilados y tejidos lo llevaran a sus espaldas, como si fueran bueyes de hacienda. Y los diarios hablaron de los principales cabecillas:

—Prisciliano.

—*Son of a bitch!*

—Pimaco.

—*Fuck off!*

—Francisco el Pancho.

—*A real, real bastard!*

Germán Castro, *shit!*, el Chato, el abogado, las fuerzas de apoyo, *all of them suckers!* Estigmatizados, satanizados, ahí estuvieron, a las puertas de la fábrica, respaldándose detrás de una convicción y varias banderas rojinegras, en guardias de cinco horas cada grupo, de los ocho de nueve personas cada uno, que se formaron. Ahí no estaban los incondicionales ni los jefes, ni míster Cartwright, más ocupado en embriagarse para hacer más tolerable el mal momento. Pero una comisión se encargó de instrumentar la contraofensiva. Algunos hombres

de confianza fueron llamados para convertirlos en legítimos representantes de los trabajadores y quienes se encargarían de elaborar un nuevo contrato colectivo de trabajo a tono con los intereses del inglés. Urdieron la trama sigilosamente, mientras los otros permanecían a las puertas metálicas, noche y día, como lo hicieron durante las ocho semanas posteriores al paro. Si acaso eran vigilados por los fantasmas de los mártires de Chicago, muy raquíuticos, que se alcanzaban a formar en el segundo patio de la vecindad y ahí flotaron alcanzando con dificultad las láminas de asbesto de la fábrica.

Ya empezaban a desvanecerse las figuras de hombres, mujeres y caballitos de mar. Eran escasas las estopillas. La caída de los copos sorprendía en el caserón. La fábrica tenía una atmósfera que sin embargo olía a trabajo. El polvo formaba alfombras de gris húmedo en los pisos y bajo las máquinas. Los trabajadores, como sombras, bebían café y tiraban las cartas y las fichas del conquíán y del rentoy, escuchando con asombrosa claridad el silbato del tren desde el poniente, las campanas de las iglesias circundantes y la corneta del cabo en el cuartel del 43 Batallón de Infantería, igual que toda la ciudad.

Por aquella mañana aún se abrigaban esperanzas. Un sentimiento de poder se había adueñado del ánimo de más de sesenta obreros. En un lienzo bicolor ellos sentían una inyección de fortaleza. Las charlas eran en torno al historial que por muchos años conformó el Gran Círculo Obrero, con episodios no exentos de heroísmo, aventuras que fueron las pioneras de la organización de obreros y trabajadores, con pasajes grandiosos para una época naciente en esos años. Y así los contempló la calle de Lerdo, impidiendo el acceso a la fábrica. Quienes transitaban hacia el Mercado "16 de Septiembre", hacia los tendajales de sombreros del mercadito de jarciería y fierros viejos,

hacia la iglesia del Carmen, hacia el Palacio de Gobierno, hacia los Portales, hacia los establecimientos comerciales del primer cuadro, todos contemplaron las caras enjundiosas que reflejaban una toma de decisión histórica.

La vecindad habría de cambiar. Esa mañana la madre de Prisciliano decidió escuchar, y se lo dijo a Leticia:

—¿Verdad que hay mucho movimiento?, pero ya no se oye la fábrica, Leticia, algo raro está pasando.

Y añadió un rosario de noticias:

—Pero había *millones* de moscas y ratones, no te imaginas. Nadie sabe de dónde vinieron. ¿Pues qué muladar? ¡Válganos Dios!, todo lo mordieron los malditos monstruos. Hay que llamar a salubridad para que vengan a desinfectar, nos vamos a enfermar de rabia. ¿Ya sabes que los ratones la transmiten? Pues imagínate toda la que han traído los asquerosos. Y para colmo, la cochina bruja de allá abajo revivió a Lazarita. ¡Virgen santísima!

Mientras la anciana se santiguaba, sin detener las frases que se le desbordaban en tartamudeos temblorosos, Leticia le dijo:

—Hoy iniciaron la huelga.

—¿Te dieron una cuelga?

Había un revuelo de vecinos persiguiendo ratas. Palos y escobas cuando volvieron Prisciliano y Francisco el Pancho de cumplir con su primera guardia. El médico los detuvo en el primer patio:

—¿El señor Francisco?

—Yo soy —dijo aguardando la noticia esperada—. Lo felicito, su hijo nació muy sano: tres kilos.

—¿Y Josefina? ¿Cómo está ella?

—Están bien los dos.

Ni le dijo a Prisciliano que luego lo vería. Francisco el Pancho cruzó por el patio a gran velocidad, ahuyentando rato-

nes a su paso. Entró a su vivienda extrañado de encontrar a casi todas las mujeres con las caras sonrientes, mejillas rojas, pero tendría tiempo para meditar en eso. Josefina ya estaba amantando a los tres kilos de carne que tenían los ojos abiertos, moviéndose de un lado hacia otro, descubriendo manchones en el cielorraso y muebles viejos. *Igualito que el papá, se me hace que tiene más parecido con la señora Jose, pero cúbralo usted.* Y comentaban que traía los ojos abiertos al nacer, hecho nada frecuente, *ffjese usted.* Y en eso estaban cuando Prisciliano se trepó a una barda ruinosa siguiendo la proveniencia de las ratas. Sobre la barda sintió una fetidez insoportable que le evocó porquerizas y dirigió la nariz hacia el poniente de la casa. Vio que todos los caminitos de ratas se dirigían hacia una rendija del departamento seis, como queriendo entrar a un mismo tiempo. Ahí luchaban unas con otras, los hocicos, los chillidos, las colas que eran látigos, vientres hinchados. Pero las que salían se trepaban unas sobre otras ocasionando un hervidero de roedores que fluía del mismo sitio.

—¡Francisco! —gritó que cimbró la casona— ¡Francisco! —volvió a gritar, ahuecando las manos, desde arriba de la barda. Todos escucharon. El silencio inconcebible, hasta entonces hacía que todo se escuchara. Uno de los libaneses llegó hasta la entrada de la vivienda seis. Las ratas hicieron desbandada, obligando a todos a replegarse para evitarlas. Adivinaron que una monstruosidad iba a develarse en aquel momento, así que todos se dirigieron hacia la vivienda de Candelaria, eligiendo un sitio, las miradas atentas a lo peor. Al llegar Francisco el Pancho tuvo que abrirse paso entre cuerpos que estiraban la cabeza.

—¿Qué carajos pasa, Prisciliano?

—Ayúdame —le dijo, y entre los dos y el libanés acabaron de dispersar a las ratas auxiliándose con palos. Jamila notifi-

caba a gritos, desde el barandal, a los otros libaneses que solici- taban informes de los hechos. Palabradadas a viva voz, en español y en árabe, se confundían en un solo cuchicheo. Era una incu- badora. Prisciliano gritó con rabia, o no supo si a causa de un temor indeseado. ¡Qué horror! ¡Madre mía! ¡Santo Dios!: era el tono de las exclamaciones apagadas. Los vecinos se santi- guaron. Todos expectantes. Tras un prolongado silencio de bocas reseca, alcanzaron a comentar, como para sí mismos, que Candelaria siempre había sido una mujer de las mejores, qué barbaridad, no le hacía daño a nadie y de seguro, pero cómo es posible, tuvo que suceder algo muy grave, pero qué, porque entonces, antes, reparaban: nadie, nadie había visto sus pasitos fatigados, nadie su bolso, sus zapatos salpicados, los mismos de siempre, éstos que estaban ahí con gusanos dentro, encima, rodeándolos, zapatos de quién sabe qué tela salpicados de algodón, nadie la había visto pasar semanas antes por la casa dándoles los buenos, *cómo amaneció usted hoy, señora Jose*, porque Josefina ya estaba nada más para esperar el arribo del niño y *usted, doña Jamila, cómo sigue su hijo, mire nada más cuánta pelusa* para en seguida salir saludando a los libaneses del cajón de ropa a la salida *buenos días hijos* y encaminarse encorvada hacia la le- chería para que le sirvieran su litro en la vasija de peltre cacariza y a la panadería para que le pusieran sus tres bolillos en la bolsa de ixtle remendada y si acaso a la recaudería para que deposi- taran papas, zanahorias, chícharos, ejotes, col y otras verduras, con lo que preparaba su sopita bien sazónada que se olía como Isabel olía por las casas antiguas. *A nadie le hizo daño, óigalo usted*. Esta mujer era una santa. Esta mujer formó parte de un patro- nato de asistencia a la niñez desvalida, allá, a principios del siglo, y después, al enviudar, se vino a vivir aquí a la vecindad, donde le mandaban una pensión semanal. Pero qué extraño,

porque el olor cuya procedencia había descubierto Prisciliano, no era como el hedor de aquella mañana en que todos comenzaron a creer que fue un vaticinio. ¡Santo Dios! Y ahí estaba el esqueleto, sin un jirón de carne, ni de ropa, ni un músculo, ni un pellejo, ni una gota de sangre, ni cabellos canos; sin ojos y sin uñas; *sólo los huesos, madrina*, amarillosos, y miles de gusanos antropófagos que todavía devoraban a unas ratas muertas que después otras más grandes se comían, en una transformación de la misma carroña devorándose a sí misma, y aquello era una gusanera de tripas de rata y de gusanos que se comían unos a otros abajo de San Martín de Porres que los contemplaba sonriendo, con su escoba como si fuera el fusil de un soldado de las almas puras, y su hábito blanquísimo, hasta que Prisciliano, el libanés y Francisco el Pancho rociaron todo aquello con sosa cáustica, mientras llegaban las autoridades del ministerio público y salubridad a resolver la situación.

LA ESTANCIA EN CALIXTLAHUACA fue muy corta. Un recorrido por el pueblo. Un descanso para que Martín tomara una cerveza, en una de las pocas tiendas, mientras la madrina, arriba, contemplando los vestigios del juego de pelota y la piramide, se abstraía. No era como la campiña francesa, pero ella recordó como siempre que estaba en esa tierra, al arqueólogo Christian Giraud, llamándola como entonces, quince años atrás/ Una tranquilidad de campo. Aire tenue. Nubes. Parvadas. Maguelles. Tejados. Vacadas. Rebaños. Perros. Guajolotes. La contemplación del valle/ y la campiña francesa que la vio correr, porque ella era vista como los antropólogos vieron a los mazahuas y otomíes de raza pura en la década de los 30/ Y el regreso al taxi, que los esperaba junto a la iglesia.

La madrina sabía que esas visitas eran efímeras, sólo para concederles a los viejos moribundos el privilegio ancestral de que dejaron en orden las cosas terrenales. Porque algunos viejos eran de aquella sangre sin mezcla, heredada por padres, abuelos y bisabuelos nacidos ahí para custodiar las piedras de Quetzalcóatl. Eran los mismos ojos que contemplaron el paso

de la Nueva España, los frailes que se volvieron a ir para dejar eso: lo que resiste al paso de lo ajeno. Ojos que se dejaron contemplar por otros ojos, azules, de expedicionarios europeos que la vieron a ella como Malinche matlazinca, dándoles cuenta de un pasado/

Durante el trayecto de regreso hacia Toluca, ella permaneció inmóvil en el asiento posterior del taxi. Martín la vio sin comentarle nada y vio el paso vertiginoso de milpas con maíz a medio crecer, borregos y vacas paciando, pastores, guajolotes picoteando la tierra, patos por las ciénagas. Algún autobús con destino a Querétaro y algunos vehículos, más viejos, repartiendo gente donde se iniciaban caminos y veredas por donde se iba hacia los pueblos del rumbo: Temoaya, San Cristóbal Huichochitlán, Santiago Miltepec/ recuas de mulas y caballos desgarrados, campesinos que se tocaban los sombreros para indicar un saludo al paso del Chevrolet. Aquellos trances de la madrina obedecían a que una parte de su esencia de mujer clarividente estaba en algo. *Viviendo algo*. Mirada mediterránea en comunicación con el más allá de las tierras de Axayácatl y los matlazincas. Eso lo sabía Martín. Eran instantes en que ella tomaba decisiones. Apenas un leve hálito de vida en la respiración, pero los ojos en alguna parte conocida sólo por ella/ viviendo con Christian Giraud, huyendo de la guerra que empezaba, regresando a sus orígenes/

Martín apreció el regreso a la ciudad. El paso por el templo de Huitzila, al noreste. Vio los rasgos del atrio, sin ubicar el siglo al que correspondían dicho alguna vez por ella, XVI o XVII: el arco de medio punto le dejó apreciar la cúpula y sus tres absidiolas, las estípites. Las casas del poniente, familiarizadas con las movilizaciones de la estación del ferrocarril. Carga y descarga. Estibadores. Campesinos trayendo y llevando, yendo

y viniendo. Ahí estaban todos los pobres, a la vista. Los poderosos no se dejaban ver al aire libre, menos para viajar en ferrocarril, entre huacales y olores de pobreza. Gente en espera del próximo tren que se anunciaba ahí muy cerca. Luego la iglesia de San Juan Evangelista, con su cedro enorme, millenario, su torre de dos cuerpos, y cómo la gente de esa zona parecía no acabar de entrar a la ciudad, de la que era ajena, *pero algún día, Martín, todos los pueblos se harán uno solo que a su vez será parte de la ciudad que se lo va comiendo todo, insaciable, igual que se comió a los barrios, y algún día será una sola ciudad, como gusanera de gente venida de todos lados, sin ganas de quedarse, pero quedándose, y esas calles empedradas le darán paso a miles de vehículos que vendrán y dejarán, recogerán y seguirán su viaje. Ya lo verás si entonces sigues vivo. Por ahí se meterá la civilización con sus presagios de muerte. Verás por ahí las chimeneas humeantes ensuciándolo todo. Olerá peor que el azufre. Costará trabajo encontrar el aire puro. Y éstos que ves ahora saludándote, saludándonos, saludándose todavía, después buscarán el uno al otro dónde está el enemigo y a qué horas asestará el balazo de muerte, la colisión de los caballos de acero, los automóviles, Martín, la lucha fratricida. Nadie sabrá del otro. A nadie le importará saber cómo se llama el que camina a su lado. Vendrán unos para llevarse lo que es de todos. Pocos vivirán en la ostentación. Muchos vivirán en la ruina.* Vio el paso del ferrocarril, su copete de humo en estela interminable, los furgones, las cisternas metálicas para productos derivados del petróleo. Chemical INC. Nombres de compañías en otro idioma. NdeM. FFCC. Nacionales de México, el silbato y la campana, el escape del vapor.

Al ingresar a la calle de Independencia, la madrina *regresó*:

—Este es un día especial, Martín —le dijo—, muchas cosas van a quedar esclarecidas. Me preocupa tu manera de beber. En los casilleros, tazas bocabajo, asas a los lados, un cartón

encima para que otras hicieran otro piso de tazas bocabajo y después otro, pasándoles un trapo a cada una hasta darles brillo. El otro dependiente atendía a la clientela.

—¿Tiene tiraleches?

La madrina ingresaba a la operación compraventa como si hubiera estado en ella desde el principio:

—Enséñale los que nos acaban de llegar.

Tiraleches de vidrio con su perilla de hule.

—¿Cuánto cuesta?

El olor a perfume y ajo hervido. Manchas de riego sobre el piso entarimado, desbarnizado, desgastado. Martín descendió del coche cargando un costal de mazorcas tiernas.

—Llévalo a la casa. ¿Cómo va todo, Isabel?

—Va bien, madrina.

—Vete a comer ahora que se va Martín, Isabel. Coman bien, yo voy después.

No hubo quién llevara la comida, al contrario de los días normales.

—¿Por qué hoy no fue igual, caramba?

Ese ir y venir de la cristalería al caserón. Cuando no era viernes, ni un día como aquél, sólo cruzar la calle, pasar junto al nevero, poner los pies en la cuadra, convertirlos en pasos que guiaban solos por un trayecto realizado miles de veces. El centro de la ciudad era *el alma* de la ciudad. Las orillas de la ciudad parecían partes ajenas. El centro. El alma. El movimiento. El comercio. Todos tenían que llegar ahí, pasar por ahí, cruzarse por ahí en ires y venires incesantes, en busca de lo que sólo esos establecimientos proporcionaban: el abasto diario. Un centenar de pasos, conducidos mecánicamente por esas tiendas de Dios, la de abarrotes de don Tito, la de ropa de otros árabes, y llegar al cajón de ropa de los libaneses donde

algo fuera de la rutina estaba sucediendo. Los transeúntes ya estiraban la mirada para mirar algo de lo que no entendían.

—Circulen, ¿qué buscan? —les decían los libaneses. Pero la curiosidad es un engendro iconoclasta, como lo era ahí, queriendo enterarse. Isabel y Martín cruzaron el zaguán. Desbandarse de ratas que perdieron la orientación. Desorden. Gritería en árabe y en español. Volvieron la cabeza hacia el piso de arriba. Al rechinado de la puerta se añadían los gritos y válganos Dios, chillar de ratas que escapaban. Notaron el revuelo. Vieron a Prisciliano y a Francisco el Pancho que lanzaban palos a los roedores que bajaban los peldaños de las dos escaleras, manada pequeña, hormigas enormes siguiendo la senda de un hormiguero mayúsculo y se dirigían, ahuyentadas, entre las tarimas en reposo de los tianguistas, por el empedrado, las aristas, hacia el segundo patio. Y rodeaban a Isabel. Martín sujetaba el costal de mazorcas con una mano, los pies alertas para despachar puntapiés y esquivar roedores. Jucha. Abrir y chirriar de la puerta y los ratones hacia el fondo del segundo patio. Ahí estaban las mujeres a la entrada de la vivienda de Francisco el Pancho, armadas con palos y trapeadores, alborozadas por algo que Isabel interpretó en seguida como el nacimiento del hijo de Josefina.

—Hay que ir a decirle a la madrina lo que pasa —dijo Isabel.

—La madrina ya lo sabe —dijo Martín.

¿De dónde salía tanta rata?

—Vienen de arriba, de la casa de Candelaria, se la comieron.

El asombro renovado. Cómo era posible. Así, como fue. Qué cosas tan extrañas.

Isabel y Martín se dieron cuenta, como se habrían dado cuenta las mujeres y los hombres que ese mediodía conocieron una parte del Apocalipsis, que las ratas rodeaban la vivienda

de la madrina, sin decidirse a pasar por ella. Isabel sosegó a las aves inquietas. Martín vio rondar a los zopilotes. Sintieron el silencio: la fábrica no estaba trabajando. Caían pocas hebras, las rezagadas. Ya, pajaritos, y con Martín miró la ruta de los roedores que seguían hasta las coladeras y se perdían por las cloacas ubicadas junto al muro posterior de la fábrica. Todos repararon en eso: las ratas se iban por el drenaje que daba hacia el río Verdiguél.

AL REGRESAR A LA CRISTALERÍA, después de haber comido con notable apetito, acompañado de Isabel, Martín se enteró de que la madrina ya no estaba.

—No dijo dónde iba —le dijo el otro dependiente—, nada más cogió sus cosas y salió.

Transcurrió el día completo. Martín no acababa de asimilar los hechos que se agolparon en su cabeza como un caos, pero junto con el otro se encargó de atender los asuntos de rutina, según la costumbre instaurada. Al llegar la noche decidió acudir al Faro. Cerraron las puertas, vigilando que las tranças estuvieran bien puestas, y envió la jarra con el otro dependiente a la casa de la madrina.

—Les dices que después llevo las llaves.

Recargado sobre la barra, ante el Chueco, bebió tres copas *de lo de siempre, Chueco*, y brindó con el Tulús:

—¿Cuándo te pintas otro de éstos?

—Pronto —lo estaban contratando para decorar un establecimiento.

—Si continúas por ese camino, Tulús, vas a terminar siendo tan famoso como Miguel Ángel. Salud.

Martín volvió a la vivienda para entregar las llaves. No estaba ebrio, sólo un poco encendido, lo suficiente para darse ánimos y olvidar los incidentes. Fue de los últimos en traspasar el portón de par en par cerrado. En el piso de arriba se daba el movimiento de los vecinos, pero en susurros que rebotaban por las paredes de la casona, invitando a tomar las cosas con el respeto que se merecía Candelaria. Notó que la borla no abundaba. Cruzó el primer patio. En la vivienda de Francisco el Pancho se festejaba el arribo del primogénito de la casona y Martín vio a Prisciliano y a Francisco el Pancho que se debatían en un doble sentimiento de dicha y sordidez, también a causa de los acontecimientos.

Isabel tampoco sabía de la madrina.

—¿No estuvo con ustedes? —le preguntó.

—No, salió, sin decir.

No era extraño. La madrina nunca dejaba dicho “voy a tardar”. No era mujer para extraviarse. Hubo ocasiones en que salió a la ciudad de México en viaje de negocios, para hacer los pedidos de la cristalería, o para otras cosas de su intimidad. Era mujer de mucho mundo, por algo había conocido tantos países. Y regresaba noche, aunque algunas veces volvió hasta el día siguiente. O se iba a *vivir* como había vivido siempre.

—¿Quieres algo de cenar? —preguntó Isabel.

—Dame un poco de guisado, si hay, y una copita de los licores que preparas.

—Nada más te tomas una.

Isabel sirvió ajolotes en chile verde.

—Tuve que prepararlos. Con tantas cosas que pasaron hoy, hasta podrían comérselos las ratas. Mejor nosotros.

En el silencio, escuchándose a lo lejos algún silbido del tren, también alcanzaban a escucharse los rechinidos de la puerta y voces que cuchicheaban, a ratos alegría y a ratos voces por Candelaria.

—Ahora están en el velorio —dijo Isabel—. Parece que vino el padre de la iglesia del Carmen.

—Pobre viejita —dijo Martín—. ¿Quieres que espere contigo hasta que venga la madrina?

—No es necesario, ella va a regresar, tarde, pero va a regresar, si no mañana.

—Por eso. Me quedo a hacerte compañía.

—No empieces.

—Dije *hacerte compañía*.

—Oh.

Cenaron como todas las noches, pero se percibía la ausencia de la madrina. El comedor se impregnaba de silencio cuando ellos callaban. Sólo el sonido de la cena, cucharadas, sorbos, el silbato lejano del ferrocarril, la iniciación de plegarias en sordina provenientes del otro patio y la corneta del cuartel de la calle de Hidalgo.

—¿Quieres ver televisión?

—Un rato, a ver si mientras llega.

Martín inició el acecho.

—No empieces, no seas aprovechado.

—Pareces niña.

—Han pasado muchas cosas, ¿cómo crees?

—Ven.

—Siéntate allá, puede llegar de un momento a otro.

—Pues mientras llega.

Isabel buscó hacer algo para eludirlo. Fue a la habitación de las curaciones: las veladoras encendidas, los santos, las imágenes

que siempre le parecieron extrañas. Pero no subió al cuarto de la madrina, por lo que no vio que faltaba el gobelino que alguna vez conformó con esa borla, con esas manos que sin querer —porque era un trabajo realizado en aprovechamiento del material y del tiempo— representaron al hombre de cacería por la campiña francesa. Sentía que no estaba la madrina. Y la estaban esperando los ladrillos y las planchas calientes. Martín veía la televisión como ser privilegiado. ¿Y los que no pueden disfrutar de esto? ¿Cuántas casas, en Toluca, tendrán un aparato así? La madrina lo había adquirido con el producto de su trabajo. ¿Pero otros? Isabel se ocupaba. Nunca le faltó en qué ocuparse. Mujer de múltiples quehaceres. Hacendosa. Se daba sus vueltas al cuarto de la televisión: Martín tenía los ojos en la pantalla donde actuaban mariachis pequeños, anuncios de tequila Cuervo, cigarrillos, automóviles, hechos de una sociedad ajena y deformada.

—Ándale, Martín, ya vete, es muy tarde. Tu mujer te está esperando.

Martín no se movió. Estuvo ante el aparato hasta que un locutor despedía la transmisión de aquella noche.

—Ya es muy tarde, me voy a acostar —dijo Isabel.

—Pues hasta mañana —dijo Martín, pero no hizo ningún movimiento para salir de la vivienda. La sostuvo por los hombros. Ella quiso soltarse.

—Suéltame, Martín, puede llegar la madrina. Forcejearon. Isabel fue hacia una habitación, luego hacia otra. Martín, tras ella. Volvió a sujetarla. Ella volvió a desprenderse. Él insistió. Ella empezó a sentir el calor de aquellas manos, la proximidad de las mejillas picantes por las barbas de todo el día, el aliento a licor de limón preparado por ella. Isabel se hizo dócil. La televisión continuaba encendida, como cárcel de pequeños puntitos luminosos y un zumbido intermitente. Isabel se decidió.

—Pero vamos a la bodega.

Fueron sigilosamente. Ya no había ratas: la intervención de las autoridades había sido exhaustiva: limpiaron y fumigaron, se llevaron una cantidad que asombró a Toluca.

—Toda la tarde estuvieron en eso —dijo Isabel en voz muy baja que sonaba a miel—. Los tuve que traer aquí para que sacaran algunas que estaban muertas entre las cajas.

Olía. Pero todos los olores se fueron desvaneciendo para ellos. Martín la condujo hacia unas cajas, quiso improvisar un tendido de cartones, sin dejarla.

—Mejor de pie —dijo Isabel. Se dejó pulsar. Ante la insistencia empezó a corresponder, vigilante, a ratos, de algún sonido que anunciara la llegada de la madrina; pero la puerta del primer patio no rechinaba. Escucharon algunos movimientos de ratones al fondo de la bodega, sin concederles importancia. Las lenguas eran tibias en el intercambio de sabores. Martín levantó el vestido y un fondo suave de lino. Sintió más fuerte que nunca el olor a condimentos de Isabel, pero el olor a mujer completa se impuso. Con fuerza y con delicadeza deslizó la ropa que los separaba del placer. Separó las piernas, los muslos calientes. Isabel cooperó. Empujaron una caja y rieron. buscaron el apoyo hasta encontrarlo. Lograron la firmeza detrás del cuerpo de Isabel, apoyados en otras cajas. Los dedos recorrían aquellos pechos duros, la espalda robusta del hombre. Cuerpos recorridos con insistencia. Ella sintió el alcohol en la boca de Martín, pero entonces no le pareció desagradable, sino parte de ese rito. Ella también quitó las prendas que impedían el paso, la llegada de las tensiones, el ascenso, la respiración entrecortada que buscaba darle vida al otro, las mordidas, el paso de dos clases de saliva. Y se hicieron flor nocturna, como una sola mariposa en su capullo de hume-

dades, fibras y olores, así, no te detengas. Dos reptiles, dos batracios, dos ajolotes compartiendo el momento que se había aplazado varios años, y por eso llegaba más intenso, una sola masa blanda y sin embargo tensa. Los jadeos, los músculos que luego se aflojaron.

¿Cuántas horas? Hasta que Isabel dijo ya, gracias, Martín y lo besó como a un niño.

—Parece que no ha llegado.

—Regresemos.

Regresaron con el mismo sigilo. El televisor continuaba encendido. La madrugada había avanzado.

SE CONTRATÓ UNA FUNERARIA MODESTA, la que dispuso abrir la ventanilla de la caja durante la noche de velatorio, para que el cráneo, que acentuaba la muerte, no hiciera más patética la estancia de los vecinos. El cura del Carmen fue llamado a bendecir la vivienda, y lo hizo echando agua con el hisopo hasta vaciar dos acetres; los muebles viejos, anverso y reverso del colchón, las cobijas, los cacharros, los trebejos, las paredes, las puertas, el mueble que sostenía la estatuita de San Martín de Porres, todos los rincones, de manera que no quedase ningún indicio de la infortunada forma que tuvo de morir la vieja Candelaria. El cura levantó el báculo repetidas veces, con energía, mirando hacia todas partes, rezando en latín, para expulsar a las ánimas de cualquier gusano o de cualquier rata que pretendiera quedarse a vivir en la vivienda; lo hizo igual que lo hubiera hecho la madrina, con sus propios elementos de conjura, de haber estado en la casona. Y se decidió que el idolejo de la escoba y la mirada tierna, santo de la devoción de Candelaria, le fuese cedido al templo que durante tantos años, diariamente, de lunes a lunes, todas las tardes, fue visitado por

la anciana venerable. Al irse el cura con el santo, Jamila condujo los rosarios. Fue aquélla la primera ocasión en que casi todos los vecinos estuvieron juntos para un oficio, unidos para solicitar el ingreso al cielo de aquella alma de Dios, dispersa en las entrañas de ratas, moscas y gusanos.

Para el sepelio se integró un cortejo de no más de quince personas. Lo encabezaba el cura, y detrás, Prisciliano y Francisco el Pancho cargaron la caja, donde los huesos de la difunta se mecían de un lado para otro; luego Jamila, llevando de la mano a su hijo Anuar; Leticia, sacando fuerzas del corazón enfermo para sostenerse en pie; algunos vecinos de las viviendas de la azotea; el profesor Saracho, sin Rosacruz; una carmelita descalza y Lázara, a quien todos le negaron, en esa ocasión, el saludo y la palabra. Era el último viaje de Candelaria y había que acompañarla llevando ramos de nube y rosas blancas.

También entonces intercambiaron las nociones que tenían de la difunta: no le hizo mal a nadie. El cura les aseveró, violando para bien el secreto de confesión, que Candelaria fue tan buena que nunca tuvo pecados para confesar, sino acciones más para la recompensa que para la penitencia. Bendita fuera.

La huelga continuaba. Esa mañana Prisciliano y Francisco el Pancho abandonaron la guardia para asistir a los funerales, pendientes de los acontecimientos que se iban presentando por uno y otro lado de la cuadra. Francisco el Pancho feliz. Los periódicos consignaron dos noticias principales que pusieron a la ciudad de cabeza: la invasión de una plaga de ratones en el primer cuadro, y apenas a unos metros de distancia, después de una pared enorme, el estallido de la huelga.

Se habían tomado las medidas del caso para combatir el primero de los problemas. Brigadas de hombres se encargaron de acudir a los lugares indicados para desinfectar, recoger roe-

dores muertos y exterminar a los que todavía andaban cometiéndolos. Las solicitudes fueron abundantes. Para el segundo de los problemas, las autoridades del caso y las partes en pugna intensificaban las negociaciones.

El Pimaco permaneció a las puertas de la fábrica, encabezando a los trabajadores en ausencia de los líderes. Los grupos que hacían guardias, con las banderas rojinegras al frente, la corona de los floreros y la curiosidad de los mirones, habían tenido que sortear las provocaciones de los esquirols. El equipo de incondicionales de míster Cartwright estaba muy activo, divulgando en todas las formas a su alcance que los huelguistas habían sustraído materiales, como rollos de diversas telas, maquinaria, enseres de oficina, además de que estaban ocasionando destrozos en telares, hiladoras, ovilladoras, cardadoras, y el propio inmueble y los vehículos de la fábrica tomada. También cuidaban de realizar una labor intensa de proselitismo entre los trabajadores, para que tomaran partido por los representantes que hacían aparecer como legítimos, y que eran encabezados por un individuo de mirada torva de aquellos que odian por odiar, recelan por recelar, son de presencia repugnante como ése y eran contratados por míster Cartwright para ganar la contienda obrero-patronal.

Pero ahí estaban las máquinas en descanso. No habían sufrido ningún daño. Los trabajadores en guardia vigilaban que nadie ocasionara estropicios intencionales ni accidentales. Ahí estaban los telares, conservando intactas las urdimbres, las tramas, las lanzaderas y los carretes. Se podían ver las larguísimas telarañas de hilaza que después pasaban a ser telas de atractivos dibujos y se iban enrollando. Tal como lo habían dejado todo, en simple interrupción de labores para exigir mejores condiciones. Estaban las oficinas de míster Cartwright conservando

la misma pulcritud que él les imprimía. El abogado de los trabajadores tuvo la precaución de contratar a un notario para que levantara una acta donde se estipulaba cuál era el estado de la fábrica al momento del paro.

La solidaridad de otros obreros seguía manifestándose. Los huelguistas levantaron copiosas adhesiones entre la clase trabajadora en general; pero también repudios entre la clase media y entre los que se afianzaban al pasado porfiriano y al poder económico. A toda costa se buscó el desprestigio de los líderes del movimiento huelguístico, a quienes se les inventaron antecedentes penales y se hurgó, hasta en sus vidas familiares, en busca de argumentos que los hicieran aparecer, ante la opinión pública, como individuos antisociales, sin calidad moral, que no tenían por qué atentar contra esa fábrica benefactora no sólo de la ciudad, sino del estado, el país y el mundo.

A la hora de costumbre, pero esa vez proviniendo de la casona y no del poniente de Toluca, Martín llegó a la cristalería con las llaves y la jarra. Inició la actividad con empeño renovado. Isabel permaneció en la vivienda, realizando las actividades normales, esperando que la madrina apareciera por algún lado diciéndole pon la mesa, Isabel, sus ojos luminosos, sírveme ajolotes en chile verde, su piel seráfica, Isabel, su cara altiva y antigua, su voz imperativa. Isabel había creído escuchar esa voz, como retirándose, pero diciendo con toda claridad, palabra por palabra, lo que habría de hacerse al día siguiente, y así lo transmitió a Martín:

—Ya vete a trabajar, Martín. Vayan regando el piso. Le dices al muchacho que limpie los lavamanos porque tienen mucho polvo, que desempaque los termos de la Termo Crisa. Recen con devoción. Hagan las cosas con cariño.

Los visitantes de la madrina habían comenzado a llegar desde muy temprano, cruzándose, al entrar a la casona, con los vecinos desvelados y apesadumbrados, indagando la ubicación de la vivienda.

—Ahí donde cantan los pájaros.

Isabel miró al corredor y salió a decirles:

—Buenos días. Mi madrina *no tarda*, tomen asiento. ¿Ya desayunaron? Deben estar cansados. Les voy a traer unos taquitos, mientras esperan.

Hizo las labores de la casa como era la costumbre. Barrió. Estaba feliz, diferente. Recogió las pocas pelusas que andaban por ahí, apreciando la nueva cara del ambiente y un deseo le brotaba del pecho: que nunca cesara este clima templado. Preparó el desayuno. Puso la mesa. Esa mañana también llegó Jamila para invitar a la madrina al sepelio de Candelaria, *dile que nos acompañe a enterrar a la pobrecita*. Isabel le dijo “que por ahorita no está mi madrina, seña Jamila, pero tan pronto llegue le daré su recado”. Una fuerza la impulsó a verificar si la madrina había dormido en su cama, pero la habitación estaba igual que el día anterior. Fue cuando notó Isabel que el gobelino del cazador de los bigotes finos y adustos que apuntaban hacia el cielo había desaparecido con todo y su escopeta de dos cañones. Pero no se intrigó, acostumbrada como estaba a no ponerle reparos a las cosas que sucedían en la vivienda. Desayunó ella sola, frente al lugar de la madrina en la mesa, contemplando los trastos que permanecieron intocados. Ahí volvió a sentir la voz de otro lugar y de otro tiempo, que le decía “yo voy a estar vigilante, Isabel”.

En la cristalería, Martín se dedicaba a las operaciones de compraventa, indicándole al otro dependiente las cosas por hacer. Desde que abrieron las dos puertas del negocio, Martín

había notado que el estado de cuentas, en la caja registradora, estaba hecho, así que supuso que la madrina había llegado en algún momento y había dispuesto las cosas para seguir ese orden. A la hora de la comida llegó Isabel a la cristalería cargando las viandas de siempre:

—Vayan comiendo, Martín. ¿Cómo van las cosas?

—Van bien, Isabel. ¿Ya regresó la madrina?

—No ha regresado, pero *me dijo* que te estuvieras al cuidado del negocio, sin preocupaciones, que estés muy despierto y que te cuides. No dejen de limpiar, la mercancía está muy sucia.

Isabel regresó a la vivienda y vio los preparativos del sepelio. Afuera estaba la camioneta de las pompas fúnebres, y los transeúntes miraban con la curiosidad que se había posesionado del acontecer del caserón. Pero más: muchos curiosos llegaron de los demás barrios y veían con insistencia toda la cuadra. Isabel los miró mirarla y saludó a los libaneses. Los visitantes de la madrina la esperaban.

Era la primera vez que la atención llegaba con tardanza. Pero llegó con Isabel.

—A todos los vamos a atender. ¿Ouién llegó primero? Pase. Acomódese. ¿Qué le sucede?

—Almorranas, señorita.

—Pues mire usted, mi madrina *me dijo* que le pusiera este unguento de codo de fraile y que con esto ya no tendría usted problemas. Ándele, vaya con Dios.

—¿Y quién es el que sigue?

—Yo, señorita.

—Pase usted, señora, ¿qué le acongoja?

—Tengo diarrea, señorita.

—¿Y así ha estado toda la mañana? ¡Válgame! Es que mi

madrina salió de viaje y tal vez no venga hoy. Usted comprenderá; pero *me dejó dicho* que le diera yo esta tintura de cuachalalate. Con esto se va a poner bien.

Y luego el que padecía del sueño. Otra mujer con nerviolera crónica. Algún niño con quemaduras de tercer grado. La que buscaba una niña extraviada. La mujer de Calixtlahuaca que sólo venía para agradecerle a la madrina sus curaciones de ayer *y aquí le traigo estos nopalitos*. Isabel se dio su tiempo para atenderlos a todos con igual paciencia que lo hubiera hecho la madrina.

EL CASERÓN YA NO ERA EL MISMO. Empezaba a decirse que lo van a demoler quién sabe para cuándo. Los vecinos se vieron obligados a tramitar mudanzas, *desde ahora, Jamilita, porque el asunto de la vivienda se va a poner muy grave*. Los de la azotea dejaron de subir y bajar. Prisciliano y Francisco el Pancho identificaron al individuo huraño como aquél que subía y bajaba, entraba y salía del caserón, merodeando como ave de mal agüero, y ni gusto les dio cuando supieron que murió acuchillado en una riña de prostíbulos. Habrían de saber la historia como todas aquellas que se daban.

Los putañeros de Toluca decían vamos *allá arriba*. Iban *allá arribera*. Ir hacia Ojuelos, adelante del parque Guelatao, ya en plena carretera hacia Zitácuaro, era acudir en busca de las putas. *Vamos a ver a las muchachas, nos aventamos unos bailes*, a peseta, a pesetita *ley* de plata con su pergamino y sus grecas en el borde. A peseta la pieza, con el chance de meterles mano a las ñoras, hacer lo prohibido por la moral, lo tolerado por la ley; el mal necesario. Las nenas. Eran de Michoacán, pero también se recluían por las noches las que por las tardes tra-

bajaban en las fondas del mercado de las flores, las que en las nohcecitas rondaban los hoteles del rumbo de las terminales y las que por las mañanas, las tardes y las nohcecitas atendían prostíbulos disfrazados de restaurantes. La sociedad establecía que su fuerza de trabajo fuese la vagina. Eran consuelo de solitarios, institutrices de los debutantes, realizadoras de sueños complicados, expertas en desvanecer tensiones; eran las protagonistas de la parte jamás asimilada en los espíritus sexuales empequeñecidos por el tabú. Trabajadoras del oficio, tráfuga de toda biblia y de toda historia. Para eso existían: para limar prejuicios y remojar calenturientos.

Ven-de-ca-ro-tu-a-mor-a-ven-tu-re-ra, les vendían el rato. El ambiente a media luz y las copas, una tras otra, en los descansos de cada baile a ritmo de la sinfonola, propiciaban la fuga. ¿A quién le importaba la hora?, todas las marcas de perfume olían ahí, del Chanel al Siete Machos. Lociones y brillantinas Palmolive, y las telas delgadas ceñidas a los cuerpos. Cuerpos sudados y calientes. Mujeres de incisivos de oro y plata. Chismelas. Aliento de licor barato. Pelo teñido. Ahí estaban ellas vendiéndoles a los señores respetables de día, el movidito danzón. Y los señores no veían las fachas propias, artificiosas, desaliñadas, ebrias y desatinadas, de picardía corriente que se quedó en relajo, peladitos y gañanes, mediocres y pollitos por dejar el cascarón de la virginidad en un catre alquilado. Les pedían la cartilla, se recomendaban un lavado con limón, por aquello de las dudas; arde, pero previene; de lo contrario el tratamiento era más cabrón.

—¿Qué haces tú por acá, Tulús?

—¿Qué hubas, Charrascas, ¿vienes con flota?

—Como siempre, artista.

—Pues invítenme una.

—Ese mi profe Saracho.

—No digas nombres.

Se sorprendían cómplices, rodeando cinturas desacos-
tumbadas, novatos en el cortejo. Los empleados matutinos
eran ahí campeones del desplazamiento que marcaba un ritmo
tropical. La costa brava en Toluca, mi valedor. La música de
las antillas para desentumir. Y chúpale pichón. Botella de tres
cuartos para la doce. Muchachas para la cinco. A ver, Lulú,
en la nueve quieren un punto intermedio. Será un putazo. Y
la pista. Foquitos de a media luz los dos. Encuentro de sole-
dades. Canciones para ratificar la misoginia y el reinado del
macho sobre la faz del altiplano. La sinfonola reproduciendo
los rayones del disco. Remedos del Salón México. Sombras de
Copacabana. ¡Ahí, pachuco! Los honorables toluqueños sin
oportunidad para el sexo ciudadano, allá, arribera de San Cosme
realizaban su Freud prestado. Le tupían duro y macizo, con sus
pantalones bombos, *como los de Tin Tán, manito, la última moda de
los Yunaites. Y míreles el estilacho, madrina.* Les hacían rueda. *Cuída-
les las manos, Negra, parecen pulpos. ¿Cuánto hace que no te agasajas?
Pues llégale. Tú no deberías estar aquí, me cae, te deberían escoger como
la flor más bella del ejido.* Fuenuncabaré, dondetencontré. Bai-
lando preparaban el terreno. Eso era el preámbulo. Después,
si llegaban al arreglo, *que sean seis pesos, ni tú ni yo: cinco cincuenta,*
pasarían al cuarto, a la separata separada de otra y luego de otra
por una cortina. Escucharían los sonidos de la pareja contigua,
que a la vez escuchaba los de la otra y la de más allá, las muje-
res gritándose de lecho a lecho *¿a qué horas vas a salir, Malena? Ya
nomás termino con éste. Me esperas, nos vamos juntas, mi viejo va a pasar
a recogerme ¿y qué no ya te están recogiendo? cállate, mecapalero y ¿qué
horas tienes?* Y los otros: *óra, no rompas el encanto y cállense que no me
dejan concentrar y apúrate, ya te tardaste mucho, son las dos de la mañana*

y por el otro *son cinco lanas extras, y te pago pero cállate*. Ellas tolerando. Ellos inventando su quimera. Y afuera el baile, hasta que saltaba a la pista el que acababa con el cuadro: “qué qué, la tuya, güey, a veinte y ipapas! Salían a relucir las navajas italianas, mano, el grito de la moda; pero con una charrasca tienes, pinche grillero y ipapas! Que llamen a los cuicos. Si la tira soy yo, pendejo, yo soy la autoridad. Llegaban otros polis. Acudían los padrotes y aquello era la bola. No se metan”. La zona. Hervidero de barbajanes. Casa Nelly, La quinta, Casa la Negra, el Centro Camionero, Casa Elvira: el espíritu de Ojuelos, a uno y otro lado de la carretera. La madrota intervenía: “váyanse a partir la jefa a otro lado. No, si aquí venimos para el desfogue. Aquí ya le dieron callo a este cuate. ¡Papas! ¿Cómo se llama? Se llamaba. Sepa la chistosa. Aquí venía por lo menos una vez a la semana, pero nunca se le paraba ni con el toque de bandera, nada más quería ver cosas chuecas. Que lo saquen, porque si llegan del Ayuntamiento, me clausuran. No te preocupes, aquí está chupando el licenciado, trabaja en el Ministerio Público. De todos modos, que saquen al borrachín, a todos *les constaba* que había llegado como mariguano. A limpiar el piso. Venga la música. A volumen abierto. Las ostras para la siete. Aquí no ha pasado nada”.

Trifulca en la Zona Roja, un Muerto

Los hechos ocurrieron debido a que un ebrio rijoso, parroquiano habitual de la zona de tolerancia, había consumido alta dosis de la perniciosa hierba. Después de retar a golpes a los parroquianos de otra mesa, las navajas salieron a relucir. El individuo, de nombre (Pasa a la Pág. 3).

Y los demás daban por terminada la noche. Era riesgoso atenerse a las averiguaciones previas, al escándalo posterior. La sociedad se indignaba como siempre después de una reyerta.

En el caserón se recordaban aquellas semanas anteriores, cuando los fantasmas aún se la pasaban flotando por los aires. Los días que siguieron al hallazgo macabro, las mujeres volvieron los ojos hacia el cielo en espera de nuevos copos de borla. Pero fue en vano. La última, la rezagada de entonces, se hizo tan escasa que ya no volvió a alcanzar para que otros fantasmas se integraran. Por aquellas noches Jamila se aburría como nunca antes en su vida, y a falta de figuras de hombres, mujeres y caballitos de mar flotantes, con quienes compartía sus cuitas extranjeras pasadas, empezó a sostener soliloquios interminables que Anuar escuchaba para alimentar sus risas idiotas. Y Jamila volvió a preparar sus guisos árabes, quepi, pan de harina, pasteles y bocadillos para acompañar tacitas de café turco e infusiones aromáticas que compartía con todo el vecindario. *A ver qué te lo barece, Josefina, para que te acabes de reponer del parto. ¿Y cómo va el chiquitín?*

Iba bien. El niño crecía robusto y su mirada era muy precoz.

—Ya empezó a comer papilla de manzana.

—Y va que vuela.

—Se me hace que va a gatear muy pronto, así como va.

—Cúidelo usted mucho, señor Jose.

Josefina trataba de disuadir a Francisco el Pancho de que siguiera en la huelga, porque ya no tiene caso. Estaba perdido el movimiento. Para ellos. Míster Cartwright se había salido con la suya, y aunque no le permitieron sacar de la fábrica ni un solo pedazo de tela, ni un solo tornillo, ni un solo carrete de hilaza, se declaró en quiebra para evitar la reapertura. Sus incondicionales convencieron a muchos trabajadores de que

desistieran. La corriente de opinión les había resultado muy desfavorable, y quienes entonces continuaban luchando con Prisciliano, Francisco el Pancho, el Pimaco y Germán Castro, se fueron desahuciando hasta perder el interés por continuar con las guardias. Pero la maquinaria ya estaba confiscada por el pago de las indemnizaciones. Hubo provocaciones, amenazas para los revoltosos. Se les dio una cantidad ridícula que no alcanzó para que Prisciliano internara a Leticia en un sanatorio, donde le hubieran salvado la vida, ni para que los demás resistieran los embates del prolongado periodo de desempleo. La ciudadanía llegó a señalarlos con el dedo para indicar que los huelguistas eran causantes de que el progreso se estuviera deteniendo. Aquella ciudadanía que instauró sus domingos de misa en la Santa Veracruz, templo canonizado para una falsa aristocracia que se habría de adueñar del altar dorado, con su Cristo negro, su sacristía de lujo, su nave para enjuagar pecados de primera clase, bodas suntuosas, bautizos inigualables, quince años y confirmaciones de lujo, para halagar la vanidad de quienes se adueñaron de los santos sacramentos.

Por aquel tiempo supieron que míster Cartwright, fatigado por la huelga y desecho del hígado a causa del alcohol, decidió, entre alucinaciones tremendas, recluirse en el hospital inglés de la ciudad de México. Las últimas semanas bebió más de la cuenta. Los médicos le habían advertido de la diabetes. Su hígado se estaba picando. *Cámbiele al coñac, míster Cartwright.* Y pasó de una marca a otra, de una bebida a cuatro diferentes, ginebra, brandy, wiskey, ron, cerveza. Los estragos eran los mismos. Sólo cambiaba el escenario: unos en el prostíbulo barato, otros en la calle, otros en su residencia. Pero el hígado no sabe de fortunas. *La flora intestinal se desflora igual, míster Cartwright y usted ya no metaboliza bien. Ni una copa más.* Y le

tuvieron que hacer varios lavados intestinales. Después, pastillas importadas para el sueño, calmantes, visitas al siquiatra. Pero su enfermedad no encontró la cura científica y míster Cartwright no creía en las *nonsenses* de la madrina. Y le pusieron dieta blanda, leche y caldo de pollo; cambió el cigarrillo por la pipa. Ejercicios físicos. Y se hizo reincidente: una copa antes de dormir, un oportó para abrir el apetito, una cerveza para cerrarlo, y luego más, lamentando su fracaso empresarial en Toluca, su impotencia proverbial con las mujeres, su soledad inglesa y ya para qué seguir en ese pueblo que lo separaba del progreso, míster Cartwright volvió al hospital inglés, donde murió abandonado como perro callejero que se muere entre espasmos espeluznantes.

Lázara volvió a desempeñar antiguos empleos, resuelta a no producir entre la gente sensaciones indeseadas. Al mirarla pasar, iniciaban los cuchicheos, los que al principio le molestaban, pero a los que se acostumbró después. La veían como una ánima devuelta del purgatorio, al que había acudido para rendir cuentas por tantos pecados cometidos. Y se les dificultaba dar crédito a sus ojos: es ella, decían, cómo no va a ser Lázara, la mismita, pero limpia, de mejillas rosadas, de suéter impecable, medias limpias que la hacían parecer más joven, bolso a tono con los dibujos del vestido largo que se ondulaba a su paso y dejaba ver la costura de las medias nailon y los tobillos torneados, zapatos de tacón alto, pero ya no los de colores vivos de antes, sino unos más discretos. Jamás volvió a ser galopina de lonchería disfrazada de prostíbulo, porque además las mujeronas que eran las dueñas de aquellos establecimientos se negaban a darle trabajo a causa de un miedo inocultable. No volvió a meterse, jamás, a una cantina. Se convirtió en dependienta de una cerería, donde despachaba

desde velitas para pasteles de cumpleaños, hasta cirios para los funerales, y velas adornadas con crespones de colores para las fiestas religiosas. Por las tardes paseaba, acompañada de alguna amiga. Volvió a visitar iglesias y ya no sólo para estarse ahí sentada, escuchando sin comprender; había logrado establecer comunicación con el Dios del Cielo, el que la vigilaba y protegía. Conservó la costumbre de ir al cine y se dejaba llevar por el argumento de las comedias alegres y las tristes, riendo o llorando con los personajes. Aquel primer cuadro le renació en los ojos y volvió a contemplar la balconería de hierro del siglo XIX, los edificios de dos pisos y los de uno solo, las fachadas de estilos españoles, italianos y franceses, los basamentos de piedra y los adornos de cantera, los portones, los dinteles. Y al quedar libre de sus asuntos recorría los pasillos del Portal, donde los jueves, por la noche, escuchaba a la banda de música del estado, sentadita en una de las sillas que se instalaban ante la Concha Acústica. Ese lenguaje también la estremecía. En poco tiempo recobró el don de hacer amigas, y con ellas se lanzaba al placentero juego de hacerse desear por los paseantes, escuchar sus piropos y sentirse el centro de las miradas masculinas y de la admiración de las mujeres. Por las noches regresaba al caserón, cuando los libaneses colocaban tablonnes en su cajón de ropa, para cerrarlo. Los oía desearle las buenas noches con ese tono de voz que oculta otras intenciones. Y ella cruzaba el patio deseándole mejores noches a Prisciliano, quien le daba noticias acerca de la enfermedad de Leticia, creciente enfermedad que la habría de llevar a la muerte, padecimiento cardiovascular que le impidió a ese corazón seguir latiendo y seguir amando a Prisciliano.

Lázara lo veía todo con ojos renovados. El rechinado de la puerta ya no era tan hiriente. Y por las noches ella veía

las habitaciones iluminadas, el ambiente distinto a partir de aquel tejido de sucesos que conmovió a los vecinos. Pero eso ya estaba lejos. Por entonces Lázara había vuelto a los bordados, a los encajes, a la confección de sus propios vestidos, al arreglo de su vivienda transformada. Se adormecía leyendo novelas de romances y escuchando los mejores programas de la radio. Empezó a tener pretendientes y observaba la cautela que requería descartar las experiencias de su otra vida. Todo a partir de cero. Y rechazó dos propuestas de matrimonio. Algo le hacía concebir una forma de ser independiente, y los hombres que entonces la buscaban no eran la garantía de esa concepción. Pero no despreciaba los escarceos del sexo sin establecer compromisos. No se quería exponer a ninguna clase de fracaso motivado por su parte emocional. Era mejor dedicar su tiempo libre a la convivencia, la participación social que la convirtió en voluntaria de asociaciones civiles de asistencia a los menesterosos.

La televisión había permanecido sin ser encendida durante algunas semanas, las mismas que duró la huelga. Isabel estaba inmersa en el estudio de las plantas y en los tratados profilácticos del doctor Hahneman. En pocos días dispuso la instalación de grandes gráficas donde aparecían los sistemas, los aparatos y los órganos del cuerpo humano. No cesaba de leer y tomar notas, hasta que el sueño la vencía y la madrina llegaba hasta la sombra de sus sueños para repararle las lecciones cotidianas. Isabel se decidió a encender el televisor las noches que siguieron. Acompañada de Martín veía los programas, lamentándose del curso que tomaban las informaciones de la vida hacia el deseo de poseer y usar mercancías. En poco tiempo todos vamos a ser iguales, comentaba, vestiremos la misma ropa y seguiremos una conducta uniformada. Por des-

gracia, decía Martín, y algunas veces intentó cortejarla. Pero ya no era igual: Isabel estaba adquiriendo intereses más profundos y lo de la televisión duraba un rato, como descanso a los trajines del día. Después comenzaron a llegar otros vecinos, atraídos por la sensación y la fama del aparato que traía las imágenes de lo que estaba sucediendo, en ese instante, a muchos kilómetros de distancia, y ellos ahí, sin quitarle la vista a la distancia, sentados en esa recámara pequeña, mudos o preguntando, a ratos, cuándo regresaría la madrina, y “no debe tardar”, les decía Isabel, “mi madrina volverá de un momento a otro”. Isabel aceptó que acudieran, todas las noches, y los dejaba estar ante el televisor a cambio de cinco centavos como cuota. Por ahí llegaba Lázara, quien inició una amistad con Isabel que perduraría por muchos años; Jamila con su hijo y *aquí te traigo este guisado, Isabel, a ver qué te lo barece*; Anuar se la pasaba moviendo la cabeza, sin atinar a poner los ojos en la pantalla, pero feliz de contemplar el reflejo azuloso y escuchar las voces y la música desprendiéndose del aparato; el hijo de Francisco el Pancho llegaba acompañado de Josefina y se ganaba los cuidados y las recomendaciones. En una noche de aquéllas Isabel comunicó a Jamila que dejara de preocuparse de las amenazas del pasado: “los fantasmas ya me dijeron que le perdonarían la vida a tu hijo, pero tendrás que cargar con él hasta el día de su muerte”. Jamila le dio las gracias. Los libaneses ya estaban desmantelando su cajón, *Isabel, parece que iban a poner una tienda muy grande, ¿y tu esposo, Josefina? trabajará en otra parte, madrina, él y el señor Prisciliano están organizando una asociación. Que tengan mucho cuidado, Josefina; y para este niño te voy a dar una botella de hígado de bacalao; necesitará muchas vitaminas.*

Y así todas las noches. En las madrugadas llegaba la madrina al sueño de Isabel y la veía prosperar, le rectificaba

algunos errores, que cada vez eran menos, y le dejaba instrucciones. Dialogaban hasta que la mañana las sorprendía y *ya me voy, Isabel, no te olvides de lo que te digo*. Y muy temprano, después de haber vigilado que su nueva asistente iniciara las labores de la casa, Isabel empezaba con la misión de la vida:

—¿Qué te sucede? —preguntando por preguntar, porque Isabel ya lo iba sabiendo todo.

—No sé qué tengo en los nervios, madrina. No se me calman con nada.

—Pásale y siéntate. ¿Sabes rezar?

—El Padre Nuestro.

—Pues lo vas a rezar despacito, concentrándote mucho, mientras yo te hago unas limpias y un cocimiento de valeriana para que se te quiten las angustias.

Y el ramo de pirú dibujaba volutas en el aire. Espirales y caracoles. Laberintos increíbles. El paciente veía con sus ojos de asombro y el corazón de esperanza la disposición de las imágenes en el cuarto. Ella seleccionaba la bolsa, revisaba en la memoria las instrucciones precisas, y el ramo para allá y para abajo, hacia un lado y rozando la cara del nervioso, ventilando el ambiente impregnado de incienso. Las veladoras iluminaban la estancia. *Encomiendo mi voluntad al Santísimo Señor del Huerto. Yo te invoco, espíritu justiciero, acude a este curatorio*. Y los frascos, las bolsas, las cajas con hierbas renovadas. Los ungüentos. Los polvos de imán. El muicle y la hierbabuena. El Buda orejón que sonreía mientras le rascaban la barriga y enseñaba el ombligo. Divina Infantita que me contemplas, San Martín Caballero, dioses de quién sabe dónde. Salvia de bolita para los tísicos y los catarrientos. Sanguinaria para la inflamación de los riñones. Palillo para la gastralgia. Alpiste para mis pajaritos. El parche de la señora Coto para extraer espinas. Aleta de tiburón

para enderezar virilidades flojas. Y el ramo que se paseaba por el aire enrarecido y ella que soplab a través de su acocote. Los jarabes para ablandar las flemas y el grito a la asistente para que llevara la sangre de chichicuilote, los emplastos y las pócimas. La voz de hombre en la garganta de Isabel, el idioma ajeno que llegaba de repente. La cresta de gallo virgen. La Virgen de los Remedios. Los cabellos de niño difunto. La baba de coyote/

—...así como nosotros perdonamos/

—Despacito, no te me adelantes, dilo desde el corazón.

Hasta que Isabel comprobaba las enseñanzas. El paciente que de tan asustado decía:

—Ya se me fue la nerviolera, madrina.

Y ella que le rociaba la cara con el ramo, diciéndole:

—Guarda silencio —y ya no se enteraba de que la voz se la estaban prestando.

*Ciudad tan bella como cualquiera**
(1983)

* Alejandro Ariceaga (1985). *Ciudad tan bella como cualquiera*. Segunda edición, Gobierno del Estado de México, 64 pp.

A mi padre
Jorge Ariceaga Sánchez

A mis amigos
que han hecho el viaje
conmigo
de Tunastral a la UEMAC

carne de tinaja, ciudad reflexión de la furia, ciudad del fracaso ansiado, ciudad en tempestad de cúpulas, ciudad abrevadero de las fauces rígidas del hermano empapado de sed y costras, ciudad tejida en la amnesia, resurrección de infancias, encarnación de pluma, ciudad perra, ciudad famélica, suntuosa villa, ciudad lepra y cólera hundida, ciudad. Tuna incandescente. Águila sin alas. Serpiente de estrellas. Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer.

CARLOS FUENTES. *La región más transparente*

Sr. Perry, queramos o no, somos arrastrados por una gran ola de expansión y progreso. Grandes acontecimientos nos esperan en años muy próximos. Todas estas invenciones mecánicas —teléfonos, electricidad, puentes de acero, vehículos sin caballos— tienen que dar algún resultado. De nosotros depende ir a la cabeza del progreso... Dios, no puedo decirle a usted todo lo que esto significará.

JOHN DOSS PASSOS en *Manhattan Transfer*

Teléfono de urgencias

ADORO ESTA ÉPOCA de prisas y sonidos de progreso. Tiempo en que todo se simplifica, según se le contemple, pues el genio del hombre ha puesto su granito de arena para la gran construcción del presente y del futuro. El genio al servicio de la humanidad, sí señor.

Ahora tengo que hacer esta llamada. Basta coger el auricular y hacer que gire el disco apoyando la yema de un dedo en los números precisos: el cinco, el cuatro, el tres, el siete... Debo llegar al sitio donde se encuentra un aparato. Varias personas esperan su turno haciendo sonar moneditas que sostienen en las manos.

Ah, eso de las monedas. Hace algunos años se usaban las de a veinte centavos que tenían un gorro frigio y la gran pirámide de Teotihuacán; eran de cobre las monedas y de un tamaño mayor que las actuales. Las actuales alcanzan a extraviarse y lo más grave es que se dificulta conseguir las. Ahora nos dicen que de un momento a otro cambiarán el sistema de ranuras que tienen los aparatos, de manera que uno podrá llamar, pagando el importe de la llamada a través de la

ranura ya sea con una monedita de a veinte centavos, una de a cincuenta o una de a peso. Como quiera que sea, nuestra moneda nacional ya no vale ni el metal en que está acuñada, con ese fenómeno de la inflación.

Veo rostros de malestar y de impaciencia. Una gorda manifiesta definitivo coraje mientras procura que la usuaria en turno, colegiala de alrededor de veinte años de edad, ponga punto final a una charla que debe de haberse iniciado hace algunos minutos. Pero momento: he aprendido que todos los que alguna vez tenemos necesidad de hacer una llamada telefónica cuando estamos fuera de casa, somos usuarios de un servicio público; y quien utiliza el aparato, como los demás, tiene sus asuntos. Y como dijo el héroe de la patria: el respeto al derecho ajeno es la paz.

Respeto la privacidad de los demás: cada quién sabe para qué necesita un servicio; los demás, que estamos en espera, debemos ser tolerantes, pues nadie puede establecer un orden para las urgencias. La gorda sí: se asoma a su reloj de pulso, acentúa sus gestos, enarca las cejas ante la chamaca en ademán de apurarla. La otra continúa su charla amena sin hacer caso, en ese gesto de quien contempla sin contemplar porque tiene la mirada en la distancia, mira con el oído a la persona que se encuentra al otro lado de la línea y, es más, no se ha enterado, ni tiene por qué hacerlo, de cuántos le siguen en esa cola urbana de ciudadanos necesitados de un teléfono público.

Quien llama por teléfono no está a la vista de todos, sino que se ha metido en una maraña de cables ocultos a través de la boca que se aplica a la bocina. Un bisbiseo se siente, la gama de gestos motivada por las palabras que se introducen en los cables y las palabras que vienen de regreso de algún lugar imprecisable. Y la gorda que parece orinar de tanto brinquito breve.

Los demás jugueteamos con las monedas mientras pensamos (al menos yo lo hago) qué decir cuando llegue nuestro turno: sí, señor Gómez, he decidido aceptar el empleo que usted me ofrece, mire, mis aspiraciones económicas son prudentes, tenga usted en cuenta que estamos en época de crisis y ya no sabemos a cómo amanecerá nuestra moneda. Acepto, señor Gómez, podemos convenir mi salario, si así lo prefiere. No lo decía como si se tratara de una metáfora, señor Gómez: la gorda está meando, se lo juro, sin exagerar, dos hilillos de orines le recorren las piernas y ella no se preocupa por ocultar la situación. Estará enferma, señor Gómez, pero eso es otro asunto, el mío es lo que pienso decirle a usted cuando llegue mi turno.

La colegiala sigue metida en una conversación que parece no tener fin. Los que estamos formados tras ella (lindas nalguitas, se le adivinan los elásticos de unas pantaletas tipo bikini que yo deseo con todo fervor que sean de seda transparente, sensuales al rodear un par de muslos frondosos, y alterna el peso del cuerpo en un pie, después en el otro y sacude la cabeza para separar los cabellos, recién bañados, que se le escurren por la cara, señor Gómez) y los que estamos tras ella, digo, alcanzamos a mirarnos, sin decirnos nada, claro, pues no nos hemos visto antes, y la gorda ya tiene un charquito bajo sus gordos pies y sigue bailando mientras se nota, se percibe que trata de contener el llanto.

Seguimos, en respectivo orden, tras de la gorda recién orinada, un individuo alrededor de cincuenta años de edad, una señora que arrulla al bebé que se le quiere despertar, un individuo de más de treinta años y yo, señor Gómez, que ya comienzo a impacientarme, carajo, porque llegue mi turno; pero no me llega, no le llega a nadie más (detrás de mí se han formado ya dos tipos más y me resisto a mirarles a la cara).

¡Ah, el invento de Alejandro Graham Bell, físico y médico norteamericano de origen escocés, como lo dice cualquier diccionario! Noble invento de la era, para el año de 1876 lanzó el teléfono al mundo y le conocemos a causa de tantos monumentos públicos que ya forman parte de cualquier escenografía citadina, lo mismo que estos artefactos perfeccionados a medida que pasa el tiempo, sofisticados en múltiples casos, señor Gómez. Graham Bell reencarnado en aquellos objetos, de diseño prudente, como el que sostiene, ahora con la mano izquierda, ese par de nalguitas que imagino suaves debajo del pantalón femenino, que cuando cambia de postura se apetece más y trato de adivinar el asunto de su conversación, lo mismo que la gorda que ahora termina de secarse los gordos muslos seguramente averiados por las várices.

El cincuentón se retira de la fila. Tras de mí debe de haber más recién llegados que no tienen idea del tiempo que llevamos aquí los demás. ¿Veinte minutos? Fíjese usted que yo recién vengo de otra fila de gente, cuadras atrás, donde pasé por lo menos cuarenta minutos en espera de que se desocupara el invento del señor Graham Bell; pero no fue posible, porque usted debe suponer que allá sucedió algo similar a lo que yo le cuento: una mujer igual, o de algunos años más, conversaba minuto a minuto, depositando otra moneda después de cada grabación metida en la conversación amena para interrumpir: tiempo concluido, si quiere usted seguir llamando, deposite otra moneda por la ranura de este teléfono, muchas gracias (mujer que acudió al teléfono provista de suficientes monedas). Y yo me cansé, señor Graham, se me acabó la tolerancia y preferí acudir a esta hilera de ciudadanos que ahora no estamos en casa por múltiples razones, ni en una oficina donde tengamos un teléfono a la mano para llamar, tal vez de urgencia, como yo

considero que es mi caso, pero tal vez los demás están urgidos por comunicarse con el ser querido, los bomberos, la Cruz Roja más cercana, amnistía internacional, o larga distancia por clave *lada*, de-persona-a-persona, para decir que tienen a la madre agonizante, desangrándose en la tina, con las venas cortadas por una hoja de afeitar, o para vernos en la noche, amada mía, a la entrada del cine, media naranja mía, mujer de todas mis aspiraciones amorosas, para darte tus besitos y pasarte las manos por donde ya sabes, eros de la sala oscura.

En anteriores hileras sucedió igual, míster Graham: la mujer que gastaba litros de saliva que acudían presurosos a introducirse por la bocina, tramontar los delgados cables del sistema, hasta llegar a los oídos que la escuchaban en otra parte y le daban acuse de recibo y prolongaban el emocionante momento de la conversación telefónica.

También lo intenté, mucho antes de llegar a esta nueva hilera de gente, en otros aparatos instalados en otra parte; pero estaban averiados, míster Gómez, ¡qué falta de conciencia ciudadana! ¡Qué poca madre! digo yo, porque les debe escasear a todos aquellos que destruyen los teléfonos públicos en actos calificados por los periódicos como vandalismo a ultranza. ¡Qué ocultos y misteriosos deseos satisfizo —es un decir— quien arrancó el auricular completo y dejó al teléfono huérfano de comunicación? ¡Cuál fue la ganancia de aquel otro que rompió el disco perforado? O los aparatos que inexplicablemente permanecen sin el mantenimiento de la compañía de teléfonos, desbordantes de monedas, obstaculizada la ranura, abierta la caja, aplastados, hechos acordeón. Y tanta gente que tal vez quiere, necesita, le es imperioso llamar a alguien en alguna parte de la ciudad y no lo puede hacer... por múltiples razones, señor Graham.

Regreso al pantalón de azul intenso que separa las nalguitas de la conversadora, cintura breve también, alcanzo a contemplar la forma de sus pechos veinteañeros y adivino la altura de su cuello oculto por los cabellos delgados. No la escucho, pero la señora gorda estará escuchando los pormenores de una conversación interminable, sin duda amena, que no le deja el aparato para llamar... ¿a quién puede llamar y para qué? Yo debo suponer que también los gordos tienen quien les escuche, tienen a quién dirigirse a través de los misterios del aparato que revolucionó a la humanidad. Y yo me sigo aproximando a la muchacha, porque ahora, señor Gómez, en este momento contamos con un nuevo desertor en la fila: es la mujer que arrulla a un niño llorón. Botana del episodio, porque todos volvemos los ojos hacia ella y la contemplamos en apuros: se desabotona la parte superior del vestido y brota un seno enorme, una ubre de mujer en temporada de amamantar a un bebé llorón que aúlla y se desgañita en busca del pezón como gotero, donde se ve la salida de gotitas del alimento vital.

Chup chup. El individuo que me antecede la auxilia en aquella tierna faena oprimiéndole el pecho, pero ella se resiste, cosa rara, el otro se muestra solícito, como debe ser, insiste en esa forma de ayuda ciudadana, el cooperativismo, escucho que le dice permítame, no es ninguna molestia, y ella que gira para evitar al tipo y él que ya tiene una mano sosteniéndole la ubre completa y el niño a punto de caérsele de los brazos, hasta que finalmente la cordura triunfa: la mujer se aleja pidiendo el auxilio de la policía, pero he aquí: un oficial indiferente la contempla sin hacer caso, ocupado como está mirándole las piernas a una mujer que se mide unos zapatos en una zapatería.

Pero ganamos un lugar, señor Gómez, el individuo desiste de ayudar a la mujer en su tarea de amamantar al niño y vuelve

a la fila, justo delante de mí, y vuelve a sonar las monedas, y la mujer se aleja dando grandes zancadas y sosteniendo a durísimas penas al bebé que estuvo a un tris de caer a la banqueta.

La mujer gorda continúa en espera de su turno, llora en silencio la pobre, cubriéndose la cara con ambas manos y ahora vemos cómo ruedan los lagrimones entre gemiqueos de rata; hipa, está sentada sobre sus piernas y el charquito de orines. La joven ha continuado con lo suyo, ¡Y viera usted qué felicidad! Ahora escucho: no pudo asistir a la fiesta, anduvo de compras y ya vemos todos cómo están los almacenes y los precios, y todos nos imaginamos lo difícil de una elección entre los modelos de la revista de figurines y la ropa que usa la actriz de la telenovela; ay mana, le dice que se figurara nada más lo que sintió cuando miró pasar a Toña del brazo de *otra*; era otra, una mujer mala, seguramente una prostituta, una mujer fácil, de ésas que abundan, mana, de las que se entregan al primero que les lanza un piropo...

Y ahora se despide, señor Gómez. ¡Se despide! ¡Le dice adiós a la bocina! ¡Le dice que no deje de llamarla mañana, para que puedan platicar otro ratito, ya con más calma, con más confianza porque, le dice, señor Gómez, aquí hay mucha gente entrometida, mana, aquí detras de ella, ya que ya ve cómo es la gente extraña! ¡Pero se va, señor Gómez! ¡Se retira del iteléfono!

Es el turno de la gorda. Su gorda mano súbita alcanzó el auricular y súbitamente se lo puso en la cara gorda. Introdujo una monedita. Marcó de prisa. Repite la acción: coge la bocina-auricular, introduce otra moneda. Otra moneda. Vuelve a marcar. Repite la misma acción. Golpea la caja del teléfono con ese gesto de ayudar a una moneda a que descienda cuando otra se ha quedado atorada. Golpea. Golpea más fuerte. Blasfema la gorda. Nos angustia. Nos inquieta a los demás que estamos

detrás de ella. Nos volteamos a ver unos a otros. Levantamiento de hombros. Muecas de *qué pasará*. Ojos muy abiertos. Expectación, señor Gómez. La gorda golpea con todas sus fuerzas gordas el aparato. Arranca de cuajo el auricular-bocina. Lo azota sobre la banqueta. Vemos cómo botan por allá y por allá trocitos de teléfono, trocitos negros, piezas de aluminio. La gorda mastica pedacitos de cable. Cara de monstruo. Le da zapatazos al resto de lo que apenas hace un rato era un aparato para llamar. Ahora se desgarran las ropas. Hay mucha carne gorda al viento, señor Gómez. La gente se arremolina. El policía no atina a comprender. Nadie sabe. Escuchamos un alarido abominable salido de esa boca gorda y fea. Algunos más desertan de la fila. Otros se aproximan al artefacto para descargar alguna furia, puntapiés, golpes rotundos...

Ay, señor Gómez, la humanidad es algo complicado. Ya tendremos ocasión para comentar el asunto.

Historia de un jorobadito en la ciudad capital (y lo que más pasó)

...y ello me divirtió a punto tal que no pude menos de pasar el brazo por encima de la mesa y darle dos palmadas amistosas en la giba.

Quedóse el contrahecho mirándome gravemente un instante; luego lo pensó mejor, y sonriendo, agregó: —¡Que le aproveche, caballero, porque a mí no me ha dado ninguna suerte!

ROBERTO ARLT en *El jorobadito*

ÉL SE RECUERDA RECORDANDO mientras pronunciaba una cuenta regresiva. Cien. No podía quejarse de la vida: antes de que el sueño le venciera, como entonces, mientras estaba en esa cama de quirófano, y después de haber sorteado los peligros de la gran ciudad, encontraba un rincón en el cual acurrucarse.

Y recuerda un rincón a veces pestilente, húmedo y oscuro; de aquellos que el crecimiento urbano va dejando para el depósito de la basura y la crianza de ratas de bigotes largos y mordiditas leves cuyos pesuños dejan, como le deja-

ban a él, manchas amarillas e hileras al rojo vivo en la cara llena de paño, granos y otras huellas del vivir difícil. Rincones donde suele caer el rocío de la madrugada y las arañas tejen el sutil ideal del abandono, donde el viento de la noche deposita polvo y desperdicios.

Rincones como aquel rincón donde, casi siempre, los borrachos y la gente desconsiderada escupían y orinaban... escondite perfecto donde las parejas se hacían el amor encima de todo lo que le cubría a él que ahí roncaba la fatiga, envuelto en el sopor de los sueños fantasiosos. Rincón, al fin, donde él amanecía como una basurita más, pero lleno de vida, revoloteándole las moscas, entre lodo y latas abolladas, periódicos viejos y las consabidas cucarachas.

Nunca se iba al mundo de los sueños con el estómago vacío. Su peregrinar cotidiano por los basureros, las cloacas, los corralones donde encerraban autobuses, los mercados más antiguos, consistía en buscar aquellas cosas que unos dan por inútiles y otros, como él, vuelven a darles utilidad convirtiéndose aquello en una transformación interminable de materias que pasan de un uso a otro más y un uso más hasta el infinito. Y él encontraba, en ese trájín, el alimento. Y recuerda que eso fue hasta que se encontró con un amigo...

Era el vagabundo más triste de la ciudad capital. El último recuerdo que él tenía de su cara estaba muy atrás, cuando se miró en un espejo que su nariz rompió en pedazos que se le incrustaron en la frente, las mejillas, y uno que dejó vacía la cuenca del ojo izquierdo. Entonces había pensado en los siete años de mala suerte que suceden al rompimiento de un espejo: el que por última vez reprodujo los rasgos de su antigua personalidad. Desde entonces rehusaba mirar su propia imagen, la que conservó hasta el cambio.

Pero volvamos a su transitar entre vehículos de motores ruidosos cuyos ocupantes acentuaban las diferencias del hombre. Le gritaban, para humillarle:

—¡A un lado, imbécil!

—¿Qué no ves, estorbo?

—¡Lárgate a caminar a otra parte! —y le sonaban las bocinas en ruidos que alcanzaban a herir lo más recóndito de su ser humillado.

—¡Vete a dar lástima a otra parte!

—¡Sácate, desgraciado!

—¡Largo, pinche jorobado!

Jorobado: la palabra que había escuchado durante toda su vida, pronunciada en todos los tonos por miles de bocas injuriosas. Vocablo maldito. Referencia de fealdad. Hubiera sido mejor nacer tullido; o, ya en la vida (ésa de la que no se queja, a pesar de todo), haber perdido un pie o una mano. Pero él no; él nació jorobado y ese vocablo se refiere a un ser abominable, peor que un criminal, porque hasta los criminales pueden confundirse entre la multitud y pasar por ciudadanos ajenos a todo fenómeno; y él, con su enorme giba en la espalda, como una maldición boluda que se tiene que cargar toda la vida igual que una víscera indiscreta.

Y se recuerda recordando que nació sietemesino. Lo incubaron. A duras penas logró sortear a una muerte que devoraba recién nacidos jorobados. Y recuerda que recordaba que al cabo de algunos meses, durante los cuales no tuvo el privilegio de mamar de ningún seno, porque lo alimentaron con biberones, pezones artificiales de un plástico de sabor amargo, le echaron a la calle. Ahí, siempre ahí, padrote del asfalto y los rincones, supo que tenía un nombre que ya no recuerda. Ahí creció entre menesterosos que se alimentaban de sobras cuyas

sobras le daban para que se alimentara. Inútil para las actividades normales. Torpe. Motivo de un mazacote de risa, burla y conmiseración. Hijo de la caridad, cuando los habitantes de una urbe como la suya se acuerdan de que hay otro abajo, siempre abajo y más abajo. Y fue creciendo sin escuela junto con su iletrada joroba; a medio vestir los dos: él y ella sucios, parche de un color sobre la tela de otro color y tirillas de tela, maraña de hilos, residuos de prendas para encubrir ya no las vergüenzas, sino las inclemencias de la atmósfera. Tragándose la ira y la revancha.

Sólo obtuvo un empleo. ¿En qué negocio próspero puede haber un jorobado? (Y en la ciudad la vida vive de negocios prósperos y negocios de negocios). Y él procuró desempeñar todos los oficios o cualquiera; pero en ninguno fue aceptado: como que la ciudad no tiene sitio para los ciudadanos contrahechos. Entonces optó por añadirse a las filas de los vagabundos.

Los vagabundos, en todas partes, integran una población aparte de la población propiamente dicha. Les llaman parásitos sociales, porque no son parte del engranaje de la productividad ni forman parte de ningún negocio. Son como la mitad de un ser humano, o como la cuarta parte, y les fraccionan sus derechos y sus obligaciones. Viven donde pueden y parece ser que nunca se terminan. Errores de Dios. En ocasiones algún ciudadano de noble corazón se apiada de ellos y les da limosna, las migajas de la mesa, la ropa usada, los tiliches o, como en el caso de este jorobado, los meten de relleno, a manera de experimento, en algún asunto.

Y así fue que un ciudadano quiso poner a prueba su vocación caritativa; no sin pensarlo a causa de que la gente, la malhablada gente, fuese a burlarse, a criticar; y decidió emplear al jorobado en su negocio de cristalería; labor sencilla: trasla-

dar de un lado para otro los cristales cuadrados, rectangulares, triangulares y poligonales; los espejos de fantasía, enmarcados en metal y en madera que se vendían ahí, y sacudir, limpiar, barrer el establecimiento. El jorobadito lo hizo bien durante los primeros cinco días, pero al sexto, a causa de un mal paso, crash, tropezó cuando cargaba un hermoso espejo de artificiosos efectos de pátina... Y entonces perdió el ojo izquierdo. ¡Estaba dicho que los seres deformes no sirven para el trabajo!

Jorobado. Y tuerto. Más humillado que antes, como bastón defectuoso, volvió a vagabundear. Pasó por otra etapa de caídas, siempre y cada vez más ruines, comiendo una vez un día y otro comiendo a medias; peregrinando, solo o en compañía de otros solitarios ruinosos: cojos, enanos, deformes, bufones miserables en la ciudad industrial en punto del progreso. ¿Y de quién más se puede ser amigo cuando se es jorobado? Prostitutas y rateros. Y solicitando limosnas y recibiendo insultos, muecas de asco arrojadas a la cara como si se tratara de escupitajos; escuchando imprecaciones y maledicciones:

—¡Vete a ensuciar a otra parte!

—¡Yo no mantengo a vagos!

—¡Lárgate, pinche jorobado!

Jorobado: palabra que se le metía como un aullido de sien a sien.

Hasta que apareció la oportunidad única en su vida. Y él se recuerda recostado, recordando que por aquel tiempo, que buscando andaba el sustento y sin darse cuenta, caminó frente a la casa de un experimentador científico. El hombre estaba inmerso en una hipótesis que le había llevado muchos años elaborar: mediante una operación ideada por él, un jorobado podía dejar de serlo. Por supuesto que el paciente —¿o será mejor llamarle *conejillo de indias*?— debería someterse a un

entrenamiento exhaustivo, una preparación de varios meses, con una dieta especial, inyecciones de hormonas masculinas, silicones, sustancias químicas sofisticadas y bajo rigurosa vigilancia. Así que, al paso del corcovado, el científico sintió el soplo de la fortuna. Brillaron sus ojos, sus dedos se crisparon y fue en pos del contrahecho.

El contrahecho se quedó pasmado: era la primera vez que alguien se aproximaba a él con entusiasmo, sin proferir necesidades; más bien rodeado de aquellos chispazos que rodean a todo seductor. “Vendrá a tocarme la joroba”, pensó.

—¿Viene por lo de la suerte? —dijo.

—¡El hecho de que aparecieras ya se lo debo a la suerte! —dijo el otro. Y no le significó dificultad alguna convencer al jorobado de los beneficios del tratamiento: ambos ganarían, de resultar satisfactoria la operación. En todo caso, el jorobado ya estaba cansado de vivir rutinas, sin quejarse de ellas; pero le importaba poco morir o seguir viviendo; cuando la muerte llega, llega; además, resultara o no comprobable la hipótesis, favorable o no, él viviría, durante los meses que llevara el tratamiento, como nunca había vivido durante todos los años de su vida.

Y así fue. Él renunció a sus lamentables pertenencias, que dejó arrumbadas, para otro, en aquel rincón húmedo, oscuro y pestilente. A cambio pasó a ser huésped insólito en un caserón donde cambió todas las circunstancias anteriores. Volvió a saber de una cama, de alimentos para seres humanos, de calor de hogar y todo. Recobró el don de las charlas de sobremesa ante un hombre que no parecía pertenecer a una ciudad como aquella, y quien cuidó de proporcionarle los mejores meses de su vida, hasta que llegó el gran momento.

Recuerda los preparativos. El quirófano profusamente iluminado. El instrumental dispuesto. Muebles blancos. Charo-

las con algodón y gasas. Olor etílico. El aspecto de hospital de la casona improvisada como hospital. El científico, de bata quirúrgica, guantes de goma, cubrebocas, indicándole con gran paciencia que se reclinara de esta forma, *no te preocupes, relájate, voy a iniciar la mejor intervención de toda mi carrera y lo primero que estoy haciendo es aplicarte una solución en forma intravenosa para que no sientas ningún dolor*. Que dijera los números en orden inverso a lo ordinario comenzando por el cien.

Cien. Él bocabajo y las hormigas que se le paseaban por la joroba. Noventa. Y a medida que la cuenta regresiva transcurría eran menos hormigas. Ochenta y seis, hasta que dejaron de recorrerle la protuberancia y él estaba mirando hacia la zona de sus recuerdos, ochenta y cinco, por donde vio pasar su nombre, los rostros de su infancia que le sonreían burlones, ochenta y cuatro, un rosario de rechazos, y la voz del cirujano todo-va-bien-perfecto, ochenta y tres y ya no eran hormigas, sino palomas diminutas que sobrevolaban desde la giba hasta las entrañas complicadas, ochenta y dos y cómo se le empezaron a llenar las entrañas de odios ácidos, ochenta y uno y las entrañas que habían recobrado las funciones normales, ochenta y después ya era él inundado de luz, iluminado como un mediodía y ya no supo más.

El cirujano, sorprendido, extrajo un ser bañado de viscosidades. Con gran esmero cortó algo como un cordón umbilical que lo unía con el jorobado que yacía contemplando en el recuerdo su propio nacimiento. Y el cirujano cogió por los pies al bebé jorobado y le dio cariñosas palmaditas para sacarle el primer llanto. Y el contrahechito lloró como cualquier bebé que nace.

Y él se recuerda mientras abría los ojos dificultosamente y contemplaba la repetición de su propio parto, su propio

cuerpo niño sanguinolento que sostenía un cirujano de bata salpicada, guantes bañados en sangre que le decía:

—Por más que se le busque, un jorobado no es más que un jorobado.

Buenos días, amiguitos

ÉL COMENZÓ DICRIENDO que buenos días, hagan sus llamadas y esas cosas. Su voz exhortativa llamen, comuníquense y participen. Algo difícil encarnar la ternura, flexibilizar la voz, infantilizarse; pero él sabía por años de andar en el oficio. Y buenos días, ring ring, los aparatos y la voz melosa, desde acá, y la vocesita niña buenos días, me llamo Federico, Pedro y Pablo, Marisita y Paula, y le decían un poema y le cantaban un pedazo de canción y él sonriente buenos días, Paulita, *¿ya te diste un baño?*, *¿ya desayunaste tu chocolatote marca pulverizada?*, *¿qué grado cursas?*, y ellos solían cursar el sexto.

Pero los había de quinto grado, ocasionales de tres años de edad que masticaban yo me llamo ñañeña o mallalleña o masticaban, cronch, o enjugaban, snif, y nada le decían. O los que lloraban desde allá, del otro lado del teléfono que por acá, ring ring y buenos días, *¿de qué lugar nos llamas?*, *¿colonia y domicilio?* Y los papás eran de clase media, trabajaban en alguna dependencia del estado, la mamá era *muy* buena, como todas, y nos quieren mucho, señor, y tengo una hermanita y por ahí viene el hermanín, según dicen y voy a cantar, a reci-

tar, a tocar la flauta, y las imitaciones eran buenas: gorila en celo, gato de angora, siamés en primavera, ferrocarril del Pacífico: *tú tú*, cacomixtle que se muere, chichicuilote en ayunas, perro tullido... *un elefante se columpiaba sobre la tela de una araña ña ña ña ña ña ña.*

En la cabina de transmisiones no escucharon el sonido de un balazo. BANG. Algún vecino reparó en aquello que podría representarse como BANG, ¡BANG!, fuerte. Los perros de la cuadra soltaron sus ladridos. La gente madrugadora nunca falta, y esa mañana fría, de recientes heladas, la que suele acudir en busca de la leche bronca se detuvo un instante y dirigió los oídos y la vista hacia el lugar del que podría provenir aquel sonido. Las noches anteriores hubo fiesta en el pueblo más cercano, el de ahí nada más pasando los terrenos baldíos, donde la cúpula color ladrillo y las torres campanarias. El señor de la leche incluso bajó de su camioneta, hizo el comentario: eso debe de haber sido un balazo y no se preocupe, le dijo una vecina madrugadora, en aquel pueblo son muy fiesteros, lo festejan *todo*, pareciera que se adueñaron de todo el santoral, del calendario de Galván que es una joya, lanzan cohetes, luces de bengala.

Pero acá está la ciudad, aquello es otra cosa. Las vecinas habrían retornado al acto rutinario de comprar la leche, sus vasijas en la mano, las más viejas cubriéndose la mitad de la cara con rebozos extemporáneos y anacrónicos, como los pocos ciclistas que a esa hora se dirigen a sus labores. Y por fin ¿qué fue? ¿Qué fue qué? ¿Cohete o disparo? Y no es motivo de asombro, convenían, pues ahí ya pocos asuntos asombraban. La leche cada día más cara y más escasa, la especulación, ya sabe usted, y los demás artículos de primera necesidad, como los llaman, ya no se pueden conseguir ni de milagro. Por aquí se dan los choques a toda hora, en especial durante las *horas*

pico. Así las llaman, ¿no? Automóviles destrozados en un abrir y cerrar de ojos, pleitos, mentadas de madre a pasto, asaltos, por lo mismo de la situación, ya sabe usted, todos andamos a la desesperada y al punto de que nos lleve la fregada. ¿Qué nos puede asombrar a estas alturas?

Y él, desde la cabina, les decía que no se vayan, dentro de un ratito volvemos con ustedes porque vamos a unos anuncios comerciales. Y desfilaban las marcas por los oídos madrugadores, chocolate de tal cosa que es el más fino y el mejor, que pastelillos de aquello, los más higiénicos, que papitas que hacen cronch, las más baratas, las golosinas más chingonas y refrescos de pulpa de frutas que no tienen gas, y el disco del grupo de los chamos, o algo así, con la música que a ti te gusta, y dile a tu papi que te lleve a Liverpool para la compra de tus útiles escolares. Eso y muchas cosas más, hasta que regresaban a las llamadas, estamos *al aire*, decía él, ¿cómo te llamas? Otros Pablitos, María Eulalia y María Eugenia y María Cristina y a mí me dicen la Yuyis y te lo seguirán diciendo aun cuando llegues a la edad sagrada de las ilusiones, las quince primaveras. ¿Ya te vas a la escuela? Al ratito. Y recuerden que el futuro es de ustedes, ustedes son el futuro de esta bellísima ciudad.

Alguna gente señalaba hacia alguna de aquellas casas. Ahí se oyó más fuerte. Era balazo. ¿Qué puede suceder tan temprano? Otras estaciones de radio, en una mezcolanza de intenciones que impide concentrarse en una sola, música ranchera, música cas-ca-be-le-ra, el auto del hombre moderno y la *boutique* que piensa en la mujer moderna, lo mejor de la música tropical, la hora de las noticias, el bombardeo de ayer, el nuevo golpe de estado en América del Sur, la guerra del petróleo, el Secretario que le dice al país ya salimos de la crisis, lo peor ya pasó, ahora debemos prepararnos para administrar la abun-

dancia, pero Estados Unidos no permitirá la entrada del comunismo a sus áreas estratégicas, donde sus países hermanos ya no saben qué hacer con las revueltas internas.

Magdalena. Así se llamaba. ¿Cuántos años tenía? Yo tengo siete y mi hermanito está por cumplir los tres. Ellos eran participantes y participadores. Buenos días a la voz de procedencia desconocida, sin cara, tal vez algo más grave y metálica, barítona, muy ensayada para promover candores de una infancia establecida. Todos los niños prefieren la programación vespertina del canal de las familias. Pero ellos respondían me llamo Federico, Pedro y Pablo, Marisita y Paula, y estoy de vacaciones, anduve por Acapulco, yo por Zihuatanejo, sufro y padezco en cada examen, me rompió la cara mi compañerito de grupo y el hermanín llegará en febrero.

Y las mujeres relataban los pormenores: la escopeta estaba cargada. Esas balas que el Diablo pone en la recámara. Estaba al alcance de los niños. Los niños estaban solos. Y el más pequeño, ¿Pablito?, ¿Miguelito?, la descolgó de la pared y con ella en ristre se fue a perseguir a la hermanita. A mí me dicen la Chiquis, de cariño, pero mi nombre es Maritza, o es Ivonne, qué lindo nombre. Nadie lo había notado. La irrupción de los vecinos empezó a levantar gritos mañaneros que se fueron a confundir con el sonido de los autos al calentar los motores. El inicio de un nuevo día. El pregón de algunos diarios. El vehículo de los tamales. Las señoras que iban por el pan, a ver si no ya lo volvieron a subir, los autobuses urbanos, muy repletos a esa hora, con sus escapes que también empiezan a sofocar el aire, la pura contaminación, doña Mercedes, ¿así les vamos a dejar el mundo a nuestros hijos?

Encontraron a la pequeña tirada sobre un sillón de la sala, el estómago despedazado, la inocente, y el hermanito no com-

prendía de qué se trataba; a los primeros que decidieron entrar les apuntó con la escopeta, marca Remington, calibre no sé cuánto, creen que hizo algunos disparos más, pero ya no había balas. Y luego se la quitaron. El sonido de las ambulancias se abrió paso entre los ruidos del despertar y muchos curiosos llegaron para estirar los pescuezos procurando constatar lo que había sucedido.

Y buenos días, amiguitos, y sin fallar estaban los teléfonos de la cabina, ring ring, a uno y otro lados y la voz artificial electrificada chocaba de frente con una pared, con un cristal y con la otra pared tapizada con materiales especiales y más allá no era muy clara y una interferencia y un zumbido y el teléfono que hacía ring ring y la voz de buenos días, amiguitos.

Sucedió en un “Vallejo-Hospitales”

SÓLO LLEVA UNA MONEDA DE A PESO. Es un mediodía envuelto en un calor insoportable. Va cargada de cosas: dos enormes tomos lujosamente editados de *Historia del arte*; con el brazo izquierdo sostiene un portafolio en el que lleva sus elementos de trabajo: muestrarios, catálogos de libros, listas de precios, remisiones. Ya ni se arregla el pelo, cada vez más revuelto. Piensa que se le hace tarde para llegar a la cita con la persona que le ha asegurado esa compra: los dos libros, y ella recuerda satisfecha que una vez dijo: “También gracias a la cultura comemos mis hijos y yo”. Recuerda que esa misma persona le ha asegurado un empleo con mejor salario y comodidades. Su actual trabajo como vendedora la hace abordar hasta quince camiones al día, aparte de que la obliga a caminar muchas cuerdas. En la mano derecha sostiene su bolsa, grande e igualmente cargada de cachivaches, tales como: peine, cepillo, lápiz labial, canicas, pañuelos, espejo y la moneda de a peso que en este momento, con dificultad, extrae para pagar el importe de su pasaje. Certifica mirando la maraña de sus propios cabellos: *Vallejo-Hospitales Vía San Juan*.

Ella es joven y esbelta. El chofer parece un sapo. Ella tiene una pierna en el estribo y la otra en el asfalto. El chofer le mira sus pantaletas azules con olanes. Ella, haciendo esfuerzos increíbles, logra abordar. El chofer, distraídamente, recibe la moneda y a cambio entrega un montoncito de cuatro monedas: dos de a veinte centavos y dos de a cinco. Ella piensa —tratando de caminar entre los pasajeros que se encuentran a la entrada del autobús, suplicando permiso, apretujadamente— que es el importe justo del siguiente camión que abordará.

—Con permiso, por favor. Con permiso. Disculpe.

Es casi imposible dar un paso. Los dos volúmenes de *Historia del arte* amenazan con desprenderse del antebrazo izquierdo, ella los oprime hasta que su seno izquierdo pierde su volumen, y parte por el dolor y parte porque el portafolio está por caérsele, evita presionar más. Suda. Piensa: “Le diré: mire, señor, mire, necesito dinero, necesito trabajo, mire”. La ropa se le pega. “No exijo mucho dinero señor, mire”. Con un movimiento recatado logra restirarse el suéter hacia las caderas. Siente entre las comisuras de la mano derecha la humedad fría que ha dejado el sudor, el boleto se le pega. “Con permiso —repíte— con permisito”. Ve como manchones a las demás personas que, junto con ella, se apretujan en el reducido espacio que permite el acceso al interior del autobús. Imposible dar un paso sin pisar a alguien. Huele mal. Es un hornito crematorio. Van a un campo de concentración. Con permiso y nadie hace lo posible por mantener un orden dentro del camión. Las mujeres viejas, sobre todo, y los ancianos, se repliegan hacia la puerta de bajada, como si todos quisieran viajar junto a ella. “Sólo nos falta el almíbar”, dice alguien con sorna. “Necesito ganar lo justo para mantener a mis hijines —piensa—, tengo cuatro chiquilines, mire”. A cada nuevo cam-

bio de velocidades, los pasajeros que viajan de pie se mecen hasta casi caerse. Entonces los apretujones aumentan. La inercia reina. Con permiso. Perdón. Fíjese, buey. Ay.

Una moneda se le ha desprendido, precisamente cuando intentaba guardarla en su bolso de mano. La moneda tintinea al caer y se escucha cómo va rodando entre los muchos, para ella miles, pares de zapatos de ambos sexos, de todos los estilos y todos los tamaños que se apoyan o tratan de fijarse firmemente sobre el piso polvoso y sucio del autobús. También es imposible para todos mantener un equilibrio permanente. Los meneos que provocan los constantes para-y-sigue del camión obligan a todos a asegurarse de los pasamanos, los respaldos, los hombros y las cabezas de las demás personas. Maldicen hacia la cara de sapo que se asoma por el espejo retrovisor. “Se lo voy a agradecer mucho, señor”. Hay quienes simplemente se amoldan entre los demás cuerpos, pues eso significa que viajarán apoyados. El olor-hedor. Sudor, pies, pedos, bocas y axilas malolientes que piden permiso y disculpas por el más reciente empujón o pisotón. Órale.

Varios pasajeros más notaron que la moneda rodaba de canto por el piso. Notaron el esfuerzo de ella para despojarse de su carga y recogerla; ellos mismos se vieron en la imposibilidad de hacerlo. Un hombre gordo vio llegar la pieza metálica hasta su zapato derecho, la vio dar varias volteretas hasta antes de quedar como aplanada a propósito contra el piso del vehículo, pero no hizo, ni quiso hacer el más leve intento de recogerla.

—¿Quiere usted recogérmela, por favor? —dice ella entre una sonrisa y un sonrojote tímidos que escucharon y vieron los demás pasajeros.

El tipo ni se mueve, parece no darse por enterado, despliega un diario y hace como que lee. Quienes quisieran recogerla, se

encuentran inmóviles entre pechos y hombros y brazos que tratan de apoyarse o asirse de cualquier cosa. Un nuevo arranque hace que ella pretenda olvidar la moneda. Pero no puede: sin esa cantidad, el siguiente pasaje del siguiente autobús que abordará en seguida quedaría incompleto, lo que la obligaría a caminar muchísimas cuabras. Pero también llegaría más tarde a la cita, lo cual, además de hacerle perder esa espléndida venta que le dará el diez por ciento de ganancia, también le hará perder el mejor empleo prometido y las mejores condiciones de vida. Por sobre el hombro de alguien se asoma al reloj de alguien más y ensaya un gesto nuevo. Un ciego, al fondo, toca el acordeón. Ella piensa con cólera: “¿No existirá la gente acomodada?” y busca. Piensa en la posibilidad de olvidar la moneda y solicitar a la benevolencia pública veinte centavos para hacer el siguiente trayecto: *¿Me regala un veinte? ¿Podría obsequiarme un veinte? ¿Sería tan amable y gentil como para donarme veinte centavos? ¡Horror!*, pero el solo pensamiento le hace brotar un sonrojo más acentuado que la hace aparecer de mejillas púrpuras y brillosas. Insegura. Sudorosa. Quiere, quisiera llorar, esconder la cara entre las manos. A fuerza de empellones se aproxima a la moneda. El hombre gordo, en un movimiento distraído, o intencionalmente, la empuja hacia abajo de uno de los asientos, donde otro hombre, muy guapo, la ve llegar hasta una de sus suelas, pero tampoco hace el intento de recogerla.

—¿Quiere usted recogérmela, por favor? —dice ella dulcemente, considerando obvio decirle: recoja usted esa moneda que está junto a su suela y démela, en primera porque es mía, a mí se me cayó, en segunda porque, como usted ve, estoy imposibilitada para recogerla yo misma, pues tengo ambas manos ocupadas, vaya, ni siquiera puedo agacharme entre tanta gente que viaja en este mismo incómodo indecente autobús; usted

tiene ambas manos libres, está cómodamente sentado, es joven y bien parecido, le espera un porvenir a toda madre, y bien pudiera —a menos que esté paralítico— recogerla y dármela... El adonis vuelve la cara hacia la ventanilla para mirar a una muchacha que pasa por la calle contoneándose coquetísimamente y no se da por enterado. Hay nuevos jalones, nuevos apretujones. El ciego del acordeón interpreta “In-a-gadda-da-vida”. Algunas personas se divierten a costa de la embarazosa situación de la mujer, nadie se mueve para levantarle su moneda. Disculpe. Con permiso.

Un individuo joven, prieto, peralvillo puro de copete envaselinado, se coloca detrás de ella, aproxima su cuerpo hasta lograr el ensamble. Siente sus caderas tibias, sudorosas, untuosas, empuja su muslo derecho hacia uno de los de ella, baja una mano hasta rozar sus senos, después su vientre, después más abajo del vientre de ella que más se sonroja y más se enoja y que voltea molestísima y le dice majadero, plebe, que le dice cochino, degenerado, pelangoche, suélteme desgraciado, y él que tampoco se da por enterado.

En una esquina, frente a un semáforo en rojo, el camión adquiere inmovilidad momentánea, misma que los pasajeros aprovechan para ponerse cómodos y misma que ella aprovecha para reintentar recoger la imperiosa moneda de veinte centavos. A duras penas, a nuevos apretujones y compermisos y disculpas y el tentaleo insistente del fulano (quien se encuentra literalmente haciéndole el amor sobre la sudorosa ropa, jadeante, que se viene, que se mueve obscenamente, la ha sostenido de ambos hombros sin que ella pueda evitarlo, ni nadie más de los que contemplan la escena) ella logra agacharse casi lo suficiente para recoger la moneda. Sólo le resta estirar el brazo y ya. Pero toma conciencia del problema que su carga-

mento significa. No puede soltar ni el portafolio ni su bolsa ni los dos tomos de *Historia del arte* porque dónde los pone. Repega su carga al cuerpo. El individuo repega su cuerpo al cuerpo. Uno de los dos tomos se le desprende y queda sostenido entre las piernas de otro individuo que las abre para que el libro termine de caer al piso. El arranque se siente más fuerte que los anteriores y ella está a punto de perder el equilibrio y caer, cosa que la obliga a soltar el portafolio para sostenerse de la entrepierna de un individuo más que la mira y le responde después de que ella le dice perdón, no tenga cuidado, riéndose. Una mujer que no es ella, sin enterarse tampoco, ha puesto su pie izquierdo sobre la moneda. Ella, con renovados esfuerzos, termina de sujetar el libro, el portafolio y localiza la moneda. A muchas más duras penas se reincorpora, sujetando más fuertemente su cargamento. Los pasajeros que siguen descendiendo, y los que ascienden en cada esquina, la obligan a recorrerse casi hasta la puerta posterior del autobús. Tiene un nudo marino en la garganta. Se le desborda el llanto contenido. Encendida de coraje, entre los cuerpos y casi por casualidad, divisa que la esquina en que deberá descender se encuentra próxima. La moneda ha quedado muy lejos de ella. Ahora no sabe, ni remotamente, bajo qué suela o bajo qué asiento del autobús se encontrará. El peralvillense redobla sus manoseos. “Estese quieto, baboso —dice ella—, suélteme, lépero —le grita—, auxilio, ayúdenme, quítenmelo de encima”, dice, grita, suplica, implora y nadie hace el menor intento por detener al individuo, quien ahora tiene los pantalones mojados a la altura de la bragueta. El ciego finaliza su interpretación, es ovacionado y cargando el acordeón con el brazo izquierdo recorre el autobús, se desplaza cual si fuera vidente o más, solicita lo que sea su voluntad y los pasajeros depositan en su mano derecha,

benévolamente, monedas, moneditas, monedotas. Termina su faena y desciende de un salto en una esquina.

Pasan varias calles más velozmente por las ventanillas. El olor y el calor internos se han asentado. Por fin aparece la esquina en la que ella deberá descender. Snif, moquea. Miles de esfuerzos para jalar el cordón que nadie quiere jalar por ella y solicitar así su parada. “Si no les cuesta nada —plic, piensa, snif—, qué desacomodados”.

Desciende. Está a punto de caer pues el chofer sapo no detiene por completo la marcha del camión. “Bajan, señor, aaay”, alcanza a lloriquear. Tiene que correr para recuperar su estabilidad. El cargamento se le quiere caer de nueva cuenta. Logra controlarlo. Tiembla. El pelafustán bajó junto con ella, la revisa, le hace un ademán y se aleja diciéndole, prolongando las vocales:

—Adiós, mamacita, palabra que estás rebuena, me cae.

Y ella que está fúrica, rojísima, temblorosa, al borde del crac.

Ve que el autobús se empieza a alejar mientras una señora, asomándose por una ventanilla, le grita:

—Señorita, aquí está su moneda. !Señoritaai —pero el camión toma velocidad y ella lo ve alejarse y ve que la señora levanta los hombros y se guarda la moneda y el autobús se aleja más y más y ella lo ve y ella piensa y ella llora abiertamente y ella llora mucho más y gemiquea y tiembla de rabia y piensa que pasarán muchas cosas más mientras que llega a su cita.

Érase una vez un hombre que un elevador tomaba

AH, SUSPIRÓ, ah ah, qué bonita mañanita. Parsimoniosamente llegó al edificio más alto de esa calle: nuevo, cuarenta pisos, construcción moderna, hierro, acrílicos y cristales. Miró hacia arriba y, sonriendo con picardía, contempló durante varios minutos el último piso. Como que se le venía encima. Quién fuera golondrina. Hasta que sintió un dolor en el cuello. Estos edificios tan altos parece que se precipitan hacia la acera de enfrente. ¡Uy qué horror!, uno podría quedar sepultado a media calle. Giró varias veces la cabeza manteniendo tensos los músculos del cuello. Hasta que se sintió mejor. Con majestuosidad dio los primeros pasos por el recibidor lustroso. Llegó junto a la puerta gris y después de oprimir con insistencia el botón que se encendió desde el primer contacto de la yema de su dedo índice —bien cortadas uñas, impecable manicura— dejóse ver la flechita roja que apuntaba hacia arriba. En su mente se representó la primera escena que corresponde siempre a un abordaje: las puertas se corren, se corren a ocultar tras la pared, la pared no se mueve no no, la cabina aún no se detiene por completo.

Un operador. Un hombre viene sentado con su cara servil. Tal vez más gente, o mucha, o muchísima que dará la impresión de que la pequeña cabina móvil reventará hacienda plop, cual globo, plop se despanzurrará.

Ah ah. Presintió el primer jalón que siempre le recuerda un despegue hacia la luna, la rueda de la fortuna, ese flotar emocionado mientras se tiene la noción de que se está ascendiendo. Primer piso, segundo, tercero, ojalá que nadie esté a bordo, ojalá que no porque para él hay más emoción, cosmonáutica, cuando el elevador va directo de la planta baja al piso más alto. Ah ah.

Era un octagenario. Gerontolítico viejito. Iba vestido con elegancia gerodandy. Se apoyó con todo el peso sobre su bastón-paraguas. La línea del pantalón, los zapatos despedían estrellas, los puños blanquísimos de la camisa, la corbata con su rubioso nudo. Ah. Y ese rostro ciruelo, rostro de señor, rostro de todo un señor afeitado hasta la pubertad de tan imberbe, tan imberbe, sonriente, amable, respetable señor con cara de chamaquito. Y cual maniquí, volvió ligeramente la cabeza hacia la parte superior del ascensor. 6... 5... cuatro... cuatro... cuatro parpadeaba el numerito y, en él, la proximidad de un nuevo viaje. Esperó con impaciencia hasta que vio encenderse el PB que indicaba: frente a ti se correrán las puertas. PB y pensó en el símbolo químico del plomo. *Plumbum*, pensó, plomo y recordó sus años de estudiante; PB: para abajo planta baja paja blanda y pala blanca... Ante él una puertita fue a esconderse a la izquierda y simultáneamente —como si lo estuviera adivinando— la otra se fue a esconder a la derecha. ¡Maravilloso maravilloso: la cabina viene sin elevadoreños!

—Buenines días —saludó al elevadorista, sonriendo.

—¿A qué piso?

—Conduce tu anacrónico vehículo hacia el cuadragésimo piso —dijo y advirtió—: directo, ¿eh?

Ah ah, qué placer, pensó, cuadragésimo es el que sigue del trigésimo nono, ¿o diez veces cuatro, cuatro veces diez y veinte veces dos? Las manos le sudaban. Dio brinquitos. Sintió el primer impulso al recorrerse las puertas. Latidos bomp bomp. Pulso acelerado. Rojotas las mejillas. Una serpiente de sangre alocada le resaltaba en las venas. Su estómago hueco, la presencia sudorosa del operador y la emoción creciente al sentir que iba ascendiendo vertiginosamente.

—¡Ajustado el cinturón de seguridad! —exclamó mientras ajustaba el de su pantalón. El operador sumió la cabeza entre los hombros, pero no se atrevió a mirar. Él resoplaba. Si la cabina no estuviera recubierta del todo por esa materia opaca, vería pasar cuarenta puertas, cuarenta pisos a una velocidad aún no superada por el cuerpo humano, y hacia arriba, cual si volara, cual si fuese un cohete que despega o un ícaro que se precipita al revés. Raaán, pensó.

—Raaán —dijo.

—¿Cómo dice? —preguntó el operador, atónito.

—Raaán. *Altius, citius, fortius.*

Con las manos simulaba guiar algún vehículo. No existía el elevadorista. El octagenario estaba nuevamente en su mundo. Raaán y de veras iba guiando. El uniformado de botones dorados al pecho se azoró al sentir las travesuras del viejo a sus espaldas, le hacía sudar más dentro de la casaca calurosa, pero ni modo. El *gentilhomme* veía cómo pasaban los números arribita de él como escurridos, apenas perceptibles un instante: cuatro cinco seissieteochonue... ¡Lo que tardaría en ascender hasta un cuadragésimo piso si fuera por su propio impulso!: acarrear su propio peso añejo, subirlo, pasitos

alternados de pierna izquierda, derecha, craqueando los huesos, faltan treintaitantos pisos, derecha, izquierda, qué pesado, puf, qué molesto. En cambio llevaba hasta un señor operador uniformado, enterciopelado, a sus órdenes señor, que sonreía como idiota, le evitaba todo esfuerzo, le dejaba amplitud para manejar él mismo su vehículo inexistente,

—¡Hurra! —exclamó desde la brevedad de un salto. El elevadorista, más nervioso, desabotonando el cuello del uniforme, preguntole:

—Pe-perdón, ¿dijo usted algo? ¿Se siente bien? —Y el viejo ni escuchó, se había sustraído de lo que le rodeaba en aquel pequeño gabinete. Ni notó la mirada soslayante que el operador contenía desde la cara sudorosa y tímida casi oculta entre los hombros. Para el viejo elegante era un modo de realización, un placer morboso ascendente en todos aspectos. Aplaudía. Jadeaba. El elevadorista desabotonaba la casaca y empezaba a molestarse por la inquietud del anciano a sus espaldas. Ahora sí lo miraba, alternadamente con el tablero de botones numerados, ansiando el momento de maniobrar para que la cabina se detuviera en el piso cuarenta. Ya pensaba incluso cambiar de empleo... Por su parte, el viejo dejaba perpetuar ese momento, tanto que estaba inmóvil, estatuario. Si se le hubiera visto se le hubiese visto así: reteniendo la respiración, sudando abundantemente, todo el cuerpo en tensión, la mirada perdida en la prehistoria, concentrando toda su fuerza, su voluntad, su conciencia y su atención en el placer que le producía el viaje. Y por momentos así: sobresaltándose repentinamente sólo para aullar, gritar hurras, vivas y aleluyas entre estertores violentos y recobrar la inmovilidad, también de súbito. Y también así: ojos de chimpancé, cara como de chimpancé, resoplando como chimpancé, tal cual, pero sin pelos.

La cabina ahí iba, veloz, *altius, citius, fortius*. Transcurría el trayecto foliado por los números que ascendían uno a uno, veintiuno, treinta y uno. El octagenario infló su pecho y con los puños se golpeó a una exclamación y un gesto nuevos, plenos de regocijo:

—¡Joy joy joy, y aú! —tarzaneó.

Y lo que había de pasar: llegaron. Momento cumbre. El cuarenta se encendió.

El elevadorista iba sin casaca y la camisa dejaba ver manchas, mapas de sudor que goteaban alcanzando el piso móvil. Pensó: “Al fin”, mientras operaba. Esperó con impaciencia que se abrieran las puertas. Un aire de alivio le recorrió por dentro, cual si le hubiesen indultado frente al mismísimo pelotón de fusilamiento. El número 40 ya estaba fijo, el elevador detenido. Para sorpresa del elevadorista el elevador se detuvo como nunca antes se había detenido. El viejo mantenía su éxtasis, concentrado, hecho flor de loto, remedo yoga. Las puertas inmóviles. Los segundos transcurriendo... pesadamente transcurriendo. Ni un ruidito. Sh. El elevadorista operaba otra vez, nervioso, rápido, violentamente, furiosamente con los puños, con los pies. Ahora rasgaba su camisa que, en tirillas de tela, le dejaba el torso casi al descubierto. Uno a uno los segundos. Uno, otro y otro y otro intento más y el elevador permanecía como una cabina abandonada al tiempo. El viejo estaba sonriendo, sudoroso, inmóvil, silente y ruidoso, inestable, echando baba a babales. No, no podía haberse interrumpido la corriente eléctrica, no. ¿Qué demonios pasa? Si el número cuarenta continuaba encendido. Los segundos se intensificaron. Todo el pecho desnudo del elevadorista palpitó a ritmo de tambor: se le escapaba el corazón a paso redoblado. Chorreaba. Oprimía los controles a toda velocidad. Palanca. Señal

de emergencia. Peligro... y nada. Perdía la fe. Maldecía. El viejo se sostenía en el piso con una sola mano y de cabeza. El elevadorista oprimió el botón de alarma, mas tan fuertemente que el botón se desplomó del tablero, los demás botones numerados y la palanca también cayeron al piso del elevador convirtiéndose aquello en un repiquetear de botones y fierritos saltarines.

—¡A la escotilla de escape!

Tampoco pudo abrirse.

—¡Oiga!, ¿qué no ve que estamos varados? —aulló el operador temblando de angustia. El viejo no escuchó: hacía equilibrios con un solo dedo, el cuerpo del viejo sosteniéndose en el piso sobre un solo dedo, el índice, el de la mano derecha, como un cirquero magistral, y la sonrisa mística, giocondiana. El elevadorista, sofocado, golpeaba con los puños las puertecillas inmóviles de la cabina, con los pies, otra vez con los puños hasta desangrárselos. Gritó con todas las fuerzas. ¿Qué sucede? Blasfemó contra la levitación. Invocó a Dios hasta que su voz era un silbidito. Se arrodilló con las manos entrelazadas. Lloraba. Y las puertas permanecieron en su sitio. Hasta que el viejo recuperó su posición erguida. A sus pies sólo había un charco de sangre, y el operador, como un montón de carne, trapos y dientes, los ojos desorbitados a un lado y la lengua más que lengua parecía una víbora machacada... El operador ya no existía.

Entonces el viejo, muy solemne, acomodándose el nudo de la corbata, carraspeó. Las puertas se corrieron. Y con la misma parsimonia de pícaro que nadie le vio al llegar, comenzó a descender por las escaleras del edificio.

Incidente de supermercado

AQUELLO HABÍA COMENZADO como cualquier travesura de niños. Éramos tres, a veces los tres cochinitos, o los tres mosqueteros, o la divina trinidad, los tres graciosos. Tres, como hermanos de carne y sangre.

A Popo le daba por platicarnos sus aventuras, a las que les encontrábamos emoción. A veces parecía que nos exageraba, que nos quería deslumbrar, apantallar, como se dice, se iba de largo y se la prolongaba. Casi siempre lo conseguía. Recuerdo haber visto muchas veces la cara de Cadena con los ojotes bien abiertos, lleno de asombro el tipo, a punto de caérsele la baba de tan impresionado y sin ocultar esa envidia que se le suele tener a quienes ya fueron adonde más anhela ir uno sin que uno haya podido ir. Así era la expresión de Cadena siempre que el Popo iniciaba:

—Es muy fácil. Hay que perder el miedo. No tiene por qué pasarte nada si tú previenes las cosas, los detalles. Mucha serenidad, como si nada. Eso que llaman aplomo. Y precaución.

Y no por nada, pero siempre fuimos muy simpáticos; ahí donde el ambiente y los mejores ratos, ahí debíamos estar,

como lo estábamos siempre. “Ésos mis tres chiflados”. Ni qué los Panchos ni qué los Duendes. Los mejores éramos nosotros.

Recordábamos las hazañas del Popo cuando se había metido al super de Polanco, del modo que nos lo platicaba: “Yo vigilaba a los empleados precisamente desde los espejos por los que se supone que ellos se dedican a vigilar a la clientela. Los veía como a través de una esferita de navidad, empequeñecidos, distorsionados, en su condición de cuidadores de la mercancía del patrón, de simples custodios de la propiedad ajena. Gente que se alquila para eso. Y ustedes saben de los monitores que tienen en algunas tiendas así, desde donde espían a la clientela para que no se lleve nada. Pero yo actuaba sereno. En esa tienda de Polanco me guardé una botella del mejor brandy en una manga de la chamarra. Aquí, a manera de que la botella pareciera uno de mis bíceps. Y emprendía la retirada: ‘¿cuánto dice usted?’, le preguntaba a la cajera después de que me hacía la cuenta. ‘Treinta pesos’. Y yo pagaba por concepto de un paquetito de hojas de rasurar. ‘Gracias, paloma’ y le dibujaba un beso con intención sensual y nada más se le ponían las mejillas con su rubor de pena. Y yo, entre la chamarra llevaba una señora botella de novecientos pesos, licor importado para brindis de primera”.

—Háganse a la idea de que venimos a expropiar— nos decía el Popo y daba las instrucciones del caso—: tú conduces el carrito. Sereno. Mucho aplomo. Mira, nos ponemos a leer las etiquetas de cualquier cosa, pero en realidad estamos vigilando a los policías del super. Cuidado con las cámaras ocultas porque son ojos de pancha, y con los vigilantes disfrazados de gente, porque son *pupilas*. Cuando nadie te vea te agarras una lata de angulas o una de ostiones ahumados, así, mira, como quien no quiere la cosa, y te la guardas entre los testículos, sos-

tenida por el resorte del calzón. Y seguimos caminando, como auténticas amas de casa en compras de quincena. Y luego esta loción para caballero, así, como para engordar el bíceps. Nadie se debe dar cuenta. Al carrito hay que meterle cualquier cosa, por ejemplo una bolsa de papas fritas y chilitos para la botana. ¿Tú qué te vas a expropiar?

Y así nos fue llevando por los pasillos del autoservicio. Había mucha luz y eso me aceleraba los nervios; pero logré esconder entre mis ropas algunos productos, cosas inservibles, fruslerías, porque no necesitábamos nada; se trataba de llevarse lo que fuera, como trofeos, como preseas, como premios de una hazaña de supermercado. Y así recorrimos toda la tienda, de botadero en botadero, contemplando los exhibidores, como si fuéramos auténticas amas de casa en compras de quincena, aguantando la risa, muy serios los tres; Cadena hasta parecía más gordo de tanta ropa nueva que llevaba entre su ropa. Y muchas veces nos dio resultado. Llegábamos a las cajas, de preferencia dos de nosotros llevando el carrito con dos o tres artículos de bajísimo precio, y el Popo, con sus eternas chamarras de murciélagos que parecían capas de conde Drácula y que lo hacían parecer muy robusto, su blanquísima sonrisa de cachondo, su mera sangre fría, salía por otra caja después de pagar, como toda cuenta, una cajita de hojas de rasurar Gillete.

Ya en el departamento brindábamos por el botín, carcajeándonos a gritos, regocijados como chacuacos, mientras iban saliendo de los escondites de nuestras ropas: casetes, botellas de loción, libros, calcetines, herramientas... pura mercancía *nuevecita*.

Hasta que en un supermercado nos fallaron todas las estrategias. Cosa de que a todo Napoleón se le llega su Waterloo, según decir del Popo. O golpe de suerte al revés.

Habíamos hecho el recorrido normal guardando las apariencias, conservando el aplomo. Esa vez Cadena iba sumamente nervioso, más que de costumbre, sin embargo nos dedicamos a expropiar. Jabones de olor, ceniceros, dulces, biberones, cualquier trofeo era bueno aunque después no nos sirviera para nada, sino para obsequiar a nuestras seguidoras. Y como siempre, Cadena y yo por un lado, Cadena llevando el carrito, yo como su acompañante, y el Popo que siempre salía por otra caja. Pero esa vez pagamos la cuenta.

—Ciento veinticinco pesos.

—Aquí tiene. Gracias —y cuando nos encaminábamos a la salida, imocos!, que nos alcanza un dependiente muy trajeado, su nombre en un gafete prendido en la solapa:

—Pasen por acá, jóvenes, por favor.

—Díganos usted, ¿de qué se trata?

—Todavía no acaban de pagar la cuenta.

—Ah caray... sí, aquí está el tíquet, mire.

—Vengan o les va peor.

—Óigame —decía Cadena—, llevamos prisa.

Y para entonces ya venían hacia nosotros dos policías del super y aquella empleada que les iba indicando algo como en secreto, como delación de soplona jija de la rechingada. Yo pensé: “Ya nos chingaron”.

—Ni hablar —le dije a Cadena—, vamos a ver qué cuete.

Nos condujeron hacia un cuartito del supermercado, pero con discreción, de manera que la demás clientela no se diera cuenta del asunto; el empleado nos daba leves empujoncitos a manera de palmadas amistosas; los policías custodiándonos, a prudente distancia, como sin vernos los muy mamones. Alcanzamos a escuchar a la empleada que les decía: “Llevan lociones y ropa entre los pantalones, y casetes y pastas para

dientes, y cubiertos de alpaca y pantaletas, y desodorantes y hasta un cinturón de piel y llevan...”.

Nos quitaron la bolsa con los artículos que sí habíamos pagado.

—Y ahora sí, se van sacando lo que se iban a robar.

—¿Cómo dice —dijo Cadena—, cuál robar?

—Oiga, nos está usted ofendiendo —dije yo. Los policías, detrás del empleado que nos invitaba a devolver las cosas, nada más se reían mirándose a ratos, familiarizados con esa clase de atracos, mirándonos mientras Cadena devolvía cuatro pares de calcetines de algodón y mientras yo sacaba de los bolsillos alguna cháchara que ni me acuerdo.

—Lástima que parezcan buenas gentes —dijo un policía.

—Muchos aparentan ser hasta de buena familia —comentó el otro, y el dependiente trajeado:

—Sígale sacando, pinches ratas.

—Bueno —dije yo—, eso es todo lo que me iba a llevar.

—Espérate —dijo un policía y le dijo a Cadena—: ora quítate la chamarra.

Cadena se la quitó.

—Ora bájate los pantalones.

Los otros nada más nos contemplaban con expresiones de quienes ya sabían que iban a suceder otras cosas.

—¿Ya vendrá la patrulla? —preguntó el empleado de traje.

—Ora bájate los calzones —le dijeron a Cadena. Entonces nos estaba llegando la humillación y aquellos tres que comenzaban a ensañarse.

—Ahora tú —me dijo uno.

—Yo qué.

—Bájate los pantalones.

—Oiga, pero si ya devolví la mercancía.

—¡Bájatelos! —me ordenó un policía haciendo un ademán como de sacar la pistola. Y ahí nos tuvieron, para solaz de su pinche morbo contemplativo, sus risitas de culeros prepotentes. Enmudecemos presintiendo que las cosas podían empeorar. Y empeoraron. Al poco rato llegaron dos patrulleros.

—¿Otros ladrones principiantes, mi jefe? —dijo uno.

—Y encueraditos, *como siempre* —dijo el otro patrullero. Todos se echaron a reír. Cadena y yo ni nos mirábamos: es cuando predomina un sentimiento de impotencia y rebajamiento, como que los güevos se te caen hasta las pantorrillas. Empezaba la sorna:

—A ver, jovenazos, ¿por qué andan de rateros, eh? ¿Tienen mucha necesidad o qué, eh? ¡Lástima de juventud, pinches rebelditos sin causa! —así decían ya indistintamente, dándose-las de moralistas.

—Mire —dije yo, sólo por decir—, se *trataba* de una simple aventura; pero ya nos recogieron todo.

—Sí, se ve —dijo un patrullero—, hasta los calzones se los recogieron, ya nomás falta que se los recojan a ustedes.

En eso le pasaron una nota al dependiente de traje. La miró. Nos dijo:

—Son tres mil setecientos pesos por lo que se iban a robar. ¿Los tienen?

—Claro que no —dijimos—, no completamos.

—Ah, no traían dinero, pobrecitos. Entonces son un par de pinches rateros, vulgares cacomixtles.

—Ya le dijimos al señor que sólo se *trataba* de una aventura —dijo Cadena.

—Ah, son aventureros —se burló algún poli.

—Vístanse ya —dijo el empleado del traje—. Van ustedes dos a acompañar a los señores a la agencia del ministerio público. Allá se ponen de acuerdo.

Nos condujeron a la patrulla que esperaba afuera del supermercado, pero los patrulleros actuaban como acostumbrados, sin miramientos hacia los jodidos iguales a ellos. Casi a empujones nos metieron a la parte posterior de la patrulla y enfilaron hacia el ministerio público. Durante el trayecto:

—Ya se jodieron, pinches ratas —dijo uno.

—A menos que se pongan a mano —dijo el otro.

—Nada más tenemos trescientos pesos —dijo Cadena.

—Échalos —volvió a decir uno de los patrulleros—, eso es apenas el importe de la gasolina que estamos gastando por ustedes.

Nos dejaron sin un solo centavo. Atemorizados, y tal vez pensando en lo mismo, tratábamos de adivinar el destino del Popo, si habría logrado salir sin que lo detectaran, si estaría pasando por la misma humillación a la cual nosotros habíamos sido sometidos, si habría notado que nos estaban conduciendo al ministerio... Y el sentirse un delincuente común a cuyo cuerpo iba llegando una sacudida de miedo, de vergüenza, un frío de frustración entre las venas. Y el patrullero que le dijo a Cadena:

—También dame el relojito. Te lo *guardo*.

Y llegamos al ministerio público. Un trámite común entre los ojos de abogados y burócratas que miran a todo aquel que ahí llega buscándole el delito a primera vista, fuera de juicio, amenazadores, arrogándose el papel de jueces y verdugos los hijos de la chingada.

—A éstos los traemos por ratas. Los acusa el gerente general de Woolworth.

—¿Acusación?

—Robo.

—¿Cómo que robo? —quise exclamar—, si ya devolvimos todo.

—Aquí está el testimonio escrito de la empleada que los agarró con las manos en la masa.

—Levante el acta, licenciado.

Fuimos conducidos a unos separos que olían a orines y encerrados ahí junto con otros individuos que nos acabaron de quitar los objetos de valor que nos quedaban. Inútiles esfuerzos por evitarlo, hasta que vi caer a Cadena con una herida en la cabeza. Yo recibí golpes en las costillas, en los testículos, en el estómago, hasta que nos redujeron a un par de cuerpos en estado de semiconciencia.

Deben de haber pasado cuatro días cuando fuimos llamados para que se nos notificara que estábamos en libertad. “Órale, a chingar a su madre”. ¿Quién pagó la multa?, porque fueron dos mil pesos de cada uno, más apercibimiento. Y nos fuimos a reponer cada cual por su lado.

A los pocos días nos congregó el Popo:

—Ya lo tengo todo perfectamente estudiado.

¿De qué se trataba?

—De la revancha, no sean pendejos.

—Oye, mejor dejamos las cosas como están —dijo Cadena.

—Mejor ahí muere —dije yo. Pero el Popo tenía otros planes y su labor de convencimiento, removiéndonos las heridas de la humillación, el coraje retenido, y renaciendo en nosotros el afán de la aventura, prendió mientras escuchábamos la nueva estrategia: el empleadito del traje dejaba la tienda a las nueve de la noche y era fácil *partírsela*; acostumbraba caminar por una calle oscura y casi desierta. La empleada que nos había delatado habitaba en un edificio de apartamentos y sólo la acompañaba una vieja. Por lo menos uno de los patrulleros repetía su ronda a una misma hora, a veces con el que era su pareja cuando nos apañaron, a veces otro. “Y este mono tiene

fama de torturador —decía Popo—, en especial se ensaña con las mujeres y con los detenidos por cuestiones políticas; les mete tehuacán por las narices; a las chamacas las viola. ¡Todo un hijo de la fregada!”.

También había recabado el Popo los sitios que frecuentaba uno de los agentes del ministerio público, el que hizo que nos dejaran entambados más de lo estipulado por la ley.

—Este licenciadito de cagada usa pistola; pero con todo y eso.

Y por lo menos uno de los detenidos durante nuestra estancia en aquellos separos estaba ubicado: “en las cantinas de Garibaldi, de ahí no sale”.

Tomamos algún tiempo en tomar la decisión. El Popo nos alentaba:

—Es muy fácil. Hay que perder el miedo. No tiene por qué pasarte nada si tú previenes las cosas, los detalles. Mucha serenidad, como si nada. Eso que llaman aplomo. Y precaución.

Y la secuela se inició según lo había planeado el Popo. El dependiente del trajeado habitual fue como un juego de niños. Recuerdo la expresión en la cara de Cadena mientras le sostenía la cara al pobre diablo. “Y mírame, cabrón, para que me recuerdes, ojete, para que no se te olvide quién soy yo”, y tuvimos que detenerlo porque el tipo había quedado moribundo, tirado en medio de un charco de sangre. Y todo fue instantáneo. Era como para sentir que en esa acción se había vaciado el ansia retenida y nada más, aparte de eso, teníamos que hacer. Pero el Popo insistió y volvió a despertarnos el recuerdo: “Si a ustedes nada más faltó que se los cogieran, no sean pendejos”, y volvimos a exaltarnos y a sentir coraje y unas ganas indetenibles de pasar a lo siguiente.

La muchacha salió del cuarto de baño al escuchar que la vieja había caído. Cadena sólo la impulsó, pobre anciana, para

que se diera de bruces contra el suelo. La muchacha procuraba cubrirse la desnudez recién bañada, pero el Popo le dijo:

—Quietecita. Te va a gustar. No grites.

Y primero pasó el Popo. Hasta le echó estilo, de patitas al hombro, de a ranita, de a perrito, y la chamaca se alcanzó a excitar y cooperaba a ratos y a ratos entendía que aquello era un castigo, pero nada podía hacer. Llegó mi turno y la muchacha me veía como implorándome algo. En un momento llegó a enterrecerme con su mirada llorosa y suplicante. Pero fue mayor esa mezcla de necesidad sexual y de venganza que me impulsaba a lo demás. Y yo me fui con un acto mecánico y sin chiste, confuso mientras acudían a mis entrañas pensamientos oscuros. Y llegó el turno de Cadena. Y Cadena la manejó como si se tratara de un pelele de plástico o de trapo, haz de cuenta un pollito, mientras la abofeteaba para reanimarla, y le separaba las piernas con fuerza y la besaba y la lamía como si le quisiera devorar al mismo tiempo los líquidos y las sustancias interiores...

Después de cada acción acudíamos al departamento, a veces en silencio, deprimidos, insatisfechos, vacíos de todo. Y empezaba a crecer en nosotros la afición por la droga. Ya no era suficiente colmarnos de alcohol. Hacía falta algo más fuerte. Y estimulados, enfebrecidos, sin freno alguno, fue muy simple detener a esa patrulla policiaca que habíamos estado siguiendo. Los patrulleros iban ebrios. Momentos antes habían atracado a una pareja de noviecitos en un estacionamiento pero ahí se nos hizo inoportuno y peligroso. Simplemente los seguimos. No alcanzaban a adivinar el desenlace, se empinaban las cervezas de bote mientras hacían la ronda. Y los sorprendimos. Con movimientos rápidos, el Cadena despojó a uno de su pistola y Popo le quitó la oportunidad al otro de que intentara cualquier cosa.

—¿Verdad que te acuerdas de mí, jijo de la chingada? —le dijo Cadena al extrañado policía— A ver, ¿dónde está mi relojito? A ver, ¿cuánto traes? A ver, ¿tienes madre?

Y imocos! Es increíble la furia que se le suelta a uno cuando recuerda cosas, agresiones. No se sabe de dónde llega tanta fuerza y tanto odio. Nada importa ya, porque es un globo de histeria, o de algo como histeria que se está reventando. Una avalancha incontenible. Y lo que tienes en las manos es una masa de carne vapuleada y sangre que fluye y ganas de seguir golpeando, con las manos, con la propia macana de la piltrafa uniformada de representante de la ley, con la misma pistola del que ya estaba muerto desde hace algunos minutos y tú no recapacitas hasta que se desprende con el peso de un pedazo de acero, o de algo como el acero. Matar a un policía es como devolverle a toda una estructura social corrompida cada escollo que te puso en el camino. Recuerdas a la pareja asaltada, a los borrachitos humillados por ellos, y algo en ti quiere vengarse de todas las afrentas. Y el pobre tipo, y el otro, no eran sino una parte, ínfima parte, la que da la cara, de un engranaje mayor.

A los siguientes actos se añadieron otros actos, actos aleatorios que se van conjugando naturalmente, de mayor o menor envergadura, pero actos que tienen que cumplirse porque uno ya está encarrerado y no puede detenerse, y ya no cuesta trabajo hacer el complemento. Y provocamos un incendio en aquel super. Y otros actos. En algo de lo que siguió contemplamos cómo perforaron a Cadena. Sobre la camisa se le abrió la carne en flor y brotó mucha sangre salpicándolo todo. Y él abrió la boca sin emitir ningún sonido. Sólo el gesto resignado, entre el terror y la muerte y la caída. Nada más.

Tuvimos que dejar la ciudad por muchos años, andar de tránsfugas por el mundo, sin decidirnos a dejar las raíces para

que se fueran a fondo. Siempre bajo la dirección del Popo, bajo los fuertes argumentos del Popo, bajo su protección, bajo su guía. Y a través del Popo surgieron alianzas y se renovó el peligro. Cambiaron los escenarios y se fueron modificando los argumentos. ¿Cuántas cosas pasaron? No, no podría precisarlo. Sé que pasamos por todos los lugares y cubrimos todas las experiencias... A salto de mata. Ese mundo, el verdadero mundo del hampa que dicen los periódicos. Y sé que hay un vacío, vacío feroz, profundo, en este cuerpo. Y que si algo en mí puede llamarse alma o razón, humanidad tal vez, es esto mismo que morirá al amanecer, cuando una bala, o varias balas, o muchas balas, al unísono, penetren por aquí con toda la intención, el conocimiento y el asco de los hechos. ¡Putá madre!

El caso del estrangulador

ERA COMO UNA PLAGA de cuchicheos que se extendió por toda la ciudad. Primero, que una joven fue encontrada en el baño de un cine, que tenía manchas moradas alrededor del cuello, que la lengua fuera de la boca y una expresión espantosa en el rostro cuyos ojos desorbitados parecían haber visto los ojos de Satanás. Después se propagó la noticia de que una mujer madura, así de gorda, había sido encontrada, muerta, entre los escombros de un lote abandonado, y que denotaba haber sido violada y que tenía una mueca más horripilante.

Que la tercera fue una adolescente con la que el asesino se ensañó en todas las formas de la imaginación. Que dizque dos mujeres más aparecieron por distintos rumbos, semidesnudas, violadas, masacradas, conservando la mirada con la que miraron por última vez a su asesino, con esa mueca de pavor descomunal y asechanza de muerte. Y todo eso en menos de una semana y consignado, como era la costumbre, en todos los medios masivos de comunicación.

—¡Qué barbaridad! ¡Las cosas que están sucediendo en estos días!

—Ya voy a colgar el teléfono. Mañana te sigo platicando.

Clic. La difícil situación económica de todos, las corruptelas de muchos funcionarios públicos, la desconfianza, la inseguridad, pero sobre todo la inventiva de las comadres y la canícula se encargaron de lo demás. Se decía de cadáveres femeninos encontrados en autobuses, en conventos, en internados, en escuelas, en baños públicos... *y aunque no mostraban los cuerpos indicios estrangulatorios, comadrita*, y aunque no se verificaban dichos decires que ya parecían de pueblo antiguo, el consenso popular convergía en un solo asesino.

Y una decía:

—Ayer me tocó verlo de cerca, desde mi ventana y por pura casualidad, porque yo no acostumbro espiar ni nada. ¡Ay qué horror!: así, con las dos manos al mismo tiempo la tenía cogida del pescuezo.

—Se dice *cuello*, comadre —decía otra comadre.

—Pues así. Le grité que la dejara, maldito asesino. Solicité el auxilio de la policía y de los vecinos; pero ya ve usted los patrulleros, mejor nos andan asaltando a nosotros, y esa cochina indiferencia que no sé por qué ya vive en todos. Y en lo que fui por una varilla para defender a la pobre, el asesino ya había escapado.

—Ya no se puede vivir tranquilamente. Los peligros están a la orden del día. Ya ve usted los asaltos a la gente y a los bancos. Tal parece que vivimos en la selva. Como si no existieran las leyes, la protección al ciudadano, coma; y tiene usted razón: los patrulleros nada más sirven para asaltar a los borrachos, los muy cobardes, y para asaltar a cualquiera que ande indefenso.

—Y la mujer quedó tendida. Luego ya no supe. Llegaron las patrullas y la bola, el ministerio público y todo lo demás.

Y algún compadre añadía:

—Pues yo no sé si llamarle intento de crimen o algo que se le asemeje, porque la otra noche me pareció ver a un grandulón que como que estaba ahorcando a una, o no sé si nada más la estaba cachondeando; pero la actitud era así, de arremeter con furia, verdad de Diosito lindo.

—Lo mejor es cuidarnos, coma, dígale al compa que no deje salir solas a las muchachas, menos cuando ya se hace de tarde, cuantimenos de noche, no sea la de malas.

No había otro tema en los comentarios. En grupos, en todas partes, en todos los tonos, la figura del estrangulador cambiaba de forma: vampiresco, jorobado, gigante, peludo con cuatro patas de avestruz y cola de cocodrilo; cada quien lo definía según la carga de su conciencia.

—Para mí que viene de fuera, porque huele como a que-no-es-de-aquí, huele como si fuera de Cuernavaca o de la costa chica de Guerrero.

—Ha de oler como a comunista o como ateo.

—Mejor vamos diciendo que huele como el azufre, queridita mía, y eso quiere decir que más bien viene del infierno, puede ser el mismo Diablo.

—¡Ave María purísima!

—Sin pecado concebida.

La ciudad volvió a saber de gente que retomaba la señal de la cruz: mujeres que se santiguaban a cada murmuración, resucitar de mitos y conjuros, anticipación de apocalipsis y vaticinios del cosmos lejano y desconocido. El miedo se hizo pánico y el pánico se expandió de orilla a orilla de la ciudad como las hojas del otoño. El pánico se apoderó de las mujeres haciéndoles presentir su turno hasta que descuidaron sus

actividades normales, y muy pronto los hombres descuidaron las suyas a causa del contagio. La basura se fue acumulando en gran manera en todos los hogares. Al paso del caminante ocasional se levantaban verdaderos nubarrones de polvo y pedazos de periódicos y bolsas de nailon se dejaban ver como motivos viajeros.

Y era la canícula.

La ciudad se fue poniendo como pueblo fantasma, donde los ciudadanos que se veían precisados a transitar de noche por esas calles tenían que hacerlo llevando viejas armas de las que hasta entonces acostumbraban estar de adorno en las paredes, adornos y recordatorios de la Revolución o de la guerra Cristera; y es que todos precisaban protegerse a su manera.

Para entonces ya se exigía la intervención de las autoridades municipales para que capturasen al responsable de todo aquello y le diesen ejemplar castigo, y se pedía la horca, se sugería el pelotón de fusilamiento, y se exigía la guillotina, —la silla eléctrica, coma, como en Estados Unidos— o se proponía que se le cortara simétricamente cada uno de los miembros, de modo que padeciera, antes de la muerte, tanto dolor padecido por tanta víctima.

Llegó la peste del odio. Las precauciones se extremaron. La policía escrutaba a los varones buscando indicios, sospechas mínimas. Se hicieron allanamientos y detenciones en los que sólo volvieron a relucir los abusos de fuerza de las autoridades civiles y las corporaciones policiacas, judiciales, militares y paramilitares. Al final de cuentas y después de torturarlos por motivos muy diversos, a todos los detenidos se les dejó en libertad al no comprobárseles ninguna culpa en ninguna cosa.

El nerviosismo acrecentado comenzó a propiciar riñas equívocas y desconfianzas extremas. Las mujeres comenzaron

a padecer leves trastornos que después se hicieron graves, y los hombres también, por el contagio.

—Ya ni pasan los camiones, coma, ni los recolectores de basura; parece que el mundo ya se olvidó de la ciudad.

Algo más que el Demonio había llegado a la ciudad para trastornarlo todo. Algo más que la canícula, algo como palabras que se llamaban *stress*, *shock* multitudinario, sicosis colectiva. En poco tiempo la gente ya no era lo que fue antes, cuando los días allí eran de una serenidad que se parecía al agua cuando está quietecita.

—¿Dónde quedó la provincia, coma?

—Debe ser el castigo divino por tanta sodomía.

El solo presentimiento de que el estrangulador pudiera aparecer a la vuelta de la esquina, en medio de los parques, en las bodegas, en las estaciones del transporte, en las afueras, en las oficinas públicas, donde fuera, hizo que todos se volvieran huraños. Nadie quedó libre de sospecha. A cambio, los pleitos callejeros se multiplicaron por la misma peste, la cochina peste que mandó todos los negocios y todas las actividades a la quiebra, que interrumpió el ritmo de todo, que hizo perderles, ya sin ninguna reticencia, la confianza a las autoridades públicas. Cuando alguien trataba de llamar a sosiego, *fijese usted*, era lapidado en vía pública, y si resultaba herido podría retorcerse de dolor sin que nadie lo atendiera, y si resultaba muerto, su cadáver podía permanecer ahí hasta ser devorado por las alimañas en caso de que no diera tiempo de rociarlo con gasolina y prenderle fuego.

Vinieron las epidemias. Al poco tiempo ya nadie caminaba por las calles polvosas rebosantes de basura. Como si cada familia hubiera decidido guardar toque de queda voluntario veinticuatro horas al día y siete días a la semana.

Y esta que era ciudad de las rutinas, coma, del progreso que se manifestaba en tantos edificios construidos con los materiales que eran el signo de la época industrial, *porque ¿sabía usted que acá llegó el progreso cuando ampliaron las zonas industriales? y creció la ciudad, de pueblo chico a rancho grande y de rancho grande con sus miles de automóviles que parecía hormiguero de metal pasó al desmadre absoluto, coma, donde ya nadie conocía a ningún cristiano porque ya todos éramos como enemigos de todos y mire usted lo que nos queda: desperdicios de ciudad, vestigios de algo que llegó a ser grande... como si fuéramos sobrevivientes de una guerra, comadre.*

Pasó una canícula y otra llegó. La tensión iba en aumento, pero ya nadie se interesaba por la luz del día, el aire puro o los alimentos frescos. Se alimentaban sólo con las reservas que tenían en refugios y alacenas domésticos.

—Yo estoy segura de que deben ser varios, porque no es posible que un solo criminal nos esté llevando a la locura. Han de ser como cincuenta o como cien.

—Es uno solo, pero tiene una potencia que parece venir del más allá.

—Anoche lo volvieron a ver; ahora ya no sólo las mata, también se las come.

—¡Válganos!

Cada uno de los habitantes de la ciudad se encontraba pertrechado a su manera confiado en que otros, afuera, vigilaban por la seguridad de todos. Pero no: a causa del ruido y la agitación que había en cada hogar nadie se enteraba de que las calles estaban desiertas de gente, pero llenas de basura, con papeles que revoloteaban junto con el polvo cuando se iba el calor y venía el aire, y que con las lluvias imperaban los lodazales, como vómitos de borracho, y que los perros y las ratas, los murciélagos y los insectos, para entonces ya eran como un bullicio diabólico.

—Uy, chulis, hace mucho que los teléfonos dejaron de servir.

Otras canículas vinieron. El pánico seguía, pero sus matices eran diferentes. Los miembros de una sola familia se peleaban entre sí por un mendrugo de queso viejo, por un jirón de carne seca, por los últimos granos de arroz y de frijol, o por la sospecha de que el otro fuera el estrangulador. Nadie lograba conciliar el sueño porque todos procuraban dormir con un solo ojo. Las puertas y las ventanas tapiadas, reforzadas con tablo-nes. Las armas que se disparaban cuando se dejaba oír un sonido fuera del acostumbrado o algo se movía de manera distinta.

—¿Quién chingados anda por ahí? ¡Identifíquese o lo mato!

—Es una rata. A ver si te calmas y nos dejas dormir.

La vida ya era insoportable. La neurosis se había apoderado de todos. Todas las enfermedades surgieron y ya no había quién las curara, porque a nadie, tampoco, le importaba curarse de maldita la cosa.

Es imposible precisar el tiempo que transcurrió desde la primera noticia. Se sabe, por otros cuchicheos, que aquella ciudad pacífica, se convirtió en un mundo de locos, todos encerrados hasta la demencia, sin memoria, sin un centavo de humanidad.

El día menos pensado se vieron capturando ratas, que ya convivían con todos desde canículas antes sin que nadie lo hubiera notado, o sin que a nadie le hubiera importado esa convivencia. Y con ratas saciaban su apetito, y comían polvo y tierra. Hasta que se comenzaron a comer a los niños pequeños, primero, y comenzaron a ser roedores de madera y comedores de adobes y ladrillos, y prosiguieron comiéndose entre marido y mujer, hermano y hermana, padre e hijo, o reñían por comerse mutuamente, gritaban, reñían, reñían hasta la muerte y los vencedores devoraban los cadáveres de los vencidos. Hasta que ya no se escuchó nada.

Índice

Un escritor que ocupa un lugar en el espacio, <i>José Luis Herrera Arciniega</i>	7
Clima templado (1983)	19
Ciudad tan bella como cualquiera (1983)	195
TELÉFONO DE URGENCIAS	201
HISTORIA DE UN JOROBADITO EN LA CIUDAD CAPITAL (Y LO QUE MÁS PASÓ)	209
BUENOS DÍAS, AMIGUITOS	217
SUCEDIÓ EN UN “VALLEJO-HOSPITALES”	223
ÉRASE UNA VEZ UN HOMBRE QUE UN ELEVADOR TOMABA	231
INCIDENTE DE SUPERMERCADO	237
EL CASO DEL ESTRANGULADOR	249

Alejandro Ariceaga

Clima templado
Ciudad tan bella como cualquiera

se terminó de imprimir en enero de 2016, en los talleres gráficos de Armando Rodríguez Rodríguez, ubicados en Avenida 519 núm. 199, en San Juan de Aragón, primera sección, delegación Gustavo A. Madero, C.P. 07969, en México, D.F. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica *Aries*, diseñada por Eric Gill. Concepto editorial: Félix Suárez y Hugo Ortíz. Formación, portada y supervisión en imprenta: Angélica Sánchez Vilchis. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas y Casandra Ariceaga González. Editor responsable: Félix Suárez.

